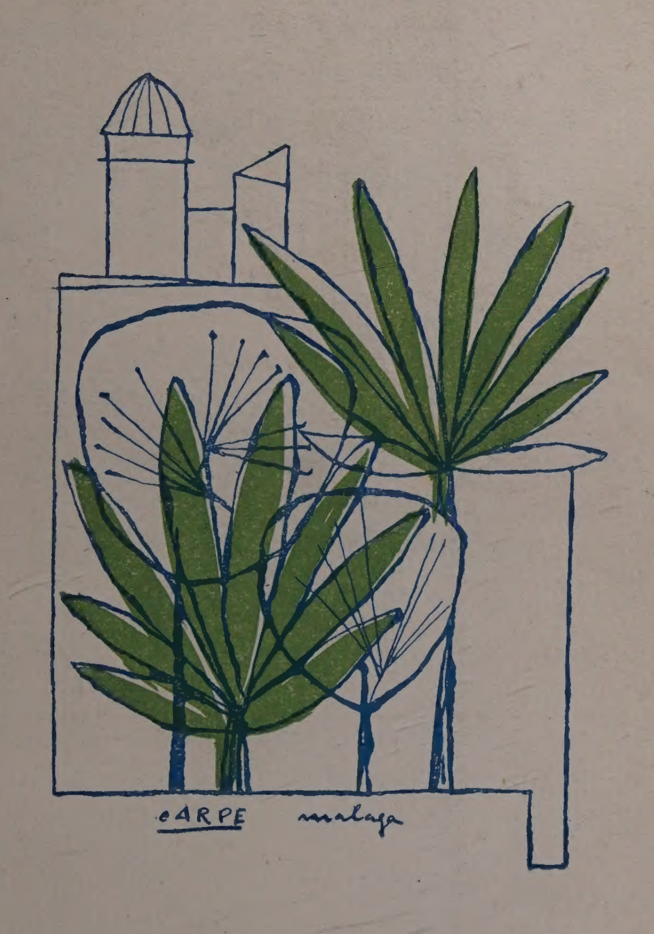
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



MADRID 113
MAYO, 1959

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

•

LA REVISTA
que integra
al MUNDO
HISPANICO
en la
cultura de
NUESTRO
TIEMPO

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

Desde 1948 esta Revista viene integrando el mundo hispánico en la cultura de nuestro tiempo. ● Por su atención a las manifestaciones profundas de sentir, del pensar y del crear hispanoamericano, y por su reflejo claro y español del latido espiritual de Europa, CUADERNOS es y seguirá siendo:

LA REVISTA DE AMERICA PARA EUROPA
LA REVISTA DE EUROPA PARA AMERICA

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA
Y ADMINISTRACIÓN

Avda. de los Reyes Católicos.
Instituto de Cultura Hispánica.

Teléfono 24 87 91 *

Dirección.........	Extensión	250
Secretaría..........	—	249
Administración.	—	221

MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Seis meses	100	pesetas.
Un año	190	—
Dos años	350	—
Cinco años	800	—
Ejemplar suelto	20	—

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. ....

con residencia en ....

calle de .... núm. ....

se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de .... a partir del número ...., cuyo importe de .... pesetas se compromete a pagar a la presentación de recibo / contra reembolso (1).

Madrid, ... de .... de 195...

El suscriptor,

La Revista tendrá que remitirse a las siguientes señas: ....

....

(1) Táchese lo que no convenga.

EDICIONES CULTURA HISPANICA

Espíritu y cultura en el lenguaje, por Karl Vossler. Prólogo y traducción del Dr. Aurelio Fuentes Rojo. — Ediciones Cultura Hispánica. Colección Historia y Geografía. Madrid, 1959. 17 × 22,5 cms. 252 págs. 100 pesetas.

Con prólogo del doctor Aurelio Fuentes Rojo, aparece este libro que viene a reforzar la posición del autor como lingüista y humanista de este gran hispanista alemán. Conservando siempre un sugestivo tono de ensayismo trascendental de altura, viene a realizar un gran servicio cultural, recogiéndose observaciones psicológicas acerca de la relación total del lenguaje con los escritores nacionales de los pueblos, con el espíritu religioso, etc. Versión muy cuidada y correcta, viene a llenar un vacío en el campo filológico y humanístico.

Itinerario argentino, por Martín del Río.—Ediciones Cultura Hispánica. Colección Hombres e Ideas. Madrid, 1958. 14 × 22 cms. 244 págs. 90 pesetas.

Fruto del creciente interés que despierta hoy en España todo lo argentino, aparece esta obra que sirve para presentar una osamenta de la Argentina como nación y como sociedad. No tan sólo como respaldo inexcusable para la comprensión de los acontecimientos que recubren en la actualidad este soporte, sino para percibir por debajo de ello la estructura auténtica que los produce como causa eficiente de lentísima variación, como producto de elaboración histórica. Libro escrito con amor y conocimiento, con precisión y honestidad intelectual admirables, sirve no sólo a los fines del mundo hispanoamericano que se desprenden de ser escrito por autor español sobre realidades argentinas, sino al puro conocimiento de unos fenómenos singulares en el ámbito universal.

Sobre Quevedo y otros clásicos, por Pedro Lira Urquieta.— Ediciones Cultura Hispánica. Colección Hombres e Ideas. Madrid, 1958. 14,5 × 21,5 cms. 50 pesetas.

Los estudios biográfico-críticos, que constituyen casi la totalidad del presente volumen, están hechos con cuidado y conocimiento de la más reciente bibliografía. Las observaciones críticas son casi generalmente acertadas y justas. El estilo es muy ceñido, con fuerte influencia de los clásicos y libre de americanismos. Desde el punto de vista estético, la expresión está muy conseguida, y poética sin barroquismo alguno. Por todas estas condiciones, por la importancia del autor y por premiar el esfuerzo que significa la creación de este libro sobre temas clásicos españoles, hecho con notables conocimiento, amor y gusto del idioma, se trata de un nuevo libro de indudable éxito.

Los buscadores de diamantes en la Guayana venezolana, por José Canellas Casals. Ediciones Cultura Hispánica. Colección Varios. Madrid, 1958. 14,5 × 19 cms. 608 págs. 125 pesetas.

Bajo un estilo audaz y moderno, el autor, José Canellas Casals, recoge en este libro de memorias viajeras un aspecto francamente sugestivo, que muchos de sus capítulos se convierten en una lectura apasionante. Su autor, magnífico y fuerte observador, que en una prosa llena de nervio, de calor y de vida, nos fascina el oído y los ojos en la plástica narración de la existencia azarosa de los buscadores de diamantes. Busca también algo más que llegar al sentimiento interior del latir que lo meramente narrativo, y así nos habla de la vida patriarcal de las tribus indígenas, las variadas flora y fauna de la Guayana venezolana, el poderoso latido de los ríos gigantes y apenas explorados, la red de peligros que acechan a los hombres civilizados que se adentran en las grandes selvas que marginan al Orinoco, que riega las tierras que son como el moderno Eldorado de todos los europeos ávidos de ir a probar fortuna al otro lado del Océano. Escrito con una fina psicología, se llega con gran minuciosidad al elemento aborigen, convirtiéndolo en un trabajo apasionante para todos aquellos que gustan de libros que describen paisajes, pobladores y medios de vida de excepcional interés, como son los que el autor describe en su obra.

Problemas de la economía Iberoamericana, por Manuel Fuentes Irurozqui. — Ediciones Cultura Hispánica. Colección Hombres e Ideas. Madrid, 1959. 14 × 21 cms. 112 págs. 50 pesetas.

Fruto de la experiencia de una larga vida dedicada a los estudios económicos, no solamente en España, sino también en otros países de Europa y América, publica hoy Manuel Fuentes Irurozqui un nuevo ensayo sobre la economía iberoamericana. En él hace un análisis concreto y preciso para entrar al conocimiento de dicha economía en su momento actual, para pasar inmediatamente después a describir la geografía del continente americano y entrar, por último, con un orden lógico, al examen, investigación y estudio de la agricultura, minería, industria, comercio interior y tendencias del crecimiento económico, todo ello bajo una visión de conjunto y no tratándose cuestiones o problemas concretos.

Obra marcadamente científica y de estudio meditado, es la intención que cualquier curioso de la economía habrá de conocer antes de entrar al examen de los problemas concretos en todos los países del sur de Río Grande.

Egloga trágica, de Gonzalo Zaldumbide. Prólogo de D. José María Pemán. — Ediciones Cultura Hispánica. Colección Ambos Mundos. Madrid, 1958. 15 × 21 cms. 80 pesetas.

El mejor comentario que se puede hacer de esta obra es la transcripción de las palabras del Excmo. Sr. D. Julio Casares, Secretario perpetuo de la Real Academia Española: "He leído la obra de un tirón; tanta ha sido la atracción que sus primeras páginas han causado en mi ánimo. La emocionada y poética interpretación de la naturaleza, el penetrante análisis psicológico de los personajes, la valentía arriesgada de las imágenes insólitas, todo ello a vueltas de hondas reflexiones filosóficas que invitan a la meditación, y escrito en un estilo personal, recio y viril, sin rebusca verbal ni amaneramiento, hacen de esta novela una magnífica obra de arte, llamada a ocupar un puesto de honor en el vasto panorama de la literatura hispánica."

Filipinas, país hispánico, por Blas Piñar López. Ediciones Cultura Hispánica. Colección "Varios". Madrid, 1957. 21 × 16 centímetros, 32 páginas.

En este breve pero interesante estudio se comenta la llamada "ley Cuenco", que ha aumentado la enseñanza del español en Filipinas en las diversas Facultades. Dicha ley, votada favorablemente en la Cámara y en el Senado, ha obtenido el refrendo del Presidente de la República, Carlos P. García, pese a la dura campaña que en contra se ha levantado en las islas.

El problema, pues, es ahora el siguiente: sobre el tagalo no hay duda: es el idioma nacional. Pero es necesaria otra lengua, una lengua de entendimiento, de valor internacional. ¿Español o inglés?

Blas Piñar propugna un amplio y ambicioso programa cultural, con la colaboración de Hispanoamérica, para reavivar el idioma castellano en las islas Filipinas.

OBRAS DE PROXIMA APARICION

Bolívar y el pensamiento político de la revolución Hispanoamericana, por Víctor Andrés Belaunde.

La causa indígena americana en las Cortes de Cádiz, por Fray Cesáreo de Armellada.

El espíritu de la Edad Media y América, de Alberto Escalona Ramos.

Indigenismo americano, por Manuel Ballesteros y Julia Ulloa.

Manual de dialectología española, 2.ª edición, por Vicente García de Diego.

Nuevos rumbos de la enseñanza del español en los Estados Unidos, por Manuel Jato Macías.

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M-3.875-1958

113

DIRECCION, ADMINISTRACIÓN
Y SECRETARÍA

Avda. de los Reyes Católicos.
Instituto de Cultura Hispánica.
Teléfono 24 87 91

MADRID

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Eisa Argentina, S. A. Araoz, núm. 864. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria. Casilla núm. 195. *La Paz.*—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.*—COLOMBIA: Librería Hispania. Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, números 3-33. *Calí.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.* Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.*—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de Costa Rica.*—CUBA: Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.*—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla núm. 3.916. *Santiago de Chile.*—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.*—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.*—REPÚBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga, 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.*—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanish Books. 575, Sixth Avenue. *New York 11, N. Y.*—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz. 510-A. Tennessee. *Manila.*—REPÚBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.*—HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado número 44. *Tegucigalpa.*—Rvdo. P. José García Villa. *La Celva.*—MÉXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.* — Agustín Tijerino. *Chinandega.*—REPÚBLICA DE PANAMÁ: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, núm. 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.*—PUERTO RICO: Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1.463. *San Juan de Puerto Rico.* URUGUAY: Eisa Uruguaya, S. A. Calle Obligado, 1.314. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.*—ALEMANIA: W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, núms. 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.* — IRLANDA: Dwyer's International Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublín.*—BÉLGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núms. 14 a 22. *Bruselas.* — FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París (VIème).*—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicações. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)
Teléfono 248791

MADRID

Precio del ejemplar ... ... 20 pesetas.
Suscripción anual... ... ... 190 pesetas.

Gráficas VALERA, S. A.—Libertad, 20.—Teléfono 21-58-65.—Madrid.



ARTE Y PENSAMIENTO

EN TORNO A LA INTIMIDAD Y EL BORGOÑISMO DE CARLOS V

POR

CARLOS CLAVERIA

Es de esperar que el nuevo impulso y la renovada atención de los estudios de investigación histórica hacia la figura de Carlos V, su política y su época han recibido con ocasión de los actos y publicaciones en torno al Emperador, con motivo del IV Centenario de su muerte y ha de traernos un mayor y más profundo conocimiento de su personalidad, de su conducta y de su vida consagrada a la política del Occidente europeo y a la dirección de sus estados. Es de esperar también que aspectos de su vida como gobernante y como hombre aparezcan aún bajo nueva luz y todo sirva para conocerle y juzgarle mejor, para acercarnos, en cuanto sea posible, a la verdad de su biografía y de las circunstancias de su tiempo. Sabemos que en esto no puede haber nada preciso, exacto o definitivo. El historiador suizo Carl J. Burckhardt, precisamente en un bello ensayo sobre Carlos V, ha escrito no hace mucho: "El enjuiciar de los hombres y las cosas del pasado no se interrumpe nunca. Todas las figuras históricas aparecen como vacilantes en la imagen que de ellas se hace la posteridad. No hay ningún juicio definitivo sobre cosas pretéritas. Sabemos muy poco de los móviles más profundos de nuestros propios actos, poco de nuestros prójimos, de nuestros contemporáneos, que hemos visto actuar, pero constantemente nos atrevemos, a base de escasos testimonios recogidos al azar, a creer que podemos saber la verdad acerca de gentes y figuras que se hundieron hace siglos en el pasado" (1). Pero el historiador debe, con toda humildad y honradez de métodos, seguir tratando de profundizar, de conocer y comprender lo que fue, cómo se hizo la Historia, cómo eran aquellos que, desde puestos señeros y directores, contribuyeron a conformarla.

En la manera de ver y enjuiciar la personalidad de Carlos V tienen necesariamente que perfilarse criterios que no siempre han dominado en la orientación de los estudios sobre el Emperador: el de no encerrarlo en el estrecho ámbito de una historia nacional cualquiera, olvidando que fueron muchos sus estados y que todos ellos tuvieron lugar, significado y ramificaciones en el campo internacional. Y el de intentar ahondar en la formación y estructura íntima de la

(1) *Gedanken über Karl V*, München, s. a., p. 9.

personalidad del soberano, distinguiendo un poco entre el político y el hombre, buscando el sustrato humano de aquel portador de una ideología, de la dignidad y la idea del Sacro Imperio, del heredero de tantos estados patrimoniales en toda Europa, del Señor de tierras nuevas que se descubrían y conquistaban entonces en un continente lejano (2).

No ha dejado de señalarse que para cada nación son los problemas de la historia de Carlos V distintos. Resulta inevitable que, desde el estrecho punto de vista de una historiografía nacional, se trate de asociar la dimensión universal de su reinado, en detrimento de ésta, con la particular de un estado determinado (3). Sobre ello conviene insistir en nuestro país, porque en ninguna parte más que aquí los historiadores, y en general los publicistas, se han mostrado más propicios a ver en el Emperador un soberano español trasladado a un ámbito europeo al que España daba su tónica. Si esto es perdonable en quien lo hace movido sólo intuitivamente, llevado por el orgullo nacional de ver a España jugar un papel importante en el concierto de los estados de su vasta monarquía, de tener testimonios evidentes de que muchos españoles de su siglo se sintieron arrastrados a los caminos y campos de batalla de Europa con fervoroso entusiasmo por el Emperador e incondicionalmente al servicio de su causa, es poco loable que algunos historiadores sigan insistiendo monótonamente en lo de la españolización del Emperador y generalicen sobre ello, basándose casi siempre en unos mismos datos, muy discutibles, y de los cuales, en todo caso, no pueden sacarse últimas y definitivas conclusiones (4). La complejidad de la política interior y de vecindad de los distintos estados hereditarios que vinieron a parar a las manos de Carlos, y los múltiples problemas que le imponía su elección al Imperio, se imponen a cualquiera que se asoma

---

(2) En su gran biografía del Emperador, K. Brandi, *Kaiser Karl V. Werden und Schicksal einer Persönlichkeit und eines Weltreiches*, München, 1937, decía que no quería, en su libro, describir o salvar a un héroe, sino presentar a un príncipe y a un hombre con todas sus debilidades y virtudes. Sin embargo, el hombre desaparece un poco, en este libro, ante el ingente mundo de la política de su época. Por otra parte, se ha reprochado, en distintas ocasiones, a Brandi el estudiar al Emperador desde un punto de vista demasiado alemán y centroeuropeo.

(3) En una comunicación al Congreso Internacional de Historia de Oslo, en 1928, anterior a la aparición de su monumental biografía, K. Brandi, "Karl V", *Preussische Jahrbücher*, CCXIV, 1928, p. 23, hacía estas observaciones de carácter general.

(4) Hay, no cabe duda, excepciones honrosas como, por ejemplo, el libro de J. Sánchez Montes, *Franceses, prostestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V* ("*Monografías de ciencia moderna*", 29· *Escuela de Historia Moderna*, 1), Madrid, 1951, en que, aparte de sus méritos en pulsar la opinión pública española de la época, se aborda discretamente la cuestión de la españolización del Emperador y la sintonización de las ideas y de los problemas políticos de los españoles con los del Imperio.

a la bibliografía sobre los distintos dominios de Carlos V y la política internacional de su época. El interés de Carlos era reclamado por consejos y autoridades locales de cada uno de ellos, y tuvo que prestar atención a las necesidades de su política interior, mientras organizaba con todos su política exterior universal. Los reinos peninsulares y la conquista de América, con crisis internas, como la Guerra de las Comunidades, o las cuestiones que plantean insospechadamente las Indias, son unas piezas más dentro del mosaico.

Sorprende que puedan echarse en olvido tantas cosas: los Países Bajos, sus dilectos "Pays de par deçà", que fueron arranque y origen espiritual y político de Carlos, y que constituyen un mundo en sí mismo, perduración del Ducado de Borgoña, de brillante historia en la Europa del siglo XV, fueron atendidos en su organización interna por Carlos como en los tiempos de sus antepasados borgoñones y de su abuelo el Emperador Maximiliano, si bien sufren también más adelante por su inserción en el vasto complejo político en que tiene que moverse el Emperador (5). El Emperador mantuvo una activa política internacional con zonas de Europa muy lejanas de las nuestras: Por ejemplo, sus relaciones con los reinos del Norte de Europa (no limitadas al conocido hecho del enlace de Isabel, hermana de Carlos, con Cristián II, Rey de Dinamarca y Noruega (6), y con Polonia y Lituania (7). Un libro reciente nos recuerda que una de las más graves preocupaciones del Emperador era el corazón de Europa, y que el estudio de la política en relación con el Sacro Imperio debe estudiarse también desde ángulos todavía poco tenidos en cuenta (8). La reforma interior

(5) Véase P. Fredericq, *De Nederlande onder Keizer Karel.* I: *De Dertig Eersti Jaren der 16 Eeuw,* Gent, 1885; J. S. Theisen, *De Regeering van Karel V in de Nooredelijke Nederlanden,* Amsterdam, 1912; y A. Walther, *Die burgundischen Zentralbehörden unter Maximilian I und Karl V,* Leipzig, 1906, que observa que las antiguas instituciones borgoñonas pierden algo de su gloriosa tradición al convertirse los Países Bajos en pieza de la política de Carlos, Emperador alemán y Rey de España.

(6) Véase R. Häpke, *Die Regierung Karls V und der europäische Norden* (*"Veröffentlichungen zur Geschichte der Freien und Hansestadt Lübeck"*, B. 3), Lübeck, 1914; J. Jaul, "Die nordische Politik der Habsburger vor dem dreissigjährigen Krieg", *Historische Zeitschrift,* CXXXIII, 1926, p. 433 y ss.; P.-E. Hansel, *Kejser Karl V of det skandinaviske Norden,* Kobenhavn, 1943. Véase también nueva bibliografía y puntos de vista en H. Kellenbenz, *El problema de la política escandinavo-báltica de Carlos V en el decenio de 1520-30 y principios del de 1530-40,* Ponencia del "III Congreso de Cooperación Intelectual", Madrid, 1958. Carlos V siguió las líneas políticas marcadas por las relaciones de los Países Bajos y el Imperio con los estados nórdicos, a los que los Duques de Borgoña y su abuelo Maximiliano habían prestado singular atención.

(7) G. Degeller, *Karl V und Polen-Litauen. Ein Beitrag zur Frage der Ostpolitik des Späten Kaisertums,* Würzburg, 1939, en que se trata también de las relaciones de los Habsburgos con Rusia.

(8) B. Chudoba, *Spain and the Empire (1519-1643),* Chicago, 1952. El autor, checo de origen, estudioso de los archivos europeos, investigador también

del Imperio fue otra de las cuestiones que Carlos V se planteó como uno de sus deberes de Emperador alemán, y la unidad y unificación de Alemania constituye problema central en función de sus planes de política universal (9). Y así podríamos seguir apuntando otros aspectos y otras cuestiones de la política de Carlos: de gran importancia, muchas veces, para el enfoque general de su reinado y de lo que fueron sus inclinaciones personales; de importancia limitada para algunas de sus posesiones y reinos, otras; pero a los que una historiografía inspirada en el localismo puede fácilmente hacer pasar a un primer plano, olvidando el complejo cuadro, en que son sólo un detalle complementario de lo que eran vastos los dominios de Carlos V, movido por intereses dinásticos y siempre inspirado por la "Reichsidee".

Que España y los españoles tuvieron en torno a Carlos V y su política un papel importante, no puede ni debe minimizarse. Que viejas ideas españolas entroncaron con la ideología imperial y que contribuyeran en algún modo a conformarla; que soldados, diplomáticos y escritores españoles se entregaran con entusiasmo a combatir y laborar por su causa, y se hicieran portavoces y defensores del mesianismo y utopía que rodea su figura, sus hazañas militares y el espíritu nuevo respecto a la reforma de la Iglesia, no puede tampoco olvidarse (10). Todo esto es tanto más significativo cuando sabemos que los primeros contactos de Carlos de Gante con sus reinos españoles no fueron fáciles, ni estuvieron exentos de fricciones, por la natural resistencia de sus súbditos a comprender, después del reinado de Fernando e Isabel, una nueva problemática política exterior, que excedía la de expansión mediterránea, y a suministrar socorros y apoyos para aventuras europeas de las que bien poco debían entender. Querer, sin embargo, hacer de España centro de la política carolina e identificar a España con el Imperio, parece, desde el punto de vista

---

de los españoles, aprovecha la documentación de Bohemia y abre nuevas perspectivas a la política de Carlos V y de sus sucesores en un marco europeo más amplio.

(9) Véase M. Salomies, *Die Pläne Kaiser Karls V für eine Reichsreform mit Hilfe eines allgemeinen Bundes* ("Annales Academiae Scientiarum Fennicae", Ser. B, T. 83: 1), Helsinki, 1953

(10) Véase la obra citada de J. Sánchez Montes, que tiene muy en cuenta los estudios de R. Menéndez Pidal, especialmente, *Idea imperial de Carlos V*, Madrid, 1941; de A. Castro, especialmente, *Aspectos del vivir hispánico. Espiritualismo, mesianismo, actitud personal en los siglos XIV al XVI*, Santiago de Chile, 1949; y M. Bataillon, *Erasme et l'Espagne*, París, 1937. Tengo en cuenta la versión española, en dos volúmenes, puesta al día por el autor, *Erasmo y España*, México, 1950. Compárese el reciente estudio de J. A. Maravall, "La visión utópica del imperio de Carlos V en la España de su época", *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, 1958, página 41 y ss.

de la ciencia histórica, injustificado y extremadamente discutible (11). Se ha ido muy de prisa en lo de afirmar una españolización del Emperador —cuestión sobre la que habrá ocasión de volver más tarde—, y quedan aún muchas cuestiones por resolver en la interpretación de los acontecimientos específicamente españoles del reinado de Carlos en la Península. Sólo un estudio detenido de muchas de ellas nos permitirán ver la cercanía o lejanía, la relación exacta de los problemas internos de los reinos españoles respecto a la orientación general de su política, o nos darán la justa medida de la influencia de la nueva época y del nuevo espíritu sobre la política e instituciones locales, superadas, como las de sus otros dispares y distantes dominios, por una concepción ecuménica y por las necesidades de la política supranacional del Emperador. Recientes estudios españoles sobre alguno de los acontecimientos o cuestiones importantes del reinado de Carlos, como la Guerra de las Comunidades o las finanzas del Emperador, nos demuestran cómo es posible descubrir y aprender aún mucho, tanto sobre lo que es reflejo en lo estrictamente español de la soberanía y poder de Carlos como sobre el desarrollo y avatares de las instituciones castellanas al nuevo ritmo de la dimensión europea que impone la política imperial (12) en esa amalgama de cosas españolas y no españolas que va a producir toda la problemática política nueva de una España, distinta de la medieval, bajo los Habsburgos españoles.

Nos queda aún por profundizar en el Carlos V hombre. No es

---

(11) Véanse las observaciones, que implican una reacción contra muchos lugares comunes, del Duque de Maura, *Las Cortes castellanas no compartieron ni secundaron la idea imperial de Carlos V,* Ponencia del "III Congreso de Cooperación Intelectual", Madrid, 1958, en que se señala y documenta la real separación entre la Monarquía española y el Imperio. Véase también lo que dice R. Carande, *Carlos V y sus banqueros,* II: *La Hacienda Real de Castilla,* Madrid, 1949, p. 437 y ss., acerca de la resistencia a dar socorros al Emperador ante el peligro turco, e incluso a entender que el acercarse los turcos a Viena constituyera una amenaza para España: los testimonios que invoca Carande demuestran que la opinión pública en Castilla había cambiado sobre las ideas de Cruzada después de la conquista de Granada; de todos modos, en la obra de Carande (véase también, I. Madrid, 1943) puede estudiarse la generosa ayuda prestada, a lo largo de su reinado, por los reinos peninsulares a las empresas imperiales. Véanse también los recientes estudios de J. M. Jover, "Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V", y J. Sánchez Montes, "Sobre las Cortes de Toledo de 1538-1539. Un problema del Imperio en un momento difícil", *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada,* Granada, 1958, p. 111 y ss., y p. 595 y ss., respectivamente; Jover habla (página 124) de la paulatina identificación de la acción exterior de Castilla y del mundo político del Emperador en la correspondencia con la Emperatriz, pero la ausencia de Flandes, de las Indias, en ella, con la distinción entre "estos Reinos" y "aquellos Reinos", es bastante significativa.

(12) Véase E. Tierno Galván, "De las Comunidades, o la Historia como proceso", *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca,* núms. 16-19, mayo-octubre 1957, p. 127 y ss.; y la fundamental obra citada de R. Carande para el conocimiento de las instituciones económicas y fiscales de Castilla.

que hayan faltado en los estudios sobre el Emperador los intentos de interpretar su carácter y de iluminar ciertos aspectos de su vida privada, y no es que los grandes biógrafos de Carlos, como Karl Brandi, no contribuyeran grandemente a darnos una semblanza moral suya, que no hay que olvidar relacionar con su ininterrumpida actividad política y que puede servirnos para reconstruir lo que fue aquel hombre cuya efigie nos han legado los artistas contemporáneos que le vieron de cerca. Cualquier conocedor de la época sabe que la atención del mundo estuvo pendiente de Carlos, al que se suponía o sabía, desde sus más tiernos años, llamado a recoger la gran herencia de sus poderosos abuelos. Pero las relaciones de los embajadores que observaron, en su adolescencia, a Carlos de Gante, o que estudiaron sus reacciones o presenciaron sus hechos cuando Rey de España y Emperador de Occidente, las anécdotas de su vida, los datos de la correspondencia del propio Emperador con sus familiares, las relaciones de los cortesanos e íntimos, todo cuanto puede contribuir a descubrir la intimidad del monarca hasta su muerte, no ha sido objeto de una valoración de conjunto. Datos dispersos aquí y allá han sido tenidos en cuenta, pero lo humano pocas veces encuentra resquicio entre lo político, por más que Karl Brandi pusiera siempre especial interés en utilizar particularmente los documentos que más pudieran revelarnos el pensamiento íntimo y personal del Emperador. Para adentrarnos en el fondo de esa intimidad no habría, sin embargo, que desechar ningún detalle, pero no habría tampoco que olvidar el peligro que supondría sacar categóricas conclusiones sobre algo que no pasara de anecdótico (13). Y en todo habría que evitar excesos de intuición o hipótesis arriesgadas a los que realidades documentadas no dieran auténticamente pie, sin olvidar tampoco que estamos ante alguien que tuvo como quehacer constante de su vida el ejercicio de la política y del poder, con una entrega y una conciencia de su misión a las que difícilmente se encuentra paralelo en la Historia (13 bis).

---

(13) No todo dato de su vida privada nos aclarará la complejidad de su íntima personalidad. Véase cómo se valoran algunos de ellos por A. Pichot, *Charles-Quint. Chronique de sa vie intérieure et de sa vie politique, de son abdication et de sa retraite dans le cloître de Yuste*, París, 1854; y M. Gachard, en *Biographie Nationale de Belgique*, III; Bruxelles, 1842, col. 523 y ss. Compárese también J. Cepeda Adán, *Carlos V, el hombre*, Ponencia del "III Congreso de Cooperación Intelectual", Madrid, 1958. Pero como ya hizo notar R. Carande en el prólogo de su libro, hasta en la documentación más seca y en los temas más enlazados con la materialidad y economía de su reinado cabrá "escudriñar rasgos de la vida íntima del Emperador", todo puede dar lugar a que se dibujen rasgos de la vida íntima del Emperador.

(13 bis) P. Rassow, *Karl V. Der letzte Kaiser des Mittelalters* ("*Persönlichkeit und Geschichte*", 1), Göttingen, 1957, p. 11, escribe: "Man kann wohl sagen, dass Karl keinen Tag ohne den Gedanken an die Politik hat leben dürfen. Aber dieser Anspruch traf in gerüstet. Er war ein politischer Mensch..."

Pero cuando hay algunos puntos de referencia segura para ir entendiendo lo que fue la formación de su personalidad, qué ideas, personas y módulos influyeron en su educación, para analizar los elementos que constituyen el subsuelo de su conducta como hombre, caballero y soberano, y de la complejidad de su carácter, tendremos que insistir sobre ello, porque aquí podrá seguramente encontrarse, en muchos casos, la clave del actuar del Emperador, la explicación de acontecimientos históricos de su época a los que él imprimió carácter. Por eso, deseo ahora, con nueva fuerza argumental y documentación, recordar algunos puntos específicos sobre cuestiones que parecen importantes para la comprensión de la personalidad del César sobre los que llamé la atención, hace algunos años, en estudios míos, que parecen haber pasado inadvertidos a los estudios en general, y, lo que es más de lamentar, especialmente a los historiadores que han hecho de Carlos V tema de sus investigaciones y consideración. Se trata de un libro titulado *Le chevalier délibéré,* de Olivier de La Marche, y sus versiones castellanas del siglo XVI, publicado por la Institución "Fernando el Católico", en Zaragoza, en 1950; y de un artículo complementario "Notas sobre el significado y fortuna de "El caballero determinado", incluído en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal,* tomo VI, Madrid, 1956 (14). Tal vez la ambigüedad de los títulos, tal vez el hecho de que estos estudios giraran en torno de una obra literaria no muy conocida, y mereciera sólo críticas —y no muchas— de historiadores de la literatura (15), desvió posiblemente de ellos la atención e interés de los historiadores políticos, de los especialistas de Carlos, que no los han tomado hasta ahora en cuenta, aunque en ellos se abordaran, recogiendo muchos datos, poco valorados hasta ahora, problemas de interpretación de la manera de ser del Emperador, o de sus secretos y personales móviles.

No voy a repetir aquí lo que cualquier lector puede encontrar, en esos estudios, desarrollado con minucia. Me había propuesto presentar en ellos la extraña incorporación a la literatura castellana del Renacimiento, de un poema borgoñón del siglo XV que encontró nada menos que dos intérpretes, poetas distinguidos de la época, y que bajo

---

(14) Citados de ahora en adelante como "*Le chevalier*" y *Notas,* respectivamente.

(15) Véanse las de Ch. V. Aubrun, en *Bulletin Hispanique,* LIII, 1951, página 430 y ss.; P. Groult, en *Les Lettres Romanes,* 1954, p. 167 y ss.; F. Pierce, en *Modern Language Review,* XLVII, 1952, p. 252 y ss., y J. M. Blecua, en *Insula,* núm. 83, p. 6 (Nov. 1952). Es significativo también que el primer estudio de carácter general sobre Carlos que tiene en cuenta mi libro sea el de un historiador de la literatura; véase R. Ricard, "Carlos V, cristiano", *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada,* Granada, 1958, página 27 y ss.

el nombre de *El caballero determinado,* fue leído y sentido como español por los españoles de los siglos XVI y XVII, y que como obra nuestra hizo fortuna en otras literaturas europeas. Al estudiar lo que este libro pudo significar entre los lectores de sus versiones castellanas del XVI y en el ambiente literario de la época, con sus afinidades con géneros contemporáneos, y entrar en pormenores sobre las circunstancias que determinan su traducción al castellano, tuve necesariamente que establecer una relación entre la literatura de los "rhetoriqueurs", su temática y estilo, Olivier de la Marche y su poema, los ideales borgoñones y la afición y preferencia de Carlos V por *Le chevalier délibéré.* Las biografías del Emperador se habían referido al hecho de que el César fue quien movió a Hernando de Acuña a verterlo al castellano y que hasta él mismo había intervenido en la traducción, pero no pasaba esto de ser, en muchos de los que lo mencionaban, una anécdota sin importancia a la que, en ocasiones, se daba incluso un carácter legendario y poco verosímil, y que iba rodando de libro en libro, en la bibliografía carolina, sin saber indicarse muchas veces de dónde arrancaba la noticia. Hasta en aquellos que utilizaban los datos de la correspondencia del que fue camarero del Emperador, Guillermo Van Male, con Luis de Flandes, señor de Praet, caballero de Toisón y jefe de Finanzas de los Países Bajos, concediéndole en otros puntos entero crédito, daban poca importancia, o revelaban escepticismo, acerca de la noticia, que en ella se encuentra, de que el Emperador hubiera entretenido sus ocios traduciendo en prosa española *Le chevalier délibéré* para que Acuña la pusiera en verso. Sin embargo, otros detalles abonan la relación de los hechos que una carta de la colección Van Male proporciona, cuya veracidad, en su conjunto, ha sido reconocida de antiguo (16). Pero lo que había que explicar era el porqué de esa natural y clara inclinación de Carlos por un poeta de su país de naturaleza, de un autor, viejo servidor de la casa de sus antepasados los Duques de Borgoña, que le vió nacer y que, en unos versos, le auguró felicidad y buen gobierno y le pidió "priez pour moy, quand homme deviendrez" y que no olvide las enseñanzas de la composición escrita a poco de su nacimiento por quien podía decir: "tout confus se rend a toy La Marche". Unicamente así podrían entenderse no sólo las razones por las que *Le chevalier délibéré* tomara carta de naturaleza en nuestras letras, sino también que la educación, el gusto y el espíritu borgoñones constituyen base profunda, a lo largo de una vida, de la íntima personalidad de un príncipe que de los Países Bajos había de sa-

(16) M. Arendt, *Recherches sur les Commentaires de Charles-Quint,* Bruxelles, 1859, p. 10, escribe: "Dans tout ce qu'il a ecrit Van Male me fait l'impresion d'être parfaitement veridique".

lir a ser señor de otros y distintos dominios y a representar, por última vez, la concepción cristiana imperial de la Edad Media. No sé si todo ello quedó bastante probado en mis citados estudios, pero ciertamente los datos allí recogidos merecen mayor atención por parte de los historiadores para una ulterior estimación. No le será a nadie difícil encontrar datos nuevos, añadir o completar mis noticias, o insistir más sobre algunos de los puntos tratados. Desearía yo ahora revisar y hacer hincapié sobre algunos de ellos.

No quiero, con lo que acabo de exponer, crear la falsa impresión de que ignoro que el borgoñonismo de Carlos no ha sido olvidado por los que han dedicado sus desvelos a biografiar e historiar al Emperador. A los abundantes testimonios que aduje en mis citados estudios habrá que añadir los libros de conjunto más recientes de Peter Rassow y Royall Tyler, en los que, especialmente este último, se señala el momento borgoñón de su vida y lo que éste pueda influir actos y derroteros futuros (17). Pero siempre aspiraremos a que no se prescinda, en una consideración general y de la política general de su reinado, de dar la debida importancia a la formación borgoñona del Emperador, a la atmósfera caballeresca y arcaizante de aquella Corte heredera de la de los grandes duques de Occidente en que se educa y crece (18). Y a que se tenga en cuenta también siempre lo que pesa en la época del joven Carlos la orientación política de su abuelo Carlos el Temerario, creador del Estado borgoñón, aunque perdiera las tierras y la capital del Ducado de su título (19). Los estudios de A. Walther, de H. Hauser, Th. Juste, G. de Boomy y otros, que se han ocupado de los primeros años de gobierno de Carlos como Príncipe de los Países Bajos y de su política hasta el Tratado de Madrid con Francisco I, han puesto

---

(17) P. Rassow, *ob. cit.*, y R. Tyler, *The Emperor Charles the Fifth*, London, 1956, especialmente p. 32 y ss.

(18) Véase, además de los libros fundamentales de J. Huizinga y de O. Cartellieri, que cité en mis estudios, el artículo de este último, "Die ritterliche Gesellschaft am burgundischen Hofe", *Historische Zeitschrift*, CXXXII, 1925, página 1 y ss.; el espíritu caballeresco de esta corte es ahora un reflejo de la literatura y, entre Edad Media y Renacimiento, supone, por un lado, abandono de las viejas formas caballerescas, y, por otro, una ideal entrega a las mismas. L. Pfandl, *Johanna die Wahnsinnige. Ihr Leben, ihre Zeit, ihre Schuld* Freiburg/Br., 1930, p. 48, hace atinadas observaciones sobre ese clima caballeresco y su reflejo en la educación de Carlos y en la perduración de una corte "a la borgoñona" entre los príncipes españoles sucesores suyos.

(19) Deben tenerse también en cuenta, en relación con el nacionalismo borgoñón, las observaciones recientes, siguiendo a R. Dürr, de H. Heimpel, "Karl der Kühne und der burgundische Staat", *Festschrift für G. Ritter*, Tübingen 1950, p. 140 y ss., sobre la previsión de Carlos el Temerario de salvar la unidad de su Estado en la unión con los Habsburgos (véanse "*Le chevalier*", páginas 35-37, y *Notas*, p. 290). Compárense también el libro de conjunto de J.-A. Néret, *Le Téméraire Charles de Bourgogne*, París, 1952; y la monografía de M. Matzenauer, *Studien zur Politik Karls des Kühnen bis 1474* ("*Schweizer Studien zur Geschichtswissenschaft*", N. F., XI), Zürich, 1946.

de relieve la importancia para el joven Carlos de sus tierras patrimoniales borgoñonas y de la llamada "Querelle de Bourgogne" para esos primeros lustros de su acción. Es de lamentar que haya quedado inédito en los anaqueles de la Universidad de Gottinga una tesis doctoral de un discípulo de Karl Brandi, Leo R. Delfosse, sobre la juventud de Carlos, en que se pretende seguir, paso a paso, su evolución desde las circunstancias de su niñez y de su país de origen hacia una visión más amplia del panorama europeo (20). No es de mi competencia emitir un juicio sobre el valor de esa ambiciosa tesis (que podría hoy rectificarse o complementarse con nueva bibliografía), cuyo autor, si no recuerdo mal, era coterráneo del César, pero sí importa destacar el meritorio esfuerzo en presentar con criterio de unidad y sentido de conjunto ("einheitlich darzustellen") lo que sabemos, a grandes rasgos o en detalles minúsculos, de la juventud de Carlos, buscándole un sentido al desarrollo de sus facultades humanas y políticas. En esas páginas se encontrarán observaciones sobre las personas que, en los Países Bajos, pudieron influir sobre Carlos, con el especial matiz de cada uno (Chievres, la Archiduquesa Margarita, Adriano de Utrecht, Maximiliano), y los altibajos en el influjo de unos y otros, pero en todo ese cuadro de entreverados intereses e influencias personales, lo que resalta es que todo gira en torno a las actitudes posibles del soberano borgoñón frente a Francia, desde amistad y reconocimiento de vasallaje a los Valois a una afirmación de "Estado separado"; desde una pasividad rayana a la pereza, al activismo que lleve a la reconquista de las tierras del viejo Ducado, perdido en Nancy, y también a la gloria de las Casas de Habsburgo y de Borgoña, enemigas del Rey de Francia. No sabemos si todos los momentos de esa evolución y pugna, que reconstruye ingeniosamente Delfosse, fueron así exactamente, pero no hay duda de que todo ello dejó huella indeleble en el joven Carlos que fue a España, con Chievres y sus flamencos, con indudable convicción de que lo borgoñón era centro de la monarquía habsburguisana y de que, en sus guerras con Francia, debería tener siempre presente la enemistad y autodefensa borgoñonas contra la expansión francesa.

Lo que fue obsesión borgoñona de un período de su vida tuvo necesariamente luego que menguar para quien el servicio de la idea imperial y las responsabilidades políticas de sus otros estados patrimoniales iba pesando cada vez más. Pero los Países Bajos tienen siempre lugar preferente en su corazón: si ante los Estados generales de Bruselas,

---

(20) El ejemplar mecanografiado de la tesis de L. R. Delfosse, *Die Jugend Karls V*, Göttingen, 1923, puede consultarse en la Biblioteca de la Universidad de Gottinga; un índice-resumen de la misma se publicó en *Jahrzuch der Philosophischen Fakultät der Georg August-Universität zu Göttingen*, Göttingen, página 45 y ss.

en 1522, puede decir, después de alejamiento corto y pasajero, que "son coeur avoit toujours eté para deça" (21), en el patético momento de su abdicación, en la misma ciudad de Bruselas, en el ambiente borgoñón del antiguo palacio residencia de los duques de Brabante, en una sala ornada con la tapicería de Gedeón o del Toisón y con el dosel de las armas de Borgoña, denominado "le riche dosseret", el 25 de octubre de 1556, en el discurso de Filiberto de Bruselas, miembro del Consejo de Estado y del Consejo privado del Emperador, podía hablarse de "ses constants efforts pour procurez aux Pays-Bas le bien repoz et tranquillité", y Carlos podía referirse, en su discurso de despedida, a su solicitud y aceptación del Imperio, "non par ambition d'avoir plus de seigneuries, mais pour le bien de plusieurs de ses royaulmes et pays, principalment de ceux de par deça" (22). Mucho podrá reunirse sobre el amor y el desvelo del Emperador por su tierra de origen, tanto de testimonios conocidos y publicados como de documentación inédita, y todo ha de venir seguramente a confirmar esa inclinación de Carlos por su herencia borgoñona. No puede extrañarnos, pues, que Carlos fallara, en 1544, a favor de la cesión del Ducado de Milán en la alternativa de ceder éste o los Países Bajos (23). En mis repetidos estudios reuní datos bastantes sobre ese espíritu borgoñón suyo, indisolu-

---

(21) Th. Juste, *Charles-Quint et Marguerite d'Autriche*, Bruxelles, 1858, página 156.

(22) Véase M. Gachard, "L'abdication de Charles-Quint", *Bulletin de l'Academie Royale de Belgique*, XX: 2, 1854, p. 880 y ss.; y A. Henne, *Histoire du Régne de Charles-Quint en Belgique*, X, Bruxelles, 1860, p. 259 y ss.

(23) Véase el reciente estudio de F. Chabod, "Milán o los Países Bajos.. Las recientes discusiones en España sobre la 'alternativa' de 1544", *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, 1958, p. 331 y ss. Chabod nos hace oír la voz de los consejeros del Emperador, entre los cuales algunos (el cardenal de Toledo y Granvela) invocan "el amor y fidelidad de los flamencos", "subjectez si obeissants et effectionnez", pero no explica el fallo por la natural reacción del Emperador, que no podía resignarse a perder la herencia borgoñona: Th. Juste, *ob. cit.*, p. 160 y ss., publica, de un manuscrito de la Biblioteca de Borgoña, un texto de 1521, sobre la administración de los Países Bajos, en que se lee: "Et s'il advenoit que nous ou nos dits pays et subjects fussions assailis, agressés et contraincts de faire la guerre par deçà (que Dieu ne veuille!), en ce cas, leur ferons tout ayde, secours et assistance a nous possible, et nous en acquittons de sorte que chacun cognoistra l'amour que leur portons..." Carlos tendría todavía presente, en 1544, el codicilo de 1530 de su tía Margarita de Austria a él dirigido: "Et pour non abolir le nom de la maison de Bourgogne, je prie et supplie l'Empereur que son bon plaisir soit vouloir retenir en ses mains la dite comté de Bourgogne, tant et si longuement qu'il vivra; et pour voirá qu'après son déces, cette comté succede à celui de ses heritiers à qui demeureront les pays de part deçà... (véase A. Henne, *ob. cit.*, IV, Bruxelles, 1859, p. 350). Sobre los proyectos de cesión de los Países Bajos para darles unidad e independencia política, e incluso elevarlos a la categoría de reino, y la preocupación última del Emperador de entregarlos en plena soberanía a su hijo Felipe, véase el estudio de E. Gossart, *Notes pour servir à l'Histoire du règne de Charles-Quint* ("*Mémoires Couronnés publiés par l'Academie Royale de Belgique*", Col. in-8.°, LV), Bruxelles, 1897, página 67 y ss.

blemente unido a su identificación con el país de su nacimiento y con sus súbditos, que informaba, desde la niñez, su carácter y su vida, y a través del cual pudieran explicarse actos y momentos de su política. Borgoñón era Carlos cuando llega a España (24), y curiosidad o extrañamiento despertó el joven príncipe entre los españoles, como es sabido, con la exótica etiqueta de su casa, con el Toisón sobre su pecho, orden desconocida hasta entonces, cuya romántica leyenda incita a algún español a escribir sobre ella (25). La madurez de los años y las nuevas experiencias de países, viajes y problemas nacionales distintos en cada uno de sus distintos estados abrieron nuevos horizontes y proporcionaron nuevos intereses y conocimientos, pero es más grave en todo ello descuidar la consideración de su sustrato borgoñón que estar constantemente, sobre leves y discutibles indicios, generalizando e insistiendo en el españolismo del Emperador, ya sea éste visto como algo súbito y temprano que surge en sus primeros contactos con sus reinos en la península, ya sea tomado como proceso lento y paulatino de identificación con la política de sus antepasados hispanos o con el país, cuya lengua ha aprendido a hablar y utiliza como instrumento diplomático, en el que irá más tarde a morir (26).

---

(24) Baste recordar la relación, de 8 de marzo de 1516, de Alonso Manrique, obispo de Badajoz, observador, en la Corte de Malinas, desde 1509 a 1516, para convencerse de que Carlos no sabía español y apenas si veía a españoles; sobre ella insistió H. Baumgarten, *Geschichte Karls V*, I, Stuttgart, 1885, p. 17.

(25) Véanse "*Le chevalier*", p. 37 y ss., y *Notas*, p. 297 y ss. Véase también A. Rodríguez Villa, *Etiquetas de la Casa de Austria*, Madrid, 1913 (reproducción de la de 1875), especialmente p. 10.

(26) Véanse las referencias bibliográficas sobre el tema de la españolización del Emperador recogidas en "*Le chevalier*", p. 42, y *Notas*, p. 200 y ss. No escapan a ese espejismo de nacionalismo español los más ilustres y ecuánimes historiadores españoles en sus recientes estudios. Véase, por ejemplo, C. Sánchez Albornoz, *España, un enigma histórico, II*, Buenos Aires, 1956, página 305: "He sostenido muchas veces que el nieto de los Reyes Católicos, aunque fuese un flamenco por su educación, sus gustos y su temperamento, era psíquicamente un español: quiero decir que sus reacciones anímicas predominaban las inclinaciones quijotescas —quijotescas antes del *Quijote*— del *miles hispanus*. Es, sin embargo, dudoso que llegase a amar a España entrañablemente. Acabó, sí, comprendiendo cuánto le debía..." El ya mencionado estudio de R. Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V* (que se publicó, por vez primera, en 1937, y puede hoy leerse, en edición definitiva, en la colección de estudios del autor, *España y su historia*, II, Madrid, 1957, p. 91 y ss., apuntaba la hispanización del Emperador en sus ideas políticas, con la colaboración de varios escritores españoles ("Carlos V se ha hispanizado ya y quiere hispanizar Europa..."; "Carlos V, al hispanizar su imperio, propaga hispanidad por toda Europa...") En el comentario preliminar que Menéndez Pidal escribe para la reimpresión de este estudio, en el volumen misceláneo *Mis páginas preferidas. Estudios lingüísticos e históricos* ("*Biblioteca Románica Hispánica. Antología Hispánica*", VI), Madrid, 1957, p. 206, insiste: "Los historiadores modernos desatienden bastante las cosas de España, aun tratándose de este Emperador tan profundamente hispanizado..." Publicistas y conferenciantes, en 1958, año conmemorativo de la muerte del Emperador, se han dejado llevar en exceso de la idea de un Carlos V profundamente españolizado (véase, por ejemplo, la reseña de algunas conferencias en *Indice Cultural Español*, año XIII, nume-

Preferiríamos ver orientada la consideración de la personalidad de Carlos V desde los años decisivos de su adolescencia, y conocer más a fondo el medio aquel de Malinas en que se cría, recluído, el ambiente de los Países Bajos en que se forma, saber del grupo de gentes que le rodearon, entre los que se señalan las orientaciones y presencia de las Casas de Borgoña, de Habsburgo y de Castilla y en que no faltan tampoco los españoles. No sabemos aún qué hallazgos pueden proporcionarnos nuevas indagaciones acerca de todo ello. Pero incluso lo que se ha apuntado aquí y allá ha sido valorado tal vez sólo desde un punto de vista más político que humano. Esos fueron los caminos que siguieron, en sus estudios, Juste, Hauser y otros, y especialmente Delfosse, en su tesis doctoral. Pero quisiéramos conocer más sobre la personalidad de todos aquellos que convivieron con Carlos de Gante, el joven archiduque de Austria, duque de Luxemburgo, y más tarde soberano del Estado borgoñón y de los reinos españoles. No podía esperarse que Karl Brandi diera cabida a todo en su monumental biografía. Pero los nombres que trajeron a colación A. Henne, E. Gossart, Ch. Mœller y otros, nos hacen pensar que no fueron sólo Margarita de Austria, su tía y segunda madre, y su tutor, Guillermo de Croy, señor de Chievres, los únicos que desempeñaron un papel —que pusimos de relieve en estudios anteriores— en la conformación del carácter, conducta y costumbres del futuro César, al margen de su aprendizaje político (27). Con él convivieron el conde Namur, Charles de Poupet, señor de La Chaulx, Adriano Wiele, Roberto de Gante, Juan de Anchieta, Juan de Vera, capellán Carlos, obispo de León, Luis Vaca, español nacido o enraizado en los Países Bajos, que fue maestro "es

---

ros 152-53, octubre 1958, p. 943 y ss.). Incluso en las contribuciones de los científicos españoles a los estudios sobre el Emperador con motivo del Centenario puede notarse esa orientación; véase A. Melón, "Inicial episodio de españolización de Carlos I", *Arbor,* XXXIX, 1958, p. 339 y ss. (se refiere a la empresa de Magallanes y a la cuestión de las Molucas). Habría que hacer el esquema de la visión del Emperador en la Historiografía española, sólo realizado parcialmente por F. Niedermayer, "Karl V in spanicher Sicht", *Neues Abendland,* XIII, 1958, p. 157 y ss.

(27) Añádase a la bibliografía citada en "*Le chevalier*", p. 49 y ss., A. Henne, *Histoire du Règne de Charles-Quint en Belgique,* II, Bruxelles, 1859, p. 71 y ss.; E. Gossart, "L'apprentisage politique de Charles-Quint", *ob. cit.,* p. 26 (reproducido en otra obra del autor, *Espagnols et flamands au XVIe siècle,* Bruxelles, 1910, p. 165 y ss.); Ch. Mœller, *Éléonore d'Autriche et de Bourgogne, reine de France. Un épisode de l'Histoire des cours au XVIe siècle,* París, 1895, página 33 y ss.; etc. Ch. Moeller, refiriéndose a la reducción de ocho años que Carlos, desde 1506 a 1514, pasa en Malinas, observa: "Car, dans la vie d'un personnage illustre comme Charles-Quint, rien n'interesse a l'Histoire comme la formation de l'homme, l'elaboration de son caractere, ou l'on s'evertue, non sans raison, a trouver la clef de sa carrière ultérieure." Después de redactado este estudio encuentro notas muy parciales sobre Chievres y otros consejeros de Carlos, en J. Sarralle, "Carlos V en las borrascas ideológicas de su tiempo", *Razón y Fe,* CLVIII, 1958, p. 436 y ss.

bonnes lettres et bonnes moeurs" del archiduque y sus hermanas, y al que todavía recompensaba el Emperador años más tarde, y tantos otros (28). Charles Mœller llamó la atención sobre el posible influjo de Federico, duque de Baviera, conde del Palatinado, ayo del archiduque antes que Chievres, príncipe alemán al servicio de la corte borgoñona de los Habsburgos (29). La posible influencia sobre el futuro Emperador de su preceptor Adriano de Utrecht, luego Papa con el nombre de Adriano VI, ha sido señalado por unos y por otros, pero sin precisión en ello. En la correspondencia entre Adriano y Carlos, publicada por M. Gachard, hay cartas autógrafas de Carlos, del año 1522, fecha de elevación de Adriano al solio pontificio, escritas en francés, la lengua de su intimidad, en que recuerda dichos y consejos de Adriano "estant vostre escolier", y éste le contesta, de su puño y letra, expresando su contento de que el Emperador no haya olvidado "ce que de Luy a ouy et apprins aux escoles" (30). La relación íntima de maestro y discípulo, establecida en los años de Malinas, pero sobre todo la comunidad de su nación borgoñona de origen y de lengua y sentimientos ("persona tan íntima a nos, de nuestra propia nación, e que desde nuestra niñez nos a cuidado e instruído", escribe Carlos en otra ocasión), debía darles mutua confianza, que hubiera perdurado, después de los años de devoto servicio a Carlos de Adriano en España, con gran provecho para la política imperial y para la cristiandad toda, de no haber sido el pontificiado de Adriano VI tan breve, animado el Papa, como Carlos V, de un mismo espíritu de concordia y paz universal (31). La santa piedad, la sobriedad, sencillez, pureza, aislamiento y grave continente del Papa, que, rodeado de familiares flamencos, contrasta con el ambiente de la Italia y la tradición de la corte en que reina, lleva algo la impronta del país donde nació la "devotio moderna", por un lado; del tradicionalismo de la Universidad de Lovaina, de la que fue maestro, por otro. Lo que los embajadores venecianos en el

(28) En "*Le chevalier*", pp. 58, 100, 101 y 102; y *Notas*, p. 279 y ss., llamé ya la atención sobre ciertos españoles a los que la unión de las Casas de Borgoña y de Castilla puso en contacto con formas borgoñonas de vida y de pensamiento.

(29) Ch. Mœller, *ob. cit.*, p. 114 y ss.

(30) M. Gachard, *Correspondance de Charles-Quint et d'Adrien VI*, Bruxelles, 1859, pp. XXVI y XXIX.

(31) En carta autógrafa de 30 de septiembre de 1522, desde Roma, escribía Adriano a Carlos: "Et, quant a l'amour et affection que vous portons, plus grande que à nul autre a ce monde..." (M. Gachard, *ob. cit.*, p. XLIV). Ya fuera por la diversidad de pareceres, en lo que respecta a la influencia decisiva del Emperador en la elección de Adriano, ya fuera por la actitud neutral que Adriano adopta con objeto de lograr la paz entre Carlos y los franceses, que puede comprobarse en las cartas citadas anteriormente y en esta última, pudo haber un enfriamiento en las relaciones entre Carlos y Adriano; C. von Höfler, *Papst Adrian VI (1522-23)*, Wien, 1880, p. 541, dice que la noticia de la muerte del Pontífice no produjo ninguna emoción en la corte imperial.

Vaticano juzgaron en Adriano como carácter irresoluto, ese "videbimus...", con que aplazaba las decisiones para madurarlas antes (32), coinciden con la lentitud propia de la gravedad y poco expresividad que notaron, juntamente con una tendencia a la soledad, con rara coincidencia, en el joven Carlos, todos los que le vieron, en sus primeros años, en medio de la digna y formalista etiqueta borgoñona.

Carlos se sentirá cobijado entre servidores borgoñones y en ellos depositará su confianza, y no únicamente en el primer período de su vida política, no sólo en el caso de los "flamencos" que le acompañan en su primer viaje a España y que desempeñan cargos y gozan de prebendas. A los nombres de Van Male, de los caballeros borgoñones de viejo estilo de los Países Bajos y del Franco Condado, que gozaron de su favor y que sirvieron en los más diversos territorios de su soberanía, en sus Consejos o su ejército, como Charles de Lannoy, Philip Van Kleef y Philibert de Chalon, que mencioné en mis estudios, podrían agregarse otros (33). También sus primeros confesores, Pavie, Brisselot y Glapion, fueron borgoñones o franceses al servicio de la política borgoñona de la Corte de Malinas, de Chievres y del Emperador, y ejercieron, al crecer Carlos, una influencia no sólo espiritual y educativa, sino también política (34). El propio canciller del Emperador, Mercurino Gattinara, de origen piamontés, y propugnador de una idea imperial de tradición medieval, inspirada en la de la "monarquía universal" de Dante Alighieri, llega a su alto puesto a través del servicio en la corte borgoñona de Margarita de Austria, viuda de Filiberto de Saboya, que le lleva consigo, después de su viudedad, al retirarse a los Países Bajos para dedicarse al cuidado y educación de sus sobrinos y a la regencia de los Estados patrimoniales de Borgoña (35). Un reciente magistral estudio nos actualiza a los Pe-

---

(32) Véase G. Passolini, *Adriano VI. Saggio storico,* Roma, 1913, p. 21 y ss., sobre el carácter conservador de sus obras teológicas; y 47 y ss., sobre la vida del Papa en Roma y su carácter juzgado a través de testigos presenciales; sobre este punto también M. Gachard, *ob. cit.*, p. LXXXIX y ss.

(33) Véase "*Le chevalier*", p. 62 y ss., y *Notas,* p. 298 y s. (me he referido únicamente a aquellos personajes sobre los que existen documentados estudios monográficos).

(34) Véase la tesis de un discípulo de Brandi, que cité en mis estudios a otro respecto, O. Lehnhoff, *Die Beichtväter Karls V. Ihre politische Tätigkeit und ihr Verhältnis zum Kaiser,* Alfeld, 1932, p. 18 y ss.

(35) K. Brandi, *Karl V,* ha sido quien más ha destacado la personalidad de Gattinara en relación con la orientación de Carlos V, y su contextura mental medievalizante; el propio K. Brandi, en el art. cit. de *Preussische Jahrbücher*, página 24, había hecho notar lo "gotisch" de su mentalidad y lo "escolástico" de su estilo en memoriales y correspondencia, estilo que influye también en el Emperador. Falta un estudio completo sobre Gattinara; véase ahora el parcial, dedicado a glosar la idea imperial del Canciller, de M. Penna, *Mercurino Arborio de Gattinara, gran Canciller del César,* Ponencia del "III Congreso de Cooperación Intelectual", Madrid, 1958.

rrenot de Granvela, ministros de Carlos V y de Felipe II, discípulos y seguidores de Gattinara, en que se perpetúa la tradición de los cortesanos y servidores borgoñones que secundarán ahora, ante las nuevas circunstancias, con entusiasmo y absoluta entrega, la política universalista del César y el poder absoluto y primacía política europea de los Austrias españoles (36). Otras influencias, menos directas o más lejanas, podrían determinarse también, si ahondáramos en aquel medio en que se formó la personalidad del futuro Emperador, de personas que pudieron acercarse incidentalmente al joven Carlos o que intentaron, con sus escritos, orientar su conducta humana o los ideales de su política (37).

La tesis de Delfosse, y todos los estudios que, antes y después, han considerado el período juvenil de Carlos y los años primeros de su gobierno en los Países Bajos, han hecho referencia a la influencia de su abuelo el Emperador Maximiliano I de Austria, tanto en lo que respecta a su intervención en la política de ese período como en la formación de su nieto. En mis citados estudios recogí, en relación con distintos aspectos de los problemas en torno al poema de La Marche y sus versiones castellanas, lo que significa para la vieja casa de los duques borgoñones, en trance difícil, el entronque con los Habsburgos; lo

---

(36) Véase M. Van Durme, *El Cardenal Granvela (1517-1586). Imperio y revolución bajo Carlos V y Felipe II*, Barcelona, 1957 (es versión española de *Antoon Perrenot Bishop van Atrecht, Kardinal Granvelle, Ministern van Karel V en van Filips II*, Brussel, 1953). En p. 29, al hablar de cómo Nicolás Perrenot entra a formar parte del Consejo de Margarita de Austria, condesa de Borgoña y gobernadora de los Países Bajos, protegido por Mercurino Gattinara, señala: "Este ministro se sentía borgoñón, como Nicolás Perrenot..." Antonio Perrenot, su hijo, se educa en la Cancillería al lado de su padre, y sólo años más tarde, en 1567, podrá decir: "Ne suis non plus Flamand qu'Italien; je suis de partout, et ma fin est de procurer de faire mes affaires et de m'employer en ceux du Maître et du public" (pp. 388 y 405); siempre mostró, sin embargo, predilección por el Franco Condado, tierra natal de los Granvela, muy fiel a los ideales borgoñones (p. 201).

(37) Debería recordarse a Erasmo de Rotterdam, cuyas estrechas relaciones con la corte borgoñona y el deseo de adoctrinar a Carlos ha puesto de relieve M. Bataillon, *Erasmo y España*, I, p. 92 y ss. Véase la bibliografía allí citada, en especial E. Constantinescu Bagdat, *La "Querela pacis" d'Erasme*, París, 1924, en relación con el espíritu pacifista que Erasmo trata de inculcar en la política de los consejeros borgoñones de Carlos y en él mismo, a través no sólo de la *Querela pacis*, sino también de la *Institutio Principis Christiani* que dedica, en 1516, al joven soberano; queda comprobado igualmente que las ideas pacifistas de esos escritos estaban ya embozadas en el *Panegyricus ad Philippum, Burgundiorum Principem*, que compone para saludar a Felipe el Hermoso, padre de Carlos, el día de Reyes de 1504, al regreso a Bruselas de su primer viaje a España (véase también "*Le chevalier*", p. 45, sobre los sentimientos patrióticos borgoñones de Erasmo). No entro en detalle en las relaciones de Luis Vives, al que algunos han querido hacer educador del Archiduque Carlos, con la corte borgoñona de 1514 a 1519 y la protección de Chièvres, de cuyo sobrino, Guillermo de Croy, obispo de Malinas, fue mentor; ni de la doctrina pacifista de sus escritos destinados a influir en el Emperador y en su política; véase A. Bonilla y San Martín, *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*, Madrid, 1929, I, p. 72 y ss.; y II, p. 291 y ss.

que Maximiliano representa para la consolidación de los estados patrimoniales de su esposa María, la hija de Carlos el Temerario; el interés humano y afectivo que tuvo siempre por su "lignée de Malinas" desde las largas y lejanas ausencias que impone su vida inquieta y viajera; lo que su ejemplo de caballero, legendaria figura y obra literaria, escrita idealizando su vida y sus hazañas, pudo ser para su nieto, heredero y continuador de las Casas de Austria y de Borgoña, etc. (38). No voy a detenerme ahora en lo que en Carlos de Gante haya de herencia familiar o de tradición habsburguesa y que constituye reflejo en su vida o en su carácter (39), ni tampoco a sintetizar, aquilatándolo, todo lo que se ha escrito sobre el supuesto viraje político antifrancés que la intervención de Maximiliano origina frente a la corriente pacifista y francófila, más realista y acomodaticia a las circunstancias del momento, de ciertos magnates borgoñones, entre ellos, en algunos momentos, Chievres. El propio Maximiliano se siente borgoñón (40) y se identifica con la vieja política antifrancesa del Temerario, a la que se añade la enemistad de los Habsburgos, que tan patente se hace en él y, sobre todo, en su hija Margarita de Austria. Si no resulta extraño encontrar en la correspondencia entre padre e hija, que publicó Le Glay, pruebas de los deseos de Maximiliano de ver a su nieto, como él, caballero e intrépido cazador, no podía menos de esperarse que se le inculcara entre los dos el espíritu de revancha contra Francia que había desgarrado del Estado borgoñón las tierras del originario Ducado de Borgoña. Maximiliano recoge la herencia borgoñona a la muerte de su mujer y se siente el mantenedor de su política, y, pese a desavenencias con sus súbditos de los Países Bajos, éstos le consideraron como suyo. Una muestra de ello es la crónica en flamenco, cuyo ejemplar único se conserva en la Biblioteca Real de Bruselas, *Wonderlyke*

---

(38) Véase "*Le chevalier*", pp. 49, 55, 129 y ss.

(39) Véase O. Rubbrecht, *L'origine du type familial de la Maison de Habsbourg,* Bruxelles, 1910, y D. Cabanès, *Le mal hereditaire. I: Les descendents de Charles-Quint,* París, 1926. Compárese el estudio, capítulo que quedó inédito después de la publicación de su conocida biografía de Felipe II, de L. Pfandl, "Philipp II und der Typus des spanische-habsburgischen Familiengesichts", *Portugal (1140-1640). Festschrift der Universität Köln zu den portugiesischen Staatsfeiern des Jahres 1940,* Köln, 1940, p. 53 y ss. Aparte de la herencia biológica, se llama la atención sobre ciertos rasgos caracterológicos de los Habsburgos: la "thanatophilia" de varios miembros de la familia (tratada también en el libro de P.-R. Mersay que cité en mis estudios), con apertura de tumbas de antepasados, funerales en vida, etc.; el ansia de retiro a la soledad conventual de otros, etc., que se ha puesto en relación con Carlos V en Yuste.

(40) Véase especialmente, entre la bibliografía que cité en mis estudios, K. Rausch, *Die burgundische Heirat Maximilians I,* Wien, 1880; y L. Hommel, *Marie de Bourgogne ou Le Grand Heritage* (4.ª edición), Bruxelles, 1951. Véase ahora el capítulo "Das Haus Österreich und Burgund" en el libro de A. Wandruszka, *Das Haus Habsburg. Die Geschichte einer europäischen Dynastie,* Stuttgart, 1956, p. 93 y ss.

Oologhen van den doorluchtigen hoochgeboren prime Keyser Maximiliaen, que se publicó en Amberes en 1477. En ella se celebran las hazañas de capitán de Maximiliano y se recoge con detalle la escena de la muerte de María, que recomienda a sus súbditos que conserven la Orden del Toisón, la unión entre ellos, y, como último deseo y ruego, que sean amigos de Maximiliano y de sus hijos (41).

Pero también Maximiliano debía inspirar a su nieto, además de la caballerosidad borgoñona, sentimientos de orgullo y grandeza de la casa de Habsburgo, y quién sabe cuánto de la preocupación de Carlos por los intereses dinásticos y la cuestión de la sucesión en el Imperio y en sus otros estados, que tan fuerte se hace en la última parte de su vida, no procede de ese culto a la gloria de la Casa de Austria. Traté ya en mi estudio sobre *Le chevalier délibéré* de la relación que pudiera existir entre este poema borgoñón y las obras autobiográficas de Maximiliano, especialmente el *Theuerdank,* así como la participación y entrega personal de esta obra y del *Weisskunig* por Maximiliano a Carlos, en su último encuentro, en 1517, en Bruselas. En ellas, que debió leer, encontró "Vorbilder" caballerescos, y en el *Freydal* y en la *Ehrenpforte* habría de ver Carlos, más tarde también, un monumento apoteósico de su Casa de Habsburgo. Pero no sólo Melchior Pfintzig, el humanista alemán que contribuyó a la última redacción de *Theuerdank,* debía dedicar su obra al Archiduque Carlos, sino también otros que escribieron en la corte de Maximiliano y al servicio de la gloria de los Habsburgo. Por ejemplo, Joseph Grünpeck, historiador que compuso una crónica, *Historia Friederici IV et Maximiliani I,* cuyo manuscrito original nunca se imprimió, aunque se conserve una versión alemana antigua que no se hizo sobre ese original, dedicó la primera parte de dicha crónica al Archiduque Carlos, "Karl aller Burgunden und der Erzherzöge von Oesterreich" (42). En esa dedicatoria se invoca la fama de los antepasados de la Casa de Austria, cuyos hechos son asunto de la crónica, y en uno de los dibujos a pluma que la ilustran, muy en relación con las del

(41) Véase la traducción francesa de O. Delepièrre, *Chronique des faits et gestes admirables de Maximilien 1er durant son mariage avec Marie de Bourgogne,* Bruxelles, 1839, especialmente p. 415.

(42) Véase la traducción de T. Ilgen, *Die Geschichte Friedrichs III und Maximilians I ("Die Geschichtschreiber der deutschen Vorzeit",* 90, 2.ª ed.), Leipzig, 1940; el texto completo de este párrafo, en p. 6 y s.: "Möchtest Du angeregt, gefördert und erhoben durch die grossväterlichen und väterlichen Beispiele, durch die Taten, Glanz und Grösse dahin geführt werden, dass jener herrliche Ruf über Dich ausgeht, Karl aller Burgunden und der Erzherzöge von Oesterreich Zier überragt nicht nur jedermann in der Kunde des Kriegshandwerkes, sondern auch in der Kenntnis aller edlen Künste!" Sobre la personalidad de Grünpeck, y sus relaciones con Maximiliano y Carlos, véase A. Czerny, "Der Humanist und Historiograph Kaiser Maximilians I. Joseph Grünpeck", *Archiv für österreichische Geschichte,* LXXIII, p. 317 y ss.

Weisskunig, se representa el acto de la entrega por el autor a Carlos, mientras Maximiliano lo contempla con gesto de aprobación (43). El culto a los antepasados, que Maximiliano, con su empleo, debió querer inspirar a su nieto, encuentra su mejor expresión en las estatuas de bronce que rodean el que debió ser su tumba en la Hofkapelle de Innsbruck (44). Estas preocupaciones de Maximiliano no podían dejarle tampoco insensible al esfuerzo de los humanistas de su corte de encontrar a la Casa de Habsburgo un origen mítico y fabuloso (45), si bien no siempre el Emperador diera crédito a sus teorías. También uno de ellos, Jacob Mennel, dedicó el *Lehrbuch*, en que exponía y defendía el origen italiano, o romano, de los Habsburgos, al futuro Carlos V cuando éste tenía sólo catorce años, y si es verdad que Maximiliano no se mostraba nunca entusiasta de la teoría de Mennel, parece haber testimonios de que Carlos realiza pesquisas, en su primera visita a Roma, acerca de ese entronque y origen de los Habsburgos, según el cual el Imperio debía fatalmente recaer en su casa (46). Había ya existido entre los Habsburgos la idea de que su destino era el de "Austriae est imperare orbis universo" (47). Es, sin embargo, el dinamismo y la original personalidad de Maximiliano, juntamente con las nuevas circunstancias históricas, en un momento de transición entre el declinar de la Edad Media y los problemas políticos y religiosos de una nueva época, lo que le hacen aparecer, cabeza de su dinastía y del Sacro Imperio, como el último caballero medieval o el fantástico soñador de una monarquía universal (48). Algo debió perdurar de todo ello en Carlos, heredero de la

---

(43) *Ob. cit.*, p. 31.

(44) V. Oberhammer, *Die Bronzenstatuen am Grabmal Maximilians I.* Innsbruck, 1939, p. 6, señala como antecedentes de la idea del Emperador las galerías de antepasados de las catedrales medievales, las tumbas de los Duques de Borgoña y la tradición humanística de su corte, que se hace sentir en toda su obra literaria; siguiendo a Plinio, los antepasados acompañan a los muertos en su descanso.

(45) Véase en A. Wandruszka, *ob. cit.*, p. 75 y ss., el capítulo titulado: "Das 'Erzhaus' und sein Mythos".

(46) Véase A. Lothsky, "'Apis Colonna'. Fabeln un Theorien über die Abkunft der Habsburger. Ein Exkurs zur Chronica Austriae des Thomas Ebendörfer", *Mitteilungen des Instituts für Geschichtsforschung und Archivwissenschaft*, LV, 1944, p. 171 y ss.; especialmente p. 197. S. Laschitzer, "Die Heiligen an der 'Sipp- Mag- und Schwägerschaft' des Keisers Maximilians I", *Jahrbuch der kunsthistorischen Sammlungen des allerhöchsten Kaiserhauses*, IV, 1886, p. 81 y s., da noticia de otra obra de Menel, dedicada a Carlos, en 1513, *Kayserart*, tabla cronológica y comentada de todos los emperadores, desde César a Maximiliano, destinada a su enseñanza.

(47) Véase H. Benedikt, "Die Casa d'Austria das Reich und Europa", en el libro editado por O. Schulmeister, *Spectrum Austriae*, Wien, 1957, p. 107 y ss.

(48) Los mismos títulos de las biografías que popularizan la figura del Emperador lo demuestran: J. Niessen, *Maximilian I, der letzte Ritter*, Granz, 1957; E. Breitner, *Maximilian I. Der Traum von der Weltmonarchie*, Wien,

jefatura de la Casa de Austria y sucesor suyo en el Imperio, y ya vimos que los humanistas alemanes le asocian bien pronto a los rumbos y formas de la política, vida y pensamiento de su abuelo. H. Ulmann, el autor de la mejor historia documentada de Maximiliano, señala que esos humanistas le designaron "Erneuerer des Reiches und Reiniger des Kirchenlebens", y a su nieto, "jung edlen deutschen Blutes" (49), llamado tal vez a llevar a cabo la reforma de la Iglesia y la unificación de la cristiandad. Maximiliano, que dejó en su pueblo una estela de leyenda (50), no pudo menos de influir, en la tradición dinástica de la corte imperial, sobre la personalidad de su nieto y muchas de las orientaciones políticas de su reinado han de hacerse también presentes en el de Carlos V (51). Harán mal los que no lo recuerden y tengan en cuenta.

Todas estas cuestiones habían quedado apuntadas incidentalmente en mis estudios sobre las versiones castellanas de *Le chevalier délibéré,* con objeto de situar, como dije anteriormente, al poema de La Marche en el medio en que se creó, y señalar las circunstancias que determinaron —y en que se realizó— su incorporación a las letras castellanas del siglo XVI. En todo ello no resulta fácil descubrir las ideas y sentimientos íntimos del César, que informan su personalidad y trascienden a su conducta pública y acción política, encrucijada de tantos intereses familiares y dinásticos, de tantos problemas que la geografía de sus dominios y las dificultades de los tiempos de transición en que gobierna crean; pero no parece inútil su análisis

---

1939; W. Winkler, *Kaiser Maximilian zwischen Wirklichkeit und Traum,* München, 1950; etc.

(49) H. Ulmann, *Kaiser Maximilian I. Auf urkundlicher Grundlage dargestellt,* II, Stuttgart, 1891, p. 273 y ss. A Carlos V no se le siente extraño en las tierras alemanas del Imperio hasta mucho más tarde; véase G. L. Pinette, "Die Spanier und Spanien im Urteil des deutschen Volkes zur Zeit der Reformation", *Archiv für Reformationsgeschichte,* XLVIII, 1957, p. 182 y ss.; véanse también A. M. Rothbauer, *El cancionero político alemán contemporáneo a Carlos V;* y M. Granier, *Carlos V visto por los polemistas protestantes y católicos,* ponencias del "III Congreso de Cooperación Intelectual", Madrid, 1958.

(50) E. von Fritsch, "Jörg Pleyers Flugblatt von Kaiser Maximilians Abschied und Tod", *Gutenberg-Jahrbuch,* 1935, p. 150, escribe: "Die Volkstümlichkeit Kaiser Maximilians, des "letzten Ritters", spiegelt sich in einigen Liedern wieder, die nach seinem Tod entstehen und auf Flugblättern im Volk verbreitet worden sind". Me extraña que la historiagrafía alemana moderna no tenga en cuenta el libro de G. E. Wass, *The Legendary Character of Kaiser Maximilian,* New York, 1941, que aproveché en mis estudios.

(51) P. Diederichs, *Kaiser Maximilian I als politischer Publizist,* Heidelberg, 1933, p. 44, señala el tema de propaganda de la cruzada contra los turcos en los "Flugblätter", que publica como una de las obsesiones de Maximiliano desde los primeros años del siglo XVI. En "*Le chevalier*", p. 40 y s., y *Notas,* página 293, recogí bibliografía sobre el tema de la cruzada en la política y literatura borgoñonas, que debía serle familiar a Maximiliano; sobre las ideas de cruzada en la España de Carlos V y en Francia, véase J. Sánchez Montes, *ob. cit.,* p. 42 y ss.

y discriminación para no simplificar la historia del Emperador y la comprensión de su personalidad y sus ideales. Quedaría tal vez volver de nuevo sobre la obra de La Marche, lectura, al parecer, dilecta y constante de Carlos, hasta Yuste, y a cuya traducción española contribuyó ya en avanzada edad. *El caballero determinado,* libro español en que se convierte el poema borgoñón, tenía, pese a las múltiples afinidades que pueden encontrarse entre su temática y estructura con obras y géneros literarios de la literatura española del momento (52), que traté con todo detalle, tenía que ser algo exótico en la época en que se traduce y publica en castellano, por mucho que Hernando de Acuña hubiera acertadamente interpretado el poema y penetrado en lo que él llamaba su "doctrina christiana y militar" (53), grandes virtudes del Emperador, al que la versión se dedica; pero para Carlos de Gante era el libro de Olivier de La Marche, como creo haber probado, algo familiar y típico de la literatura de su país de origen y de su corte borgoñona, escrito en su lengua materna, el francés (54), que era la que utilizó para sus reflexiones en soledad y en la correspondencia con parientes y en la que escribió espontáneamente de su puño y letra. Carlos, como muchos otros de sus contemporáneos, caballeros educados en el medio y gusto de la literatura y cultura borgoñona-francesa (55), podían fácilmente concebir, en el plano alegórico y simbólico de *Le chevalier délibéré,* el proceso de la vida humana abocada a la muerte. Los grandes temas del poema de La Marche, llenos de significado y de fuerza, para los que se habían

(52) Véanse los nuevos trabajos de V. Borghini, *Giorgio Manrique, la sua poesia e i suoi tempi,* Génova, 1952, p. 278; y N. E. Sánchez-Arce, *Las glosas de las "Coplas" de Jorge Manrique,* Madrid, 1956, p. 26, en que se cita mi estudio sobre *Le chevalier délibéré* y se le relaciona con el tema de la muerte en obras españolas de los siglos XV y XVI.

(53) En mi estudio "*Le chevalier*" puse de relieve el contraste que supone, en la producción de Acuña, poeta italianizante, entre la devota traducción del poema de La Marche —y la *Adición* que escribe, seguramente en sus últimos años, y que demuestra la huella que dejó en él— y su poesía amorosa; respecto a su poesía "imperial", véase, además de la bibliografía que recogí en mis estudios, la nota, que había escapado a mi atención, de M. A. Buchanan, "Hernando de Acuña's Sonnet Adressed to Charles V", *Hispanic Review,* XV, 1947, p. 466 y s., en que se confirma que el conocido soneto se hace eco de tópicos corrientes en la época no exclusivos de la poesía española (recuérdese *Notas,* p. 305, con observaciones coincidentes).

(54) H. Pirenne, *Histoire de Belgique,* II, Bruxelles, 1952, p. 72, n. 33, después de una seria consideración de los conocimientos lingüísticos de Carlos, escribe: "En somme, du point de vue linguistique, Charles n'était pas mois français que sa tante..."

(55) No hay que olvidar que Carlos, muy aficionado a la música, fue también borgoñón en esto; véase, además de lo que aduje en *Notas,* p. 289, el viejo estudio de E. Van der Straeten, *Charles-Quint musicien,* Gand, 1894, que no me ha sido dado consultar, y N. Bridgeman, *Carlos V y la música española,* ponencia del "III Congreso de Cooperación Intelectual", Madrid, 1958, en que se concluye que Carlos impuso "en España la música y los músicos de sus Países Bajos".

hecho en aquellas formas de formas de pensamiento, encontraban su eco en la vida del Emperador: Idea del "voyage humain", de la vida de caballero andante como peregrinación y combate, preocupación por la muerte y su constante "memento", preparación cuidadosa y anticipada para un buen morir. Carlos había sentido, en su vida ajetreada y maltratada por las enfermedades, la extraña amalgama del paso del tiempo y del espacio, que tan bien se combina en el paisaje onírico por el que cruza *Le chevalier délibéré,* sintiendo los efectos —¡ay, demasiado reales!— de *Eaige,* de *Debile,* de tantos y tantos otros personajes servidores aliados de *Atropos.* L. R. Delfosse habla, en su tesis, incidentalmente, de su "peregrinatio" por el mundo, y no será vano recordar la morosidad con que enumera el viejo Emperador, en el acto de su abdicación de Bruselas, en el emocionado discurso de despedida de sus súbditos de los Países Bajos, los múltiples viajes que realizó desde que salió de allí para tomar posesión de sus reinos españoles y la corona imperial, de las batallas y guerras y de sus dolencias. El "Otoño de la Edad Media", que encuadra su juventud en la corte borgoñona, la había dado pronto aquel sentimiento de presencia de la muerte que nadie tal vez, en las letras de su país y de su época, hizo más plástica que La Marche en su poema. No puede extrañar que todos sus testamentos, desde el primero hasta el último, mantengan una fórmula inicial de tradición en la Casa Ducal borgoñona: "Schant et recognoissant qu'il n'est rien si certain que la mort et incertain que le temps et l'heure d'icelle..." (56). Si la tradición de los "descargos" no es únicamente borgoñona, sí tuvo su constante preocupación por la muerte, que trae con su origen y su estirpe, que contribuir a la complicada cuestión de los suyos, previstos con ejemplar conciencia (57). Mucho se ha escrito, y supuesto, sobre las causas que movieron al Emperador a su retiro en el monasterio de Yuste, la tradición cultural y familiar o los ejemplos vivos contemporáneos que pudieron influir en su decisión (58). Si todo hace hoy que nos inclinemos a creer que la renuncia al poder era algo planeado y ma-

---

(56) Señalado por B. Beinert, *Die Testamente und politischen Instruktionen Karls V,* comunicación, aún inédita, presentada en los "Coloquios sobre Carlos V", organizados por la Universidad de Colonia en noviembre de 1958; la fórmula en los testamentos en castellano reza así: "Conociendo que no hay cosa más cierta a los hombres que la muerte, ni más incierta que la hora de ella..."

(57) Véase A. Marichalar, Marqués de Montesa, *Los descargos del Emperador,* Madrid, 1956.

(58) Véase un buen resumen de muchas de esas hipótesis en A. Marichalar, *obra cit.,* p. 52 y ss. Recuérdese, además de lo señalado en la bibliografía que recojo en la nota (39), la referencia de A. Henne, *ob. cit.,* X, p. 241, en que se señala la posible influencia sobre la decisión del Emperador del ejemplo de Louis de Blois, cuya intimidad con Carlos databa de su infancia (compárese *Notas,* p. 302).

durado desde hacía años (59), independientemente de agudas contingencias —agravamiento de su gota, cansancio, la derrota ante Metz, fracaso ante la cuestión religiosa en Alemania— del momento en que su abdicación y el refugio en tierras de Extremadura tienen lugar, no debemos olvidar lo que Carlos habría meditado y aprovechado de la lección que el *Aucteur,* en el poema de La Marche, aprende de *Entendement.* Tanto antes de ir a presenciar los combates en la liza que *Atropos* preside, en la ermita en que *Entendement* tiene su habitación, como, traído por *Memoire,* después de presenciar el torneo de la muerte, cuando *Entendement* le adoctrina, todo es un recordatorio y una preparación a la muerte.

Mon pain est molu desobresse
Mon vin trempe de bonne vie
Mon repos se fait en liesse
Souffissance cest ma maistresse
Jay repos sans melancolie
Ceans ne peut entrer enuie
Et sapelle ceste maison
La demourance de raison.

que en el texto castellano de *El caballero determinado,* dice así:

Es el pan que me mantiene
De sobriedad sazonado:
Y mi vino, qual conviene
De sinera vida aguado:
Lo que basta, me sostiene.
Vino fuera de Passión,
No cabe aqui Disseccion,
Invidia no tiene entrada
Y llamase esta morada
La casa de la razón.
(Copla 35.)

Esta "Casa de Razón" es Yuste para Carlos V, y allí *Entendimiento,*

---

(59) Aparte de los documentos fidedignos que nos hablan de los propósitos, a lo largo de los años, de abdicación y retiro, habría que tener en cuenta la opinión popular de los tiempos en torno a un acto que impresionó a toda Europa y conmovió a sus súbditos. *La relación de la mayor hazaña de Carlos Quinto* (ahora reproducida en *Pliegos sueltos sobre el Emperador Carlos Quinto* ("Duque y Marqués", XII), Valencia, 1958, p. 111 y ss., de un ejemplar distinto al que aproveché en *Notas,* p. 294, tenido en cuenta por mí, en mis estudios, y por W. Stirling-Maxwell, que posiblemente no es, en su composición, inmediato, como supone, a la abdicación (compárese el publicado por G. B. Depping, *Romancero castellano,* I, Leipzig, 1844, p. 415 y ss.), pero que no hay razón para no creer, fundada en relaciones antiguas, dice el Emperador:

Sabed que tengo labrada
en Yuste una humilde celda
para mi soberbio Alcázar...

Este el que puede dar
Consejo para no errar
En quanto se ha de emprender
Y sin él no puede ser
O es acaso el acertar...
(Copla 319.)

Y la lección de buen vivir y morir que allí da, es ahora, en esa última etapa del Emperador, disponerse a entrar en el último y definitivo combate, tal como lo describió Olivier de La Marche. El *Aucteur* había preguntado:

Cómo podría conocer
Lo que Atropos tardaría
En señalar aquel día
Que mi combate ha de ser.
(Copla 368.)

Y *Entendimiento* señala, en su simbólico estilo, pero casi con minucia clínica, cómo irán llegando los "mensajeros" de *Debilidad* y de *Accidente,* y cómo ojos, oídos, cabeza, piernas, irán experimentando su decadencia, la decadencia que el Emperador había ido sintiendo en su carne y en sus facultades:

Estos Reyes de Armas tales
Nos anuncian la jornada.
Son mil dolencias y males
Con que nos es declarada
Que son bien claras señales...
(Copla 374.)

Documentación abundante tenemos acerca del retiro de Yuste y los instantes solemnes del fin humano del Emperador, pero al lado de lo que nos informa el "manuscrito González" y otros papeles publicados por M. Gachard; la relación de un monje de Yuste y las crónicas de Sigüenza y Sandoval, que aprovecha M. Mignet; lo nuevo que aporte William Sterling en su *The Cloister Life of the Emperor Charles the Fifth* (London, 1852), tomado de la obra manuscrita *El desengaño del mundo,* del Marqués de Valparaíso, que se encuentra en la Bibliteca Nacional de Madrid, y las noticias recientemente descubiertas en procesos inquisitoriales (60), habría que recordar lo

(60) Véase un anticipo de estos descubrimientos, que no tardarán en conocerse por extenso, en J. I. Tellechea Idígoras, *La muerte del Emperador Carlos V,* ponencia del "III Congreso de Cooperación Intelectual", Madrid, 1958. Poco nuevo aporta la bibliografía moderna sobre el tema: A. d'Halmar, *Carlos V en Yuste,* Santiago de Chile, 1945; D. Sánchez Loro, *La inquietud postrimera. Tránsito ejemplar de Carlos V, desde la fastuosidad cortesana de Bruselas al retiro monacal de Yuste,* Cáceres, 1957; V. Gutiérrez Macías, "La

que, en *El caballero determinado,* prefigura la escena en que Carlos va a perder su último combate con la muerte y entrega su alma a Dios, alertado por la doctrina de *Entendement,* armado con las simbólicas armas de "chevalier délibéré", de su poema borgoñón (61).

Carlos Clavería.
Instituto Español.
MUNICH

---

egregia figura de Carlos en Yuste (Las postrimerías de su vida y su muerte ejemplar)", *Revista de Estudios Extremeños,* XIV, 1958, p. 121 y ss.; L. Messía, "Carlos V en Yuste", *Arbor,* XXXIX, 1958, p. 155 y ss.; etc.

(61) J. I. Tellechea Idígoras, *ob. cit.,* escribe respecto al momento supremo de la muerte del Emperador: "Con ese gesto caballeresco, el cirio por lanza y el Cristo por escudo, libraba su definitiva batalla el hombre más poderoso de su siglo..."; en "*Le chevalier*", p. 41 y s., recogí datos sobre la piedad borgoñona de Carlos y de sus antepasados, como el del embajador veneciano que decía que "solea spesso tenere un cricifisso in mano" antes de salir de Flandes. Compárese A. Coreth, "'Pietas Austriaca'. Wesen und Bedeutung habsburgischer Frömmigkeit in der Barockzeit", *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchiv,* VII, 1954, p. 90 y ss., que estudia las formas de piedad de los Habsburgo; en p. 105 se refiere especialmente a la "Fiducia in Crucem Christi" de Carlos V, especialmente en las campañas contra Sajonia y Túnez, y a la cruz de madera que sostuvo en sus manos en su agonía en Yuste, y que sirvió también en el mismo trance a su hijo Felipe II en El Escorial.

LAS HORAS MUERTAS *

POR

JOSE MANUEL CABALLERO BONALD

EL PATIO

Cercado de pilastras, entre el tedio
lustroso de los mármoles y el vaho
humedeciente del aljibe, ¿quién
iba a decirme a mí que aquella
premonitoria soledad
del patio no tenía
más evasión al mundo que su fe?

Allí me entré en la noche
inaugural, entre las araucarias
de añoso graderío y el resol
de los zócalos, hurtando a la inocencia
las reliquias del sueño, la concordia
de los repudios capitales.

Mano
de la delicia, fui llevado
de bosque en bosque y de río
en río, descalzo ya de mí
pero trabado entre las horcas
vagabundas del tiempo.

¿Cuántos iguales cercos de verdad
anduve desde entonces?

Del zaguán
al olvido, de la arcada al desdén,
¿sigue brillando aún
la aljofifa, la loza, el cobre
de tantas matinales nunciaturas?

Oh condición de amor en que tendía
mi cuerpo, sábana que tapaba

---

* Premio Boscán 1958.

los espejos nupciales, cobertizo
de la sombra primera, agrio
solar de las iniciaciones.

¿Quién era aquél que iba
dividiendo los oros y los barros,
esquivo entre las prímulas
de pétalos carnales, de desnudos
temores, devastando
lo extenso de mi cuerpo y de mi alma?

Ciclos de salvación
y de condena, aceleradamente
desuncidos del yugo de mis años,
cláusulas cegadoras
en cuyas líneas súbitas
fui leyendo mi vida.

(Al borde
del brocal del suicidio,
junto a la flor terrible
del cante de la fragua, ardía
la mano de un pintor,
no sé si la de Tapies
o la más iracunda de Manuel
Viola, desvelando
lo que yo no podría repetir
sin morirme, pero que congregaba
todas las significaciones
últimas de mi fe.)

Y desde
entonces, ¿en qué suplicadoras
columnas, en qué muros
de agreste cal verídica, en qué broncos
arrecifes, peldaños, soportales,
apoyé mi palabra, su argumento
de gastada crueldad?

Sé que no supe
ganar las serviciales ráfagas
de lo que digo ahora, patio

con clima de mi corazón, pozo
de redivivos años patriarcales.

Oh cerrazón del tiempo en torno
de mi libre vivir, dame lo necesario
para no claudicar: ebrio, desnudo y loco
por el mundo, a ver si así
me merezco la muerte en aquel patio.

EL TESTIGO

La imperceptible nieve, diluyéndose
entre la doble hilera
de furtivos espasmos, me llamaba,
y entré en la cóncava angostura
del amor, fui poseído
por las caudales noches turbulentas
de todo mi vivir.

Era tiempo votivo
en que quemé mi estirpe, la reliquia
lustral de mi pureza, y allí anduve
por los flancos malditos de los odios,
atestiguando mis mentiras.

La prevaricación, sus legendarias cifras,
vértice del crepúsculo.
donde toda visión era amalgama
de procelosos días, conformaba mi sueño
con su sed adorable.

Esta es mi vida,
dije, su despojado reino, el sucedido
rapto, los tálamos de la iracundia
donde todo termina, las nupcias
de la abominación horariamente
desnudada a mis ojos. Y amé
el olvido, sierpe fúnebre, sólo
por recordar lo puro.

¿Quién respira
en las habitaciones fraudulentas,

a través de los muros latidores,
injusto tanto cuanto más dichoso?
¿Quién gime en los resquicios
de la luz, alzando hasta mi penitencia
aquel lecho diurno, hurtado al fuego
bendiciente, fugaz como el relámpago
frustrador del suicida?

Y fuí cayendo
desde aquella esperanza hacia el castigo
del sacrificio inmundo, aferrado
a sus falaces bordes
como el lívido reo a la clemencia.

¿Quién me dirá, en el nocturno légamo,
con la aciaga palabra del proscrito:
aquella carne fue encendida
de humedad fingidora, postergada
ante el suplicio ebrio del engaño?

Pero la turbia sed, la memorable
soledad azarosa, el postrero
reducto del amor, van restañando
todavía, como la boca maternal la sangre,
esta vibrante furia que me humana
la libertad del sueño, y cada instante trunco
genera en lo sombrío el mismo círculo
que traza mi memoria, porque soy
mi propia perdición y quien me salvo.

UN LIBRO, UN VASO, NADA

Todas las noches, dejo
mi soledad entre los libros,
abro la puerta a los oráculos,
fundo mi alma con el fuego
del salmista.

Qué contraria
voluntad de peligro me desvela,

quiebra la vigilante
sed de vivir de mi palabra.

Todas
las noches vivo inútilmente
la frustración del día, recupero
las horas muertas de mi libertad,
consisto en lo que he sido.

(Una mano olvidada entre las sábanas
rompe papeles, mancha el último
pedazo de mi sueño.)

Oh corazón
sin nadie, ¿para qué
tantas páginas vanas, tantos
himnos vacíos? Mira
a tu alrededor, ¿qué queda? Solos
estamos: toda
la vida cabe entre el callar
y el sueño. Aquí
mi soledad es mi alegría:
un libro, un vaso, nada.

DESDE DONDE ME CIEGO DE VIVIR

Era una blanda emanación, casi
una terca oquedad de ternura,
un tibio vaho humedecido
con no sé qué tentáculos.

Abrí
los ojos, vi de cerca el peligro
¡No, no te acerques, adorable
inmundicia, no podría vivir!
Pero se apresuraba hacia mi infancia,
me tendía su furia entre los lienzos
de la noche enemiga.

Y escuché
la señal, cegué mi vida junta,

anduve a tientas hasta el cuerpo
temible y deseado.

Madre
mía, ¿me oyes, me has oído
caer, has visto mi posesa
rendición, tú me perdonas?

La mano
balbucía allí dentro, rebuscaba
entre las telas jadeantes, iba
desprendiendo el delirio, calcinando
la desnuda razón.

Agrio desván,
limítrofes, gimientes muebles
lapidarios bajo el candor maléfico
del miedo, ¿qué hacer, si la memoria
se engendraba allí mismo, si no había
otra locura más para vivir?

Dulce
naufragio, dulce naufragio,
nupcial ponzoña pura de la sed,
férvido pan maldito, dónde
me hundo, dónde
me salvo desde aquella noche?

MAÑANA, ME DECIAN

No podía ser niño en el pupitre
inhóspito, llamaba a alguien,
me miraba las manos, iba
parpadeantemente enajenando
las letras y los números, hendía
el sustantivo mapa carcelario.

Mañana, me decían. Pero
la deserción del tiempo, aquel estrado
limítrofe del mundo, aquella

disciplinaria partición del ocio,
me cegaban los ojos para nunca.

Madre mía, ¿dónde estaré
mañana, qué será
de mi sueño, entre qué
cuatro paredes áridas
irá mi libertad entumeciéndose?

Los cautelosos plátanos, la inmóvil
vendedora de estampas, el guardián
de los jueves, la flora combativa
como emblema, ¿siguen siendo
mañana?

Oh junto ayer
entre cadenas frágiles, códice
de los sueños tempranos, cuando
los zaínos esquejes de mi miedo
retoñaban de luz, chorro feliz
de las aceñas clandestinas, calle
del Láudano que abría
sus enervantes puertas de cadáveres
contra el mundo primero.

¿Qué me querías tú, luna
lluviosa, horaria piedra
de la tarde? Atroz círculo lívido
del tiempo, ¿qué me querías, dime,
mísera prefectura
de los libros desérticos, tapial
de coros y de láminas,
vespertinas maderas
de vigilancia y de oración?

No podía ser niño entre los ágaves
hostiles, entre el terco
desdén de las empalizadas, junto
al silbo imperioso, bajo el látigo
del corazón y de las letanías.

Mañana, me gritaban. Pero
¿dónde estaré mañana, madre
mía? ¿De qué van a servirme
tantos días sin mí? ¿Es necesario
el mundo, soy necesario yo,
me hago falta a mí mismo?

Crédula
infancia sola entre paredes
de preguntas, déjame ser
equivocadamente el responsable
de mi quieta impaciencia de vivir.

José Manuel Caballero Bonald.
Virgen de la Consolación, 3.
MADRID

EL PROBLEMA DE LA MUERTE EN LA OBRA DE "AZORIN"

POR

SANTIAGO RIOPEREZ Y MILA

No hay una muerte manifiesta, valiente, en las páginas de "Azorín". Acaso —precisamente lo característico de su mundo literario sea lo inverso— un aliento letal, invisible, o al menos solapado, envolviendo sus figuras, sus cosas, tiñendo todo el acontecer universal.

La creación literaria de "Azorín" está constituída por cosas que se inclinan ante la muerte, es decir, por cosas enfermizas, débiles, en cuyas propias entrañas vive su muerte. Pero una muerte quizá prematura, una muerte que no *ha de venir,* sino que inexorablemente está viniendo, se está acercando. Y es porque "Azorín", reflexionando serenamente sobre esta calidad paradójica del torrente vital, se ha percatado de su marcha lenta, pero constante. Por eso su *presente* es un presente que se hace en seguida *pretérito* y hasta *futuro;* es algo que ha de venir y ha de marchar rápidamente.

Así, pues, no es una realidad estable la realidad creada por "Azorín": sus personajes, sus cosas, tiemblan sobre esta inseguridad fundamental, y no hay nada en el mundo azoriniano que nos invite a detenernos y a pisar con firmeza; sus fantasías están tejidas con reminiscencias, con restos, con hálitos del pasado, y las vidas a las cuales ha insuflado este tremendo dolor de ver llegar poco a poco su propia muerte —su destrucción y aniquilación propias— hacen brevemente ante nosotros una tierna pirueta y se deshacen en la corriente de lo que va dejando de ser. "Todo lo del mundo hace pensar, a quien medita, en la fugacidad de la vida. Un aire, el vaho de un enfermo, un jarro de agua, bastan a veces para ocasionarnos la muerte. La muerte trabaja incesantemente en todo el Universo. Todo está caminando sin cesar hacia la nada; todo en revuelta confusión y en marcha caótica hacia la eternidad" (1).

El problema de la muerte, en "Azorín", destaca por dos notas esenciales: una es su inexorabilidad; la otra, su presencia ubicua. Morir es una realidad inexorable e insoslayable; vivir, pues, no entraña ya un sentido de persistir, sino de caminar forzosamente hacia la muerte. De ahí que toda la creación humana de "Azorín" nos dé

(1) *Una hora de España,* Colección Austral, edición 1948, pág. 25. — "La vida va hacia la muerte; no hay nada estable en el Universo." *Antonio Azorín,* Obras completas, tomo I, pág. 1.092, Aguilar, 1947.

la sensación de una estampa de caleidoscopio; algo, en suma, que estamos viendo, pero que inmediatamente vamos a dejar de ver.

En el arte azoriniano nos es dable contemplar cómo la muerte se *mete* en la vida y la inunda sustancialmente: los personajes avanzan perplejos hacia ella —como pájaros hipnotizados por la cabeza triangular de la serpiente—, y en ella se evaporan, se reabsorben a la nada, de donde vinieron. En ninguna producción literaria contemporánea, como acontece en la de "Azorín", resalta más esta inexorabilidad de morir, y dudo que nadie nos haya dicho tan bellamente que la esencialidad de la existencia consiste sólo en eso: en *irse* —nuestro ser estriba en írsele yendo el propio ser—. Si Heidegger ha sido el filósofo fundamental que ha teorizado sobre la muerte, "Azorín" encarna literariamente el hombre que más se ha preocupado de esta evidencia inexorable.

Sin embargo, para "Azorín", la muerte no es sólo "algo" que nos está llegando inevitablemente, sino "algo" que envuelve todo cuanto existe. No es la muerte humana solamente su preocupación, sino el fenómeno de la aniquilación universal, tal como en Heráclito o en Nietzsche.

Sólo quien vive hacia el exterior, sin calar en la hondura metafísica que hay en nosotros mismos, puede vivir con gozo sin que la muerte aparezca limitando sus aspiraciones y sus luchas. Detener la fluencia existencial, asirla con las manos, colocarla bajo la lente analítica de la conciencia, es comenzar a entristecerse, a abrir de par en par las ventanas al vasto paisaje de la nostalgia, porque todo en tanto que *es* está dejando inexorable y correlativamente de ser. "La inteligencia es el mal; comprender es entristecerse; observar es sentirse vivir. Y sentirse vivir es sentir la muerte, es sentir la inexorable marcha de todo nuestro ser y de las cosas que nos rodean hacia el océano misterioso de la nada" (2).

Todo profundo conocimiento lleva implícito una irremediable tristeza, una melancolía suave. *Filosofar,* pretender captar las realidades básicas y, más aún, las esencias de estas realidades, es toparse con el horizonte de las *ultimidades* humanas, donde tiembla en su fondo, como un corazón misterioso, el problema de la muerte. Si "Azorín" ha sido uno de los más profundos meditadores de nuestro tiempo, lógicamente ha sido uno de los hombres más preocupados con la última realidad de que hay que morir. En sus primeros años, teñido su senti-

---

(2) "Este sentirse vivir hace la vida triste. La muerte es la única preocupación. El dolor es lo único cierto en la vida; no valen afanes ni ansiedades, puesto que todo —todo: ¡hombres y mundos!— ha de acabarse." *La voluntad,* Obras completas, tomo I.

miento del determinismo general de la época, había de encontrar en el ambiente las causas que provocan este agudo convencimiento de la muerte en los pueblos españoles. No ha dotado a sus criaturas literarias, por propia inclinación temperamental, de la capacidad de reacción, y por eso vemos en sus fantasías cómo éstas se van deshaciendo, tornándose al influjo de su circunstancia. "He aquí dos o tres seres humanos que viven en un caserón oscuro, que van enlutados, que tienen las puertas y las ventanas cerradas, que mantienen vivas continuamente unas candelicas ante unos santos, que rezan a cada campanada que da el reloj, que se acuerdan a cada momento de sus difuntos. Ya en esta pendiente se desciende fácilmente hasta lo último. Lo último es la muerte. Y la muerte está continuamente ante la vista de estos seres. En todos los pueblos, en todos estos pueblos españoles, tan opacos, tan sedentarios, tan melancólicos, ocurre lo mismo. Se habla de la tristeza española. Es preciso vivir en provincias, observar el caso concreto de estas casas, para capacitarse de lo hondo que está en nuestra raza esta melancolía" (3).

Esta conciencia hiperestesiada de que se está muriendo todo el día, de que la muerte es una realidad que llega a cada instante, podría entibiarse, desaparecer de los personajes azorinianos, si éstos fueran resueltos, emprendedores, combativos, capaces de renacer de una forma habitual de vida a una forma insospechada, totalmente distinta. "Bastaría abrir las puertas y dejar entrar el sol —recomienda el propio "Azorín"—, salir, viajar, gritar, chapuzarse en agua fresca, correr, saltar, comer grandes trozos de carne, para que esta tristeza se acabase" (4). Pero esto no lo harán jamás los irresolutos personajes del mundo de "Azorín", los cuales desaparecerán ante nosotros carcomidos por su circunstancia hostil, como plantas indefensas. El fenómeno de morir se caracteriza como una posibilidad que puede actuarse en cualquier momento; pero, por lo pronto, *todavía no;* es decir, como algo futuro. Contrariamente, "Azorín" está sintiendo la muerte en presente con tanta radicalidad y evidencia, como que en su virtud, su presente se hace pretérito instantáneamente, hueso sin carne, esqueleto.

---

(3) *Antonio Azorín,* Obras completas, tomo I, pág. 1.029.—"Las cosas nos llevan de un lado para otro, fatalmente; somos de la manera que el medio conforma nuestro carácter." *La voluntad,* Obras completas, tomo I, pág. 934.

(4) "La vieja vuelve a suspirar, ¿por qué suspira? Hace diez años que vive así; no se sabe para qué vive. Ella no hace más que pensar en que se ha de morir; lo piensa todos los días y en todos los momentos. Si oye unas campanadas, se acuerda de la muerte; si ve una carta de luto, se sobresalta un poco; si dicen en su presencia: "¡Caramba!, yo creía que se había usted muerto", entonces se pone pálida y cierra los ojos... Luego, se acuesta y se duerme pensando que esta noche acaso sea la última de su vida." *Antonio Azorín,* Obras *completas,* tomo I, págs. 1.031-1.032.

Yo creo, pues, que es esta acusada preocupación por la muerte la que motiva esa sensación de osario que produce el conjunto literario creado por "Azorín". En su mundo nada es; todo ha sido. No nos enfrentamos con los problemas, sino con las espaldas fugaces, huidizas de los problemas; incluso las emociones que suscita nos retrotraen en el tiempo, y si nos emocionamos, no nos emocionamos aquí y ahora, sino en un instante que fue: su emoción nos lleva a otro encaje temporal desaparecido. Porque "Azorín" ha sorprendido funcionando incesantemente el motor escondido de la muerte; de ahí que sus seres no sean seres que viven —entendiendo por *vida* un significado sosegado de "estar en ella" y otro enérgico de "sentirla en nosotros"—, sino seres que van como visionarios hacia la muerte, aunque "Azorín" hace resaltar lo inverso: no es que vayamos nosotros, con nuestro pie, a la última e inevitable realidad de morir, sino que es la muerte la que viene a buscarnos, la que nos asedia continuamente, la que va limando la blanda carne de nuestra fugaz existencia. Si la carne es la vida, el presente, el hueso en que nos quedamos, es el pretérito, lo que ha quedado; de ahí el doble sentido de "cosas idas" que tienen sus viejos protagonistas novelescos.

Hay, pues, en toda la producción literaria de "Azorín", un insinuarse implícito de la muerte, un aliento derrocador envolviendo los más bellos momentos de amor y de fuerza; de ahí que incluso en esos instantes en que la vida nos habla de cosas buenas y hermosas, de cosas dignas de ser vividas, nos deja en el alma su gusto inevitable a muerte, porque aun la misma juventud que nos pinta "Azorín" es una juventud en marcha loca hacia la vejez; el amor, hacia su acabamiento, le vemos desfilar al lugar donde se nutre sólo de recuerdos —el aliento sutil de los que ya no son—; las mismas sonrisas se resuelven en sonrisas melancólicas: todo el mundo artístico de "Azorín" se levanta sobre la nostalgia —sobre el "dolor de algo"—, transido de este sentimiento desesperado de que lo que fue ya no es.

Un profundo dolor, un bostezo se exhala de la vida analizada por "Azorín". "Pienso en una inmensa danza de la muerte, frenética, ciega, que juega con nosotros y nos lleva a la nada... Los hombres mueren, las cosas mueren. Y las cosas nos recuerdan los hombres, las sensaciones múltiples de esos hombres, los deseos, los caprichos, las angustias, las voluptuosidades de todo un mundo que ya no es" (5).

Tan radical, pues, es esta idea de muerte en su pensamiento literario, que en su virtud la vida tiene ya solamente un sentido negativo, algo que debe resolverse positivamente en la realidad remota del morir.

---

(5) *La voluntad,* Obras completas, tomo I, pág. 940.

"Yo creo que la vida es el mal, y que todo lo que hagamos para acrecentar la vida es fomentar esta perdurable agonía sobre un átomo perdido en lo infinito..." (6). Por eso, en su antiguo discurso dedicado a Larra, resucitando las antiguas perplejidades, exhuma la célebre frase de Eurípides: "¡Quién sabe si la vida no es para nosotros una muerte —es decir, *algo que no es*— y la muerte no es una vida!" (7).

"Azorín", pues, al enlazar la vida en su sentido plenario, esto es, todo cuanto existe con el problema último de la muerte, ha desvitalizado, quizá sin quererlo, pero como una conclusión inevitable de las premisas fundamentales sobre las que asienta su mundo literario, la propia vida. No es, en su mundo imaginativo, que la vida haya salido al paso en busca de la muerte, sino, inversamente, la muerte quien se ha apoderado de lo que vive, introduciéndose en ello de tal forma, con tanta esencialidad, que lo ha herido para siempre al ponerlo en comunicación misteriosa con su final inexorable.

Los personajes de "Azorín" nos dan siempre la sensación de que están entre la espada y la pared de emociones contrapuestas, de radicales contradicciones (8). Lo mismo son de nuestro tiempo —actuales—, y nos comunican sus dolores íntimos, que se transfiguran en otra realidad temporal, soñada o existente. "Azorín" ni pinta la figura del personaje ni la concreta a veces, y ello para hacer más visible el anhelo hacia lo infinito; procura quitar de lo real todo lo adherente, hasta dejar escueta la idea. Y así la transición de lo real a lo irreal se opera fácilmente (9). Todas las páginas novelescas de "Azorín" están transidas de una aguda perplejidad temporal, de una dubitación angustiosa entre lo pasado y lo presente, entre lo real y lo fantástico. Hay veces en que los personajes encadenados a esta vida *desvitalizada* de la meditación, en la que predomina la razón sobre el insinto —la frialdad de la ceniza sobre el ardor del fuego—, quieren liberarse de ella, reingresar en una forma vital espontánea, cantar, correr, huir del pensamiento: "Vive París Enriqueta sin razonarlo, intuitivamente, en tanto que Víc-

---

(6) *La voluntad,* Obras completas, tomo I.

(7) *La voluntad,* Obras completas, tomo I, pág. 952.

(8) "Los libros son falaces; los libros entristecen nuestra vida. Porque gastamos en leerlos y escribirlos aquellas fuerzas de la juventud que pudieron emplearse en la vida y en el amor. Y cuando llega la vejez y vemos que los libros no nos han enseñado nada, entonces clamamos por la alegría y el amor, que ya no pueden venir a nuestros cuerpos tristes y cansados." *Antonio Azorín,* Obras completas, tomo I, pág. 1.079.

(9) "Y ya después de haber vivido tanto, ya en la tenuidad de la vida, nuestro personaje no acierta a discernir las dos realidades. Un suceso puede haber ocurrido en la nocturnancia, a lo largo de un sueño, y Víctor tendrá la sensación de que tal hecho lo ha presenciado en la vida. Y este es el motivo de que en una conversación, al referirse a tal o cual cosa, Víctor se quede absorto. No sabe, en esos momentos, si lo que está contando es cierto o soñado." *El enfermo,* edición Adán, 1943, págs. 30-31.

tor ansía tener conciencia de todo. Alguna vez, en sus momentos de fatiga mental, quiere Víctor prescindir de la conciencia que le agobia, pero no puede. Y entonces mira con envidia a Enriqueta." En esta envidia, tal vez en este deseo tácito de querer transformarse Víctor en Enriqueta se patentiza el dolor íntimo que portan los personajes de "Azorín": personajes doloridos, inmovilizados, que no pueden entregarse a una vida de lucha y de acción. En su *Caballero inactual* es donde, principalmente, realiza "Azorín" el auténtico hallazgo psicológico de su personaje Félix Vargas; en esta novela el hondo problema del tiempo y su repercusión angustiosa en el hombre —hacia su muerte— está maravillosamente trazado (10).

La característica perplejidad que se observa en los personajes azorinianos está producida a veces por el ámbito en el cual desarrollan sus vidas. Los personajes de "Azorín" viven en una atmósfera confinada; diríase que les falta aire para respirar, que van a sentirse de cuando en cuando inmovilizados por un asma mortal (11). Los personajes que crea, o ínsitamente llevan una perplejidad abrumadora, o es el ámbito quien la condiciona. No hay escape: o nacen perplejos, o se tornan perplejos. La *circunstancia* que delimita la vida de los hombres azorinianos es una *circunstancia* hórrida, estrecha, que pesa formidable sobre sus habitantes y que acaba por aniquilarlos. Por otra parte, hay que recordar el primerizo sentimiento determinista de "Azorín", que ha insuflado a sus criaturas, en vez de una gracia de vida y esperanza, un aire de despiadada fatalidad; por ella, no han sentido su contorno

---

(10) "El poeta se deja arrastrar por un vértigo suave: no sabe —durante un minuto— si está donde se halla, en la hora presente, o en otros mundos, envuelto en lo futuro o en lo pretérito, viviendo una existencia que él no ha vivido. Un fragmento de paisaje actual se cruza con una sensación olfativa antigua. Todo lo vé —lo vé, no; lo siente—, todo lo siente Félix en esta hora vago, borroso, como entre nieblas, en la penumbra de un no ser que no puede precisar si pertenece al pasado o al porvenir. ¿Al pasado? —se pregunta Félix con terror. Porque muchas veces este poeta, que se precia de tan fino y cultivado, siente en el fondo de su organismo, a manera de un violento tirón, que una sensibilidad primitiva, ancestral, partida de paisajes milenarios, da de toda su personalidad a través de la inmensa cadena de las generaciones. Y entonces su espíritu se tiñe de una irreprimible tristeza. Sí, una sensibilidad primigenia; sí, el antecesor milenario en la selva aborigen, melancólico como ahora el poeta, apoyada la cabeza en el tronco de un árbol. Solo y triste como el poeta; solo, y en sus ojos grandes y bellos un destello de infinita tristeza." *El caballero inactual.* Colección Austral, ed. 1948, págs. 28-29.

(11) "En los pueblos sobran las horas, que son más largas que en ninguna otra parte, y, sin embargo, siempre es tarde. La vida se desliza monótona, lenta, siempre igual. Todos los días vemos las mismas caras y el mismo paisaje; las palabras que vamos a oír son siempre idénticas. Ved la extraña paradoja: aquí la vida será más gris, más uniforme, más diluída, menos vida que en las grandes ciudades; pero se la ama más, se la ama fervorosamente, se la ama con pasión intensa. Y por eso el egoísmo es tan terrible en los pueblos, y por eso la *idea de la muerte* maltrata y atosiga a tantos espíritus." *Antonio Azorín,* Obras completas, tomo I, pág. 1.040.

como un problema incitante que pedía una solución humana urgente, sino que, a la manera de plantas indefensas, se han entregado a la ventura de la tierra. Desde este inactivo punto de vista botánico de la vida no se podían lograr fuertes ejemplares de hombre: los perplejos protagonistas que cruzan como fantasmas alucinados por las páginas de "Azorín" son, todo lo más, restos de hombres, cenizas de hombres, pavesas de hombres (12).

Todos los personajes de la novelística azoriniana —personajes anodinos, vulgares, irrelevantes— parecen heridos de muerte; llevan en su intimidad un problema al que no buscan solución, y consumen su ciclo vital bajo una atmósfera cargada de sonidos insistentes de campanas. Introducirse en una novela de "Azorín", interesarse por uno de estos personajes que se mantienen débilmente entre la vida y la nada, supone entrar en contacto con una serie de actos mínimos, encadenados a viejos prejuicios, y angustiarse el alma con el toque a muerto de las campanas.

Frente a la vitalidad de los personajes novelísticos comunes, en los que tiembla su acción fácil al cambio y al giro, cargados cada cual con el bagaje de su preocupación y de su afán, en viva armonía con la variabilidad constante que exige la existencia, los personajes de "Azorín" son de laboratorio de disección psicológica, de análisis, consumidos en su propia angustia y soledad. "Azorín" ha aplicado sobre el flujo indócil de la vida la lente analítica de su conciencia —transida por el dolor de una muerte que nos rodea en un abrazo frío y constante—, y de ahí el hastío que nos exhalan sus criaturas literarias y reflexivas.

"Azorín" vincula las cosas al espacio y al tiempo: todas en aluvión van a perderse en la corriente perenne y monótona de la muerte. Y puesto que para él "vivir es ver volver" (13), piensa que todo realizará

---

(12) "Ya don Víctor no es casi nada; es un resto de personalidad; es un regazo lejano de ente humano. Y ni aun don Víctor cabe llamarle, sino un *viejo* —uno de estos viejos tan viejos que si dicen alguna vez: "Cuando yo era joven..." parece que abren un cuarto oscuro del que sale una bocanada de aire húmedo. ¡Qué tristeza tan honda! —exclama don Víctor—. Yo siento cómo desaparece de una sociedad nueva todo lo que yo más amo, todo lo que ha sido mi vida, mis ilusiones, mi fe, mis esperanzas..." *Antonio Azorín,* Obras completas, tomo I, pág. 1.065.

(13) Recoge Azorín las influencias de Heráclito y de Nietzsche en su obra *La voluntad.* "El mundo es una inmensa litografía de Daumier. Lo doloroso es que esta danza durará millares de siglos, millares de millones de siglos." Estas consideraciones, escritas alrededor de 1901-1902, se continúan, en esencia, con el mismo dolor en el bello capítulo "Las nubes" —de *Castilla,* Colección Contemporánea, edición 1945, pág. 97—, donde Azorín, literariamente, resume las antiguas y angustiosas perplejidades ."Vivir es ver pasar. Mejor diríamos vivir es ver volver. Es ver volver todo en un retorno perdurable, eterno; es ver volver todo —angustias, alegrías, esperanzas—, como esas nubes que son siempre distintas y siempre las mismas, como esas nubes fugaces e inmutables.

su retorno implacable y que todo lo de siempre, ajeno a los cambios de nuestras alegrías y dolores, ajeno a nuestra desaparición, seguirá siendo como cuando nosotros éramos: "Y las nubes pasarán como antes, como siempre, por el azul inmenso; pasarán cuando se haya roto el espejito y cuando el baúl ya no exista."

La atención de "Azorín" se hipertrofia ante la realidad vasta de la vida, y nos trae a su primer plano el mínimo detalle, aquello lejano que consumía su vida ignorada. Todo lo pequeñito, lo oscuro, lo vulgar, vinculado a las preocupaciones humanas de cada día, eleva hacia nosotros, en la sensibilidad azoriniana, su corazoncito: nos hace una mueca graciosa y nos enternece con su mínimo programa vital. En todas sus páginas, si las desciframos con ánimo dispuesto y oído prevenido, escuchamos el latido de las cosas olvidadas, advertimos su humilde participación en nuestra vida. Entramos, con "Azorín", en comunicación con ese trasfondo de la realidad que opera, sin nosotros advertirlo, gran parte de nuestros actos y de nuestras reacciones; una sorpresa indefinible se apodera de nosotros al sentir en la carne y en el espíritu las saetillas incitantes de estas cosas que desconocíamos.

Las personas segregan sobre las cosas como un flujo de espiritual humanidad, y resbalando nuestra atención sobre ellas, sin necesidad de preguntar por quienes conviven, las cosas mismas nos forman sus imágenes. Junto al viejo abanico abandonado sobre el piano o la cómoda imaginamos la mano fina, hoy huesosa —en trance de muerte—, que antaño le moviera; en la taza amarilla, sobre sus bordes, aún se escucha el temblor de unos ansiosos labios enfermos; una espada orinecida nos habla de una época de amor y de fuerza. "Azorín" ha inmortalizado en su vasta simbología literaria estos restos, estas reliquias condenadas a desaparecer; su espíritu atento se ha posado con dolor en las cosas idas —o en la pendiente de su muerte irremediable— para detenerlas un instante y aprisionarlas en su creación literaria.

Ya todo lo grande, lo bueno, lo hermoso, la armonía integral de las cosas —la sonrisa de la mujer amada, las ropas del niño recién nacido, el perfume mañanero de las rosas—, arrojado en la impetuosa corriente de lo que va dejando de ser, de lo que va desapareciendo, solamente nos producirá una tristeza alegre o, cuando más, una alegría triste: emociones tornasoladas en fin de cuentas, porque ésta, su excesiva pre-

---

Las nubes son la imagen del tiempo." He aquí la condensación plástica de ese sentir último que sorprende Azorín latiendo en la humanidad. El hastío que rezuma la obra azoriniana tiene su origen en este dolor de nosotros mismos —hacia la muerte para que la vida continúe—, oculto bajo el oropel de la vida bulliciosa, pero intacto en la secreta conciencia de la perdurabilidad de las amarguras humanas.

ocupación por el acto final, ha teñido oscura y trágicamente la propia visión que tiene del mundo, de las personas y de las cosas.

Cuando llega el crepúsculo, "Azorín" permanece absorto observando cómo el cielo se va oscureciendo —cómo las nubes son siempre las mismas y distintas, en retorno perdurable— y cómo las cosas vuelven a su reposo después de la lucha del día. Y siente la muerte carcomiendo todo, devorándonos poco a poco.

Santiago Riopérez y Milá.
Fuencarral, 18.
MADRID

ODAS PARA TRES RIOS AMERICANOS

POR

HECTOR VILLANUEVA

AMAZONAS

Padre del caucho, Amazonas;
sucesiva ramazón que anega el continente
y lo arrulla, anheloso, con un caudal de adormideras
cuando arrima su melopea a hurgar en los esteros
donde un verde fulgor incrusta con nácar los caimanes.

Patriarca de corolas feroces,
entretejiendo fiebres
enlazas dulcemente la lepra a un vivero de insectos
y en tu fosforescencia bogan esas maldiciones
—relámpagos oscuros ansiando la quina y el petróleo—
esos hombres del río
que reposan con dulzura salvaje bajo las anchas hojas
en unas madrigueras de lianas y de hormigas
y en el vaho que carcome el alba
bajan sobre el aceite enardecido del sol
a hurgar con míseras monedas alcohol y esclavitudes.

Tus flores devoran los inútiles siglos.
Hace siglos que tus flores devoran la lumbre de la tierra
con delirante paciencia.
Junto a ese ronquido con que inquietas la selva
se esponjan de calor los cauchetales
y ondeas tu riqueza de bestia avariciosa
que arrastra un limo agrio de insomnio y luna suelta.

Todo lo alientas para la muerte
con una fuerza que sólo entiende la encelada araña
y festejan tus peces nutridos de esqueletos.
Porque nada hay más dulce y más feroz que América.
Lo sabe el que ha escuchado el viento de sus águilas
o repudió su mística serpiente
en las piedras de sol más viejas que la vida;
lo saben aquellos que han amado
y pisado la tostada pasión de sus mujeres.

Pueblos que desnutre el puma
dormitan en tu fango donde el maíz sonríe;
ulular taciturno, pueblos mágicos
que sueñan mutilar su hechizo
inoculando libertad en la enmarañada cerbatana;
y agitan sus coronas de tabaco
olorosas de promesas y vicios más fuertes que el amor.

Amazonas, río profeta,
no crees ni en los dioses ni en los hombres,
sino en tu desaforada molicie
que va entrañando su zarpa debajo el continente,
o en el incontrolado aleteo de las lluvias
bajando su apestosa muchedumbre
para henchir tu sexo triunfador
soberbio en la ley de tu potencia,
la única que aman los fuertes,
la única por quien América debe vivir y eternizarse.

La pereza del trópico
con su oración infecta te adora y engrandece
cuando arrojas al mar tus diademas de espumas y pecado,
tus guirnaldas que pulen epidemias
inacabables, como un deseo
que siembra nuestra sangre en un néctar de légamos
y más nos seduce cuanto más nos lleva hacia la muerte.

Zumbador, hechizado zumbador, América te mece;
tu alma es trágica y pudre, como mi alma, los días.

MAGDALENA

Aquellas vastas aguas que arrastran la selva hacia la dentadura
de corales del Caribe,

aquel desplazamiento de las aguas, grandes corolas en viaje,
modorras perfumadas,

aquella magnífica derivación del Magdalena en un país educado
con vértebras de volcán y azahares.

Es la aorta de los Andes que azula las tierras calientes,
el río con flancos de leopardo.

Oh esplendor de sus frutas; la piña tiene el corazón fundido
con las húmedas alas del alba,

en la papaya la carne del trópico se sumerge en lo remoto
del río palpando el frescor del paraíso

y el petróleo tiende su arcoiris secretamente a través del limo
donde dormitan las estrellas morenas.

Río de los cocoteros suspendidos de plumas. ¡Esa estridencia
multicolor, felicidad del mundo recién nacido! Y la
comarca de bambú abre la prennidad del estío a los
recolectores de plátanos, a los vendedores de máscaras
y cerámicas, a los tasadores del río que llevan sus
movientes barcas entre las espléndidas arañas del
crepúsculo. Y las flores, hirientes migraciones de la
hermosura junto a la caravana de las hormigas.

Insomne, el café desciende de las tierras medias para
beber un vino trastornado en la corteza del río.

¿No es
cierto que su seducción rocía de olvido el desencanto?

El Magdalena tiene una piel color orgullo y tabaco rojo
por eso domina las razas afiebradas que lo siguen.

El Magdalena tiene unos cabellos como una mujer de conquista
y unos altos de mellada nicotina y un espasmo que
codician los hombres de coraje.

Y este es un canto a ese río, un vértigo para Colombia,
tierras y aguas donde he dormido.

S A L A D O

Conozco tus aguas, tu cuerpo de orgullosa corteza, el aroma salobre
de tus playas,

hermano mineral de la provincia que vienes cabeceando en las grandes
devastaciones

para invadir la llanura con blancuzcas milicias y carroñas en llamas.

Así aprendí a mirarte, así aprendí a quererte, y a veces, en la noche,
escucho que me nombras

y tu garganta inmoladora se vuelve amante a mis oídos.

Yo sé que tu ceguera viene desde donde nacen los potros, arrastrando
esqueletos de yodo y cigüeñas doradas;

que la esfumada lluvia de la pampa, sus azúcares, se incrustan en tu
lomo tostado por la sequía que deja tu lengua retorcida sobre
un camastro de cal. Entonces

los pumas rojos bajan desde la rebelión del paraíso para llenar tu
cuerpo con su espuma.

¿Qué escuchan las estrellas cuando vienen a beber un vino tibio en tu
tránsito nocturno?

¿Qué busca la soledad cuando posa sus labios en tu espejo de esquisto
y el cardo enano gime

sobre los cráneos de los peces y toda esperanza, como un cuajo de
hiel, huye de los hombres?

Cuando el verano emigra, las grandes bestias astadas buscan tus riberas
donde el relámpago olvida su alma.
Vengador de amarga frente

yo alabo tu vértebra de espejismos porque la tensión gigante de la
llanura, las tristes poblaciones, nosotros los mortales,

acudimos a tu seducción para mirar la gran victoria que te inmola
en el mar.

Y la fuga melancólica de tu corriente trae ilusiones de destierro. Allá
en el país de las pasturas verdes y el viento sin memoria

rachas de fuego sacrifican los días que asisten a tu nacimiento
donde las lluvias ignoradas muelen los sílices arrancados
a la quijada del mundo para abrir tu primera herida.

(Desde hace poco tu erosión acompaña mi casa, se acerca a mis pies
para recordarme que soy fugaz.)

Nada como tener sed para beber tu sal, nada como beber nuestras
lágrimas para saber que las secas órbitas de los solitarios
pueden ser tus fuentes tendidas en la pampa; mordedor herrum-
[broso.

mordedor de la tierra y de mi alma. Ahora que te he visto ya nunca
más podre cantar cómo era antes.

Héctor Villanueva.
Nazarre, 3455.
BUENOS AIRES (Argentina).

HORAS ANTES DE MI MUERTE

POR

FERNANDO SANTOS RIVERO

Cinco meses llevo recluído en esta habitación. Desde que me hicieron la última radiografía. Sin moverme. Sin escribir una línea. Las paredes me asfixian. Es pequeña. Amarillenta. El color más cercano a la muerte. La ventana se abre a un patio solitario. No la alcanza el sol. Ni las estrellas. Ni el rumor de la calle. La lluvia se queda en los cristales, silenciosa, estéril. Lástima. Me gustaría sentir sus pinchazos en la piel. La lluvia reconforta. Se respira mejor. Mucho mejor. Huele a mar. A lejanía. A creación. Ya no podré disfrutar de ella. Nada puedo hacer. Es amargo, a mi edad. Demasiado amargo. Pero así es. Debo aceptarlo sin rebeldía. Esperar su llegada, indefenso. Entregarme.

Sólo puedo leer. Leer sin pausa. La lectura forzosa hastía. Todo lo obligado oprime el espíritu y el cuerpo. El mundo en que nos agitamos me da la sensación de una ratonera sin posible escape. Todo es reducido. Mínimo. Hay gente que intenta reducirlo aún más. El mundo debía ser otra cosa. Pero no está a nuestro alcance. Quizá la muerte sea la frontera. Allí, nuestro espíritu, con libertad total, absoluta, se fundirá con el infinito. No lo sé. Dios tiene el secreto.

No debo seguir escribiendo. Me lo han prohibido. No era necesario. Pero hay algo que me impulsa. Con violencia. Lo necesito. Aprisa. Cuanto antes. No sé de qué. Ni me importa. Pero lo necesito. Sólo hay una cosa que no necesito: la muerte. Y, sin embargo, ella me necesita a mí. Lo sé. Está aquí. A mi lado. Sin hablar. Me está palpando. Es suave. Escurridiza. Terca. Nada se puede hacer. No se puede llegar a un acuerdo sin diálogo. Pero estoy tranquilo. Demasiado tranquilo. La esperaba. Hace tiempo que la esperaba. Otras veces ha llegado cerca. Muy cerca. No tanto como ahora. Sólo deseo que me deje escribir unas líneas más. Siempre tuve pasión por escribir. Era la razón de mi existencia. Al caer enfermo la perdí. Las pasiones sin satisfacer se quedan en deseos. El tiempo apaga también los deseos. La vida misma nace muriéndose.

El médico me ha prohibido muchas cosas. Nunca me explicó el motivo. Sólo me dijo que padecía una bronquitis complicada. Después, que tenía un pequeño tumor en el pulmón. Pero yo sé lo que tengo. Sus tentáculos me aplastan. Debe ser un cáncer. Mi padre murió de algo pareci-

do. Estoy seguro de ello. Me recomendó reposo absoluto. Dejar de fumar. Así lo hice. Al final, de nada me ha servido. Antes del final, era una esperanza. Pequeña. Estaba viva. Las esperanzas encienden el espíritu. Ayudan. Es el mundo interior el que nos empuja a vivir. Cuando falla, nuestra vida se apaga. Esto me pasa a mí. Mis esperanzas se han roto. Se han deshecho. Mi cuerpo también está deshecho. Acribillado.

Son las cinco de la tarde por este reloj. Su tictac se lleva el tiempo. Cumple su misión. Hace menos de una hora que se ha marchado el médico. Hoy me ha visitado dos veces. Es la primera vez que lo hace. Apenas habló. Me ha mirado con fijeza. Se ha esforzado en sonreír. Se lo he notado en sus ojos. Estaban tristes. Profundamente tristes. Se quedaron clavados en mi retina. Sus ojos me lo han dicho todo. Esto se acaba. Duraba demasiado. Es cuestión de horas. Volverá esta tarde con un sacerdote amigo suyo. Me agrada esta visita. Estoy deseando que lleguen. Le hablaré de muchas cosas. Tengo dudas. Siempre tuve dudas. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo. El diálogo calma los espíritus. Me ha dicho que es joven. Mucho mejor.

La inyección que me ha puesto esta mañana no era como las otras. El médico no habló de ello. Ha creído que no me he dado cuenta. He notado una sensación nueva. Mi cuerpo se esponjaba con deleite. Flotaba en un mundo absurdo. Es posible que fuera de morfina. No puedo asegurarlo. La desconozco. Nunca tuve interés en conocer esas cosas.

Esta tos seca, irritante, no se va. Otra vez vuelve el calor. Me ahoga, Me llega hasta el cerebro. Los latidos me pinchan las sienes sin piedad. He tocado mis piernas. Puedo contar los huesos. La piel está helada. Qué extraño contraste.

Acaba de entrar doña "Nati". Ha dejado un telegrama sobre la mesilla. Me ha visto escribir. No me ha dicho nada. Parece que tenía prisa. Ha puesto un paño blanco sobre el sillón. Y una alfombra más grande junto a la cama. Será por la visita del sacerdote. Se lo habrá dicho el médico. Esto debe ser. ¡Pobre mujer! No sé como ha podido aguantarme estos cinco meses. Aún le debo tres meses de pensión. Ya no se los podré pagar. Nadie pagará mis deudas. Las cosas que me quedan no valen nada. ¡Si la gratitud se pudiese vender! Es lo único que tengo.

El telegrama es de mi novia. Llegará el martes. Viene con su madre. Un beso muy largo, dice. El martes. Ya será tarde. Sí, Cecilia; ese día ya no podré verte. Es terrible que te diga esto. Pero así es. Si llegases hoy. Ahora mismo. En este momento. Me llevaría ese beso tan largo. Y muchos más. Me iría más tranquilo. Nuestra despedida en la estación está aquí viva, palpitante. Es lo que queda de nuestro amor. Es poco. Muy poco, después de cinco años. La separación me

arrastra hacia ti con más fuerza. ¡He pasado tantos días solo! Completamente solo. La soledad es frío. Como la muerte. Vivir en los otros. Esto es lo importante. Es mi último deseo. Vivir en ti. Hasta que tu llama también se apague. Tú vivirás en otros. Es la eterna cadena. La cobardía de algunas personas les hace buscar la soledad. No te aisles. La soledad es estéril. Eres mujer. Tienes una misión sagrada que cumplir aquí. Cúmplela. Ese es mi deseo. Yo no puedo cumplir la mía. No me da tiempo. Recuerdo la gitana que encontramos en los jardines aquel domingo. "Tienes buena estrella. Conseguirás tus deseos. Veo tu pelo blanco." Se equivocó. Entonces no me preocupaba la vida. Ni pensaba en la muerte. Todos nos equivocamos.

Mis amigos vienen algunas veces. Pocas. Tienen prisa. Hablan poco. Ahora no hay tiempo para nada. Demasiados problemas. Excesivo trabajo. Miguel me ofreció su ayuda. Insistente. Es aquel chico que te presenté en el Ateneo el año pasado. No la pude aceptar. Tiene mujer. Dos hijos. Gana poco. Viven apretados. No se queja. Nunca se queja. El no sabe el bien que me hace cuando le veo. En su compañía olvido. Hay seres que llevan el amor a flor de piel. Miguel es uno de ellos. Hay quien lo lleva más dentro. Es cuestión de temperamento. Ahora lo he comprendido. Ya es tarde. Tengo pesar. A veces juzgamos a las personas con ligereza. Por detalles intrascendentes. Podemos equivocarnos. Yo lo hice así. Me avergüenzo de ello. Nadie sabe lo que sus semejantes llevan dentro. El corazón, el alma, el cerebro, todo lo noble, puede cambiar su perfil en un latido. No depende de nosotros. Quizá dependa del ambiente. De las circunstancias. Los seres formamos algo inescrutable. Un misterio que rebasa el límite de nuestro cerebro. Lo de aquí abajo es sencillo. Lo complicamos. Lo mío también es sencillo. Lógico. Algún día lo comprenderás. Ahora no puedes. Sería pedirte demasiado. Me gustaría saber la opinión de mis amigos. Nunca me hablaron de ello. Yo creo que lo saben. Lo están viendo. Temen hacerme daño. Se equivocan. Sólo tú no lo sabes. Por eso quieres venir el martes. Si supieras la verdad, estarías aquí. A mi lado. Yo he tenido la culpa. Toda la culpa. Los días me han ido venciendo. Poco a poco. Tenía esperanzas. No pensé en este final. Debes tranquilizarte. Doña "Nati" me ha cuidado muy bien. Demasiado bien. Casi como una madre. Ahora comprendo la tremenda verdad de esta palabra. Tú no puedes comprenderlo. Aún la tienes.

Parece que vuelve el calor. Otra vez. Esta tos débil, casi muerta, le ayuda. Sube por la garganta. Y se queda dentro. Mis pulmones se hinchan. Parece que quieren estallar. Necesito aire. Mucho aire. Me gustaría abrir la ventana de par en par. Respirar. Mascar aire. Cogerle con las manos. No puedo hacerlo. Apenas tengo fuerzas para mover la

pluma. Mi vista se cubre de puntos negros. Suben. Bajan. Me agobian. Voy a esperar. Se pasará. Aún no ha llegado mi hora. Está cerca. Ya queda menos.

Se está pasando. No he querido cerrar los ojos. Me da miedo. Pienso que no los podré abrir. Por eso temo la noche. Quiero estar despierto. Hasta el último momento. Así estoy más tranquilo. Veré entrar al sacerdote. Y al médico. Me dijo que vendría esta tarde. Estoy seguro de que vendrán. Siento gran afecto por este médico. Es humano. Desinteresado. Como mi padre. También ayudaba a los necesitados. Los que sienten la profesión se parecen. El me tiene afecto. Me lo ha demostrado. No puede ocultar que me compadece. Será por la edad. En febrero cumpliré veintinueve años. Aún soy joven. Estaré bajo tierra. Los cumpliré igual. La gente mide la vida por su extensión. La vida no puede ser extensa. Es intensa o no es nada.

Muy pocas cosas he logrado hacer en estos años. Los sueños que traje a Madrid se han quedado en eso, en nada. Es difícil abrirse camino. He pasado hambre. Desprecios. Humillaciones. Escribí sin descanso. Ahí está, amontonado. Nadie me conoce. Algunos amigos. Trabajé en otras cosas. Sin ilusión. La vida tiene obstáculos. Y barreras. Es lógico. Hay quien los salta sin sudores. Apoyado en la espalda de los otros. Uno de esos escaladores se elevó con mi esfuerzo. El lo sabe. Y yo también lo sé. Son falsos valores. Globos de propaganda. Llenos. Estirados. Relucientes por fuera. No resisten un pinchazo. Se arrugan. ¡Pobres diablos! ¡No importa! Todos me enseñaron. Si volviese a nacer haría lo mismo. Todo sirve. El sufrimiento sacude el alma. Nos hace pensar. Es necesario. He llegado a comprender que cada uno tenemos nuestro camino. Hay quien se desvía. Allá él. No creo que exista la felicidad en ninguno. La felicidad. ¿Qué es eso? ¿Qué color tiene? Es un espejismo. No puede existir. Zumba constantemente en nuestra existencia. Se acerca. Se aleja. Juega con nosotros. La buscamos con empeño. Nada más que eso. Hay quien pretende que la felicidad está en la posesión de las cosas. Y basta que las poseamos para sentir el vacío que esa posesión nos deja.

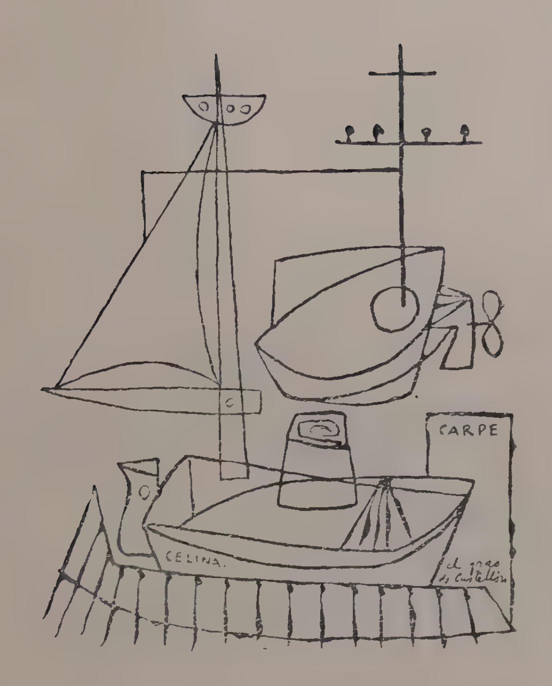
El reloj marca las siete menos veinte. Ya no tardarán en llegar. No quiero que me vean escribir. Tendría que explicárselo al médico. Es la primera vez que no sigo sus consejos. Lo comprendería. Ya no tiene importancia.

Se están terminando las hojas del cuaderno. Escribiré en las tapas. Antes de que lleguen pondré un telegrama a Cecilia. Estará ilusionada. Quiere venir el martes. Hace casi un año que no nos vemos. No sé cómo decírselo. Le diré que no venga. Que estoy enfermo. Que espere unos días. A veces hay que esconder la verdad. Es demasiado

cruel. Ahora lo es. Tenía que haberlo hecho antes. Pero tenía esperanzas. Soy joven. Nunca estuve enfermo. Casi tenía seguridad de que no llegaría esto. Ahora no sé qué hacer. Me está mordiendo la duda. Ella no dudará. Lo sé. La mujer duda menos. Doña "Nati" me puede ayudar. Se lo diré. Temo su reacción. Es muy sensible. Se echará a llorar. Como otras veces. Pero no tengo más remedio. Tengo que decírselo. También tengo que decirle que se quede con la medalla. Es recuerdo de mi madre. Nunca me la quité. Quiero tenerla hasta el último momento. Me la regaló cuando ingresé en el Instituto. Esto le gustará. Se lo merece. Si pudiese publicar estas líneas, algo me darían. Una ayuda para comprar la caja. Alguien tendrá que pagarla. No costará mucho una caja de esas corrientes. Si lo supiera Paco, me haría el último favor. Estoy seguro. Siempre me dió alientos. Me prometió buscar esa oportunidad que todos necesitamos. Quizá la haya encontrado. Yo no la encontré.

Ya son casi las siete. No creo que tarden en llegar. Estoy deseando ver al sacerdote. Necesito hablar con él. Cuanto antes. Me dijo que vendrían esta tarde. No se habrá olvidado. Me lo dijo el médico al salir. No se le puede olvidar. El tictac del reloj es más rápido. Tiene prisa. Lo noto. Está aquí. A mi lado. Lo estoy notando. Se desboca. Y este calor. Otra vez este calor. Mi pecho está ardiendo. Y mi cabeza. Las paredes me envuelven. Mi vista se nubla. Apenas veo el papel. Un líquido corre por mis pulmones. Se están llenando. Es un chorro hirviendo. Me abrasa. No puedo respirar. Todo se aleja. Huye en caos. Me libero.

Fernando Santos Rivero.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

CRISTO EN DOSTOYEVSKI

> "Mi vida se ha acostumbrado demasiado al subjuntivo. Haz, oh Dios mío, que posea una fuerza indicativa."
>
> (KIERKEGAARD: *Diario íntimo,* pág. 60.)

Estas palabras de Kierkegaard expresan —con honda y profunda religiosidad— el drama y el misterio inherentes al ejercicio de la libertad humana. Drama, porque —muchas veces— queda aprisionada en puro "subjuntivo". Misterio, porque sólo tendrá "fuerza indicativa", si Dios la penetra en su núcleo más íntimo.

Me propongo demostrar que —para Dostoyevski— sin Cristo, la libertad es imposible, se convierte en esclava de sí misma. Es mi intento, asimismo, mostrar que —en lo esencial— Dostoyevski coincide con los Evangelios, con San Juan y San Pablo. Para ello me serviré de Kierkegaard y, quizá, alguna vez, de Pascal. Los tres tuvieron las mismas experiencias cristianas, aunque distinto modo de expresión: mientras aquéllos construyeron categorías existenciales, Dostoyevski se sirvió de la novela.

Pero, ¿qué es la libertad? Me niego a "detenerme" en una consideración "exclusivamente" filosófica de la libertad. No tendría sentido; menos aún para Dostoyevski, a quien quiero glosar.

En el Nuevo Testamento —con el cual deben coincidir nuestras reflexiones— podemos apreciar tres planos que no pueden separarse sin traicionar la Escritura: Metafísica, Etica, Religión. En el Nuevo Testamento, la Metafísica es Etica y la Etica es Religión.

En la libertad se perfilan tres dimensiones: ontológica —o natural—, ética —o moral— y religiosa —sobrenatural o soteriológica—. Tres dimensiones, pero una sola libertad.

El aspecto ontológico queda bien subrayado en el Evangelio. Cristo pone al hombre "frente a" la naturaleza y "frente al" destino: le libera de estas dos fatalidades, capacitándole para ser libre. A ello co-

laboran también las categorías evangélicas "creación", "persona", "amor", "espíritu". Todo esto era imposible de prever antes de Jesucristo.

En la libertad ética —"libertas minor", que diría San Agustín—, el hombre se debate en una dialéctica del bien y del mal. Cuando Jesús recuerda e inculca el Decálogo está indicando al hombre que debe ejercitarse en este aspecto de la libertad.

Por último, en aquellas palabras —tan manoseadas superficialmente por tantos pensadores—: "Buscad la Verdad y la Verdad os hará libres", y en aquellas otras: "Si el Hijo no os librare no seréis verdaderamente libres", tenemos una referencia bien expresa y definida a la libertad en su dimensión sobrenatural —como Gracia—.

A cualquiera que nos objetara que Cristo no fue ningún filósofo ni intentó siquiera serlo, que su misión fue exclusivamente religiosa y salvífica, responderíamos que la Revelación toca al hombre en su más profunda e íntima esencia. Sin Aquélla, el hombre no puede alcanzar *cumplidamente* "su" humanidad. Esto que acabo de decir está testimoniado por una de las más ilustres y profundas experiencias cristianas, cuyos hitos principales serían Agustín, Pascal, Kierkegaard, Dostoyevski y el glosador de todos ellos, Guardini. Y esto mismo pertenece ya a la "conciencia" cristiana. Sin proponérselo, la Revelación constituye la mejor explicación metafísica y ética de la realidad humana.

Por eso, cuando Cristo nos dice que sólo la Verdad —la Gracia— nos hará libres, no se refiere solamente a un "añadido" —sobrepuesto a nuestra naturaleza y que nos valdría la salvación—, sino que la Gracia penetra y llega al estrato más profundo y elemental de la libertad, reviviéndola, casi recreándola.

Y por eso el empecatamiento —el pecado como estado— no sólo nos priva de la Gracia, de la libertad en su aspecto religioso, sino que la ataca en su misma posibilidad, en su dimensión óntica.

Consecuencia de ello es que, cuando Cristo intenta salvarnos —hacernos libres "de verdad"—, no se olvida de la libertad ética, no quiere salvarnos "a la fuerza". Este es el sentido de la "Leyenda del Gran Inquisidor". El genio de Dostoyevski hizo acto de presencia en este episodio de "Los hermanos Karamazovi".

Recordemos que Jesús no habla en el relato. Lo hace —sin detenerse— el Inquisidor que, al atacar a Cristo, hace de Él un elogio sin medida. Escojo los párrafos más significativos. El Cardenal acusa a Jesús que rechazara —en nombre de la libertad humana— la oferta contenida en las tres Tentaciones del Enredador. "En vez de incautarte de la libertad humana, Tú la aumentaste... Tú querías el libre amor

del hombre para que espontáneamente te siguiera, seducido y cautivado por Ti... También entonces rehusaste subyugar al hombre por el milagro y estabas ansioso de fe libre... Pero también ahí juzgaste demasiado altamente a los hombres... Tanto como Tú sufriste por su libertad" (1).

Dios siente respeto por nuestra libertad. ¡Qué serio y emocionante es esto! Si se me permitiera hablar de Dios con lenguaje humano —excesivamente humano quizá— diría que hacemos sufrir a Dios cuando hacemos mal uso de la libertad. Y, al revés, le nace un gozo indecible cuando la ejercitamos dignamente. Para Dios, toda nuestra dignidad está en nuestra libertad. Cuando Él colabora en nuestras acciones hay —por su parte— una espera, una atención hacia nuestra aportación.

Aquí surge un problema casi insoluble, que nos habla del misterio esencial de la libertad humana. Su esencia consiste siempre —según creo— en poder decir SI o NO. Puedo decir SI o NO ante mi ser (libertad ontológica o natural), ante uno de los términos de la elección —el que lleva una referencia esencial a mi ser— (libertad moral), ante la Gracia que completa y redondea mi ser en aquello que lo sobrepasa (libertad religiosa) —"el hombre, como dijo Pascal, sobrepasa al hombre"—.

En el hombre existe una dualidad constitutiva que se manifiesta, por una parte, en un "ethos" de amor y de verdad —parte angélica del hombre— y, por otra, en un "ethos" de egoísmo —parte demoníaca—. Esta doblez es la que le capacita para esa ambigua respuesta.

¿Qué ocurre cuando el hombre dice NO? Destruye su libertad en cualquiera de sus tres dimensiones (natural, ética o sobrenatural). Si dice NO a su naturaleza, queda incapacitado para un ulterior desarrollo de su libertad. Si lo pronuncia contra aquellos términos de la elección que realizan la esencia de su ser, se desvía del camino por el que podía alcanzar la propiedad última de su ser. Si rechaza la Gracia, pierde la oportunidad de lograr la propiedad definitiva y amparada de su libertad.

¿Qué misterio es éste? Acudamos a la Revelación y veamos en qué consiste la libertad divina, de la que la humana es una participación. En Dios, la libertad es una dulce y felicísima necesidad de no querer el mal, una aceptación gozosísima de su Ser. No le demos vueltas. En la libertad humana existe una forzosidad, una necesidad. Pero es intermedia entre la necesidad acobardada, fatal y triste del animal y la necesidad alegre y fecunda de Dios. En ese espacio intermedio tiene el

---

(1) *Hermanos Karamazovi*. Obras Completas. Aguilar. III, págs. 214-216.

"espíritu encarnado" que lograr el ejercicio de su hombría, a través de la libertad. Existe un roce "esencial" entre la necesidad y la libertad en el hombre también.

Vamos a comprobarlo en la "libertad de arbitrio", que parece la más arbitraria, la más alejada de la necesidad. Al hombre se le presentan dos o más términos de su posible elección. La ambigüedad que existe entre ellos posibilita la elección. Se ha criticado, sin fundamento —como en otras muchas ocasiones—, la "indiferencia" tomista de la libertad, sin advertir que esa indiferencia no se refiere al hombre, sino a la ambigüedad con que el entendimiento presenta a la voluntad los objetos de la elección. ¿Cómo surge, entonces, ésta? El hombre se retira hacia su interior, hacia su in-sistencia. Cuando el hombre se instala en su profundidad, en su totalidad, en su esencia verdadera, los términos de la elección pierden su ambigüedad: uno de ellos empieza a mostrar su relación esencial con el ser que va a elegir. Surge, en la persona, el deber de aceptar, de decir SI, a ese término de la elección (2).

La libertad no es fin de sí misma. Es "instrumento" de la perfección de la persona humana. Si no responde a esa misión, se traiciona y destruye.

Dijimos —citando a Pascal— que el hombre sobrepasa al hombre. Se soprepasa en la Gracia y en Jesucristo. Y la libertad debe sobrepasarse a sí misma en la Gracia, en Jesucristo —llegando a ser "libertas maior"—. En la Gracia encuentra el hombre la terminación de su ser y la perfección y amparo de su humanidad y libertad.

Si no alcanza este término, el hombre queda "alienado", "enajenado", no llega a ser "sí mismo", no alcanza su mismidad.

Estamos en el corazón de la libertad. Cristo ofrece al hombre la oportunidad de salvar su ser y su libertad. Puede decir SI o NO. Pero él oye una voz —nacida de su propio ser—, una llamada, una instancia al SI.

Puede decir NO. Así lo hicieron Zarathustra, Kirilov y Stavroguin. Pero, por ello mismo, no se encontraron a sí mismos. La "nada"

---

(2) Esta conexión entre necesidad y libertad la intuyó Unamuno de un modo certero y clarividente: "La verdadera libertad, la que nace de la comprensión viva de lo necesario, con la libertad que da el hacer de las leyes de las cosas, leyes de nuestra mente, la que nos acerca a una como omnipotencia humana. Porque, si en fuerza de compenetración con la realidad llegáramos a querer siempre lo que fuera [sucediera], sería [sucedería] siempre lo que quisiéramos. He aquí la raíz de la resignación viva, no de la muerta, de la que lleva a la acción fecunda de trabajar en la adaptación mutua de nosotros y el mundo, a conocerlo para hacerlo nuestro haciéndonos suyos, a que podamos cuanto queramos, cuando sólo podamos querer lo que podamos llevar a cabo." (*En torno al casticismo*. Austral, pág. 42.)

y lo "finito" tomaron la forma de una potencia sobrehumana y desarraigada en sus existencias. El hombre es "finitud", y es "nada", pero integrados en su ser, como campo en que se ejercita la libertad, la cual es —¿por qué no, si es imagen de la divina?— creadora. En "lo demoníaco" —en la privación de la libertad que estamos considerando— la "nada" y lo "finito" se alzan frente al ser. El Demonio —el Malo— está definitivamente situado y anclado entre el ser y la nada, en la forma de una disociación interna desgarradora.

Cuando Satán se aparece a Iván, expresa —con un patetismo intenso— su nostalgia de un SI que le hubiera salvado. Sabe que sólo en la adhesión a Cristo está la perfección aquietadora de toda criatura libre. "No puedo imaginarme cómo haya podido yo ser un ángel. Si alguna vez lo fuí, sería hace mucho tiempo; así que no es censurable que lo haya olvidado... Por los hombres siento un afecto sincero... Vengo a estar con usted: mi vida adquiere cierta apariencia de realidad, y eso es lo que más me halaga. Porque yo —lo mismo que tú— padezco de lo fantástico, y por eso amo vuestra realidad terrestre... Mi ilusión se cifra en encarnarme, pero de un modo definitivo, irrevocable, en una gruesa tendera de siete pudes de peso y *creer todo lo que ella cree. Mi ideal sería entrar en una iglesia y ofrendar allí un cirio con todo el corazón. Por Dios, que es así. Entonces tendrían un límite mis sufrimientos*" (3).

"... Creer todo lo que ella cree": después veremos que la consumación y perfección de la libertad consiste en un acto de fe, en el SI de la fe.

Kirilov, uno de los personajes más importantes de "Demonios", sufrió las consecuencias que se siguen de querer desarrollar la libertad en perfecta autonomía, sin conexión con Dios, con Jesucristo. Kirilov es un hombre que ama frenéticamente lo finito. Siente como adversario y amenazante lo Absoluto. Su consigna —como la de Zarathustra— es: "Hay que matar a Dios", para divinizar, después, al que lo mate.

¿No intentó también Satanás matar a Cristo? Le mató, le quitó de en medio, pero sólo aparentemente.

Kirilov se debate —como muchos hombres, y como el mismo Demonio— entre dos ansias: la de salvar el dolor en Dios y la de ser autónomo y libre frente a Él. Vence la última.

Si la libertad no termina en humildad, se enquista en lo finito, intentando divinizarlo en Absoluto —donde la autonomía tendría un campo indefinido—.

---

(3) *Hermanos Karamazovi.* O. C., III, págs. 506-7.

Su soberbia impide a Kirilov ver la fuerza de la humildad y la fuerza divina de Aquél que murió y fue vencido sólo aparentemente.

Pegarse un tiro es —para Kirilov— la plenitud de su libre albedrío.

"—¿Es que nadie en todo el Planeta, después de acabar con Dios y creyendo en la libre voluntad, se atreve a manifestarla en toda su plenitud? Yo quiero demostrar mi independencia. Seré yo sólo, pero lo haré.

—Pues, hágalo.

—Yo estoy obligado a pegarme un tiro, porque en eso radica la plenitud de mi libre albedrío, en matarse uno mismo.

—Se suicidan otros muchos.

—Con una causa. Pero sin causa ninguna, sino simplemente por su voluntad... sólo yo."

Después de hacer una alusión al Salvador, representado en una imagen de la habitación, Piotr Stepanovich le embiste de esta manera:

"—De modo que sigue usted creyendo en Él y le enciende luces. Será por si acaso, ¿no? ¿Sabe usted que, a mi juicio, es usted más creyente que un "pop"?

—¿En quién? ¿En Él? Oiga usted: aquel hombre estaba por encima de toda la tierra, constituía todo lo que merece la pena de vivir por ello. Todo el Planeta, con todo lo que contiene, sin ese hombre..., una locura. Ni hubo, ni antes ni después, ninguno que se le pareciese, y nunca lo habrá. En esto consiste el milagro: en que no hubo otro igual ni antes ni nunca. Y si es así, si las leyes de la naturaleza no tuvieron piedad ni de Él, y si ni siquiera del milagro tuvieron compasión y lo dejaron vivir en medio de mentiras y morir por una mentira, resulta que el planeta entero es una mentira y no descansa sino sobre la mentira y la befa. Por donde se ve que las leyes mismas de la naturaleza son una mentira... ¿Para qué vivir? Contesta, si eres hombre" (4).

Queda manifiesta, en estas líneas, la fascinación de Kirilov por Cristo. Su soberbia le impide adivinar el misterio escondido en la Carne de Cristo, capaz de vencer a la naturaleza y a la muerte.

"—Yo he estado tres años buscando el atributo de mi divinidad, hasta que, al fin, lo hallé: el atributo de mi divinidad es el libre albedrío. *Esto es todo por lo cual puedo yo demostrar, en la más alta acepción, mi rebeldía y mi nueva terrible libertad. Porque es muy terrible. Yo me mataré para poner de manifiesto mi rebeldía y mi nueva terrible libertad*" (5).

---

(4) *Demonios.* O. C., II, págs. 1.476-1.477.
(5) *Demonios.* O. C., II, pág. 1.478.

¡Qué bien se ha expresado Kirilov! La libertad —independizada de Dios, como atributo de la divinidad de la criatura— es "terrible".

En Jesucristo, lo finito queda *realzado*, *realizado*. Lo finito pide una liberación. Hay que ofrecérsela por "un" camino. En vez de liberarlo en Cristo, Kirilov lo libera —falsamente— quitando a Dios de en medio. Pero no es liberación, sino camino de "destrucción" y de "nada".

* * *

En un intento por delimitar mejor aún el concepto de libertad, en su aspecto más auténtico, perfecto y puro —como "libertas maior"—, hago a continuación un análisis de la negación de esa libertad: "lo demoníaco". Tomaré pie, para mis reflexiones, de "El concepto de la angustia" de Kierkegaard —profundo, pero muy oscuro y desordenado—. Después de muchas y pacientes lecturas, he logrado definir los eslabones principales de la excursión metafísica de Kierkegaard en torno al fenómeno de "lo demoníaco".

"En general, se describe el fenómeno [de lo demoníaco] de tal suerte que se ve que aquello de que se habla es la servidumbre del pecado..."

"... Pero la servidumbre del pecado no es todavía lo demoníaco" (pág. 126).

La posición del hombre en el pecado puede tener dos aspectos.

Se puede estar en el mal, pero éste produce angustia. Se trata de una relación forzosa con el mal.

Pero se puede estar en el mal, sin que este produzca angustia. Es el bien el que la produce. Se trata, aquí, de una relación forzosa con el bien.

Lo "demoníaco" es una relación forzada, violenta, con el bien. "*El bien significa la reintegración de la libertad, de la redención, de la salvación*" (pág. 127).

Kierkegaard identifica libertad, redención y salvación. Lo demoníaco es la negación absoluta de la libertad que salva.

¿No consistirá en esto el Infierno? ¿En una relación forzosa con el Bien, en la negación absoluta de la libertad, en la absoluta imposibilidad de amar —que decía Zossima—? (6). Con la diferencia de que al hombre puede venirle la luz por cualquier resquicio o grieta, mientras que a los condenados les está prohibida toda esperanza.

Kierkegaard atribuye al pecado —a la culpa— el fenómeno de "lo

(6) *Hermanos Karamazovi*. O. C., III, pág. 268.

demoníaco". Y añade que todos los hombres somos, en más o menos medida, víctimas de lo demoníaco.

En el Evangelio hay una escena que podría contribuir a una *fenomenología de lo demoníaco.*

"... Y bajando Él a tierra, le salió al encuentro un hombre de la ciudad poseído por los demonios... Cuando vio a Jesús, gritando, se postró ante Él y, en voz alta, dijo: ¿Qué hay entre ti y mí, Jesús, Hijo de Dios Altísimo?" (7).

Lise, la niña histérica que amaba a Aliocha, es la encarnación más patética de la posesión demoníaca en Dostoyevski. Lise —que siente atracción por el desorden y el vacío y se complace en una maldad arbitraria— teme y ansía (este es el drama) el momento en que ha de enfrentarse con el "divino" Aliocha (Aliocha, para mí, realiza mejor que el Idiota el símbolo de Jesucristo). "Así que le suplico a usted, rico, que, si le inspiro lástima, cuando mañana venga usted no me mire demasiado directamente a la cara... Ahora mismo me entra frío por todo el cuerpo al pensarlo: así que, al entrar usted, no me mire durante un rato en absoluto... Hasta la vista. Hasta la *terrible* vista" (8).

"Aliocha: yo, algunas veces, pienso en hacer mucho daño, muchas cosas malas, y llevarme mucho tiempo haciéndolas en secreto, y que de pronto todo el mundo se entere... ¡Qué gusto!... ¿Por qué ha de dar gusto eso, Aliocha?" (9).

Avancemos un poco. Las ideas van volviéndose más claras. "La libertad está puesta como esclavitud... La posibilidad de la libertad, en este caso, es de nuevo angustia... *Lo demoníaco es la esclavitud que quiere encerrarse en sí misma*" (pág. 130).

Lo demoníaco puede manifestarse como:

1) *Mudez y reserva* (aspecto metafísico).—No quiere comunicar con el bien. La libertad, por el contrario, es esencialmente comunicativa. Aquí la salvación estaría en la palabra. (Este es el sentido difundido por toda la obra de Jorge Guillén: la palabra, el poema, es una especie de salvavidas.)

"Yo hablo conmigo misma..." —dice Lise a Aliocha.

"¿Qué puede significar el bien temido por la reserva... El bien es, aquí, la revelación, pues ésta es la primera manifestación de la salvación... Vese fácilmente que la reserva como tal es la mentira o, si se

---

(7) La VIII, 26 y ss. Esto mismo es referido por Marcos (V, 1-20) y Mateo (VIII, 28 y ss.).
(8) *Hermanos Karamazovi.* O. C., III, pág. 143.
(9) *Hermanos Karamazovi.* O. C., III, pág. 464.

quiere, la falsedad. Esta es precisamente la esclavitud que se angustia de la revelación. Por eso se llama también al Diablo "el padre de la mentira" (pág. 135).

Es un detalle muy curioso el que Lucas nos presente al poseso como "mundo" (10). Por lo demás, ya es sabido de todos que el apodo "padre de la mentira" procede del Evangelio.

2) *Subitaneidad y mímica* (aspecto temporal).—La reserva es negación de la comunicación. Como la comunicación es continuidad y la negación de ésta es "lo súbito", resultará que la reserva es "subitaneidad". "Lo súbito es la perfecta abstracción de la continuidad. Así sucede con Mefistófeles. Aún no se ha visto, cuando ya está ahí, como un relámpago, ligero y alerta. "Lo demoníaco" es así en todo momento; así siente angustias la esclavitud; así se mueve su angustia. De aquí nace su tendencia a lo mímico, no como lo bello, sino como lo sorprendente y súbito" (págs. 139-140).

Esto nos evoca a Kirilov, que da la sensación del "títere", cuando intenta suicidarse para demostrar su libre albedrío, en el colmo de su independencia. Su amigo Piotr Stepánovich intenta entrar en la habitación donde aquél está absorto, apoyado en la ventana. Al abrirse la puerta, Kirilov "se abalanza" —rugiendo como una bestia— sobre aquel amigo que quería comprobar su libre albedrío... Se coloca, después, entre la pared y el armario, rígido e inmóvil. Esta vez —ante la insistente curiosidad del amigo— responde con un "inesperado" mordisco.

Lise acostumbraba a gritar, porque el grito es una expresión de "lo súbito".

"Hay intensos momentos de pavor en que el hombre, *de pronto,* rompe a gritar, *con voz que no es la suya,* con voz de que nunca se le había creído antes capaz. Y eso suele, a veces, resultar muy tremendo. Liamschin gritaba de un modo nada humano, sino animal" (11).

3) *Aburrimiento y vacío* (aquí el pensamiento de Kierkegaard se vuelve oscurísimo: me aventuro a interpretarlo).—Lo demoníaco rehuye toda comunicación y revelación. Como lo súbito y lo mímico le traicionan —en cierto sentido—, lo demónico se cierra nuevamente y, al quedarse en soledad vacía, se aburre.

"¡Ay, qué estupidez! ¡Y qué aburrimiento!" —exclama Lise (12).

La pereza de Stavroguin es, quizá, también una expresión de su reserva frente a todo.

Según Kierkegaard, existen dos pérdidas de la libertad:

---

(10) Lc., XI, 14.
(11) *Demonios.* O. C., II, pág. 1.468.
(12) *Hermanos Karamazovi.* O. C., III, pág. 463.

a) *Pérdida somática.*—Es una especie de animalización. El poseso tiene, en este sentido, una exagerada sensibilidad, una desbordada sensibilidad. La neurastenia, hipocondria e histeria "pueden" acompañar a "lo demoníaco".

"Lo demoníaco de este estado muéstrase en que el individuo dice, refiriéndose a la salvación, con aquel demonio del Nuevo Testamento τί ἐμοὶ καὶ σοί (13). Sustráese, por ende, a todo contacto, ya amenace éste realmente venir en ayuda de la libertad, ya tenga lugar de un modo puramente casual. No hay castigo, no hay trueno verbal capaz de inquietarle; angústiale, sin embargo, toda palabra que se ponga en relación con la libertad —taladrada hasta el fondo por la esclavitud—" (pág. 145).

Este aspecto de la pérdida de la libertad está manifiesto en Lisa —víctima de convulsiones, de arrebatos histéricos— (14).

b) *Pérdida pneumática.*—Estamos en el campo de lo intelectual, en la autorreflexión. Se trata de la falta de intimidad en el pensar, de falta de libertad en la reflexión.

Santiago el Menor (III, 15) nos habla de la "sapientia diabolica, animalis et terrena" (15), sabiduría demoníaca, cuya esclavitud nos ha indicado el Apóstol más arriba (II, 19): también los demonios creen y, sin embargo, tiemblan. Su fe —su saber de Dios— no se abre a la esperanza.

Lo demoníaco no está en el contenido intelectual, sino en la relación de la libertad con el contenido del saber.

Hay hombres que prueban la existencia de Dios, pero sin la "intimidad" con la representación de esa idea. Es un saber esclavo, sin libertad con respecto a su contenido. Kierkegaard habla de un intelectual que, al morir, no pudo demostrar la importalidad del alma por no tener a mano los cuadernos. Su saber no tenía certeza, intimidad.

Los demonios creen en Dios, pero no dejan que esa verdad les sea íntima: les produce angustia su contenido.

La verdad, por tanto, está íntimamente relacionada con la libertad, produce la libertad. "Lo que yo digo es algo muy simple y sencillo: que la verdad sólo existe para el individuo cuando el mismo la produce actuando. Si la verdad existe de cualquier otro modo

---

(13) Quid mihi et tibi est, Iesu, Fili Dei Altissimi. Obsecro te ne me torqueas. (Lc. VIII, 26...)

(14) Pueden leerse —para comprobar esto— los capítulos de *Los hermanos Karamazovi* (O. C., III): "Aliocha" (pág. 59), "Otra reputación perdida" (página 138), "En casa de las Jojláscovas" (pág. 157) y "Noviazgo" (pág. 183).

(15) "Non est, enim, ista sapientia desursum descendens: sed terrena, animalis, diabolica".

para el individuo y éste le impide existir para él de aquel primer modo, estamos ante el fenómeno de lo demoníaco" (pág. 146).

Una lectura atenta de estas palabras de Kierkegaard pone de manifiesto que el pensador danés hacía abstracción de la verdad universal, inmutable, independiente de los sujetos que la adquieren. Se ocupa de la verdad "existencial" —puesta ya en su relación con el individuo—. Entonces, la verdad no será tal si el individuo no la engendra —en cierto sentido— con su acción. (Esto nada tiene que ver con el "subjetivismo".)

Desde esta perspectiva adquieren —según creo— una significación especial muy profunda las palabras de Jesucristo: "Buscad la Verdad y la Verdad os hará libres." Es decir, buscar la Verdad —hacedla íntima— y Ella os liberará.

"La verdad ha tenido siempre muchas clases de pomposos evangelistas; pero la cuestión es saber si un hombre quiere conocer la verdad en un sentido profundo, si quiere dejarle que penetre todo su ser, si quiere aceptar todas sus consecuencias o si en caso de necesidad no guarda, para sí, un rincón y, para la consecuencia, un beso de Judas" (pág. 146).

A tono con esto, no me atrevo a hacer una interpretación del "ateo". Quizá resulte excesivamente original. Ruego al lector piense un momento que lo demoníaco es —en su esencia— un fenómeno espiritual al que todos estamos expuestos por el pecado. Esto supuesto, afirmo: el ateo está poseído por "lo demoníaco".

El incrédulo teme la intimidad —certeza— de la verdad que enuncia la existencia de Dios. Para que no la estorbe, la niega. Teme encontrarse con la salvación que pueda aportarle el Ser Trascendente. "El ateísmo —he escrito en otra parte— proviene, más que de una agudización de la inteligencia, de una voluntad mala". El ateo es esclavo de la verdad existencial que le incorporaría la existencia de Dios.

En lo demoníaco existe una débil voluntad de libertad, aunque prevalece la voluntad de esclavitud. Ese "débil" deseo puede abrirse a la libertad verdadera. Porque en el hombre hay un rincón, una esquina, inatacables al "demonio" y a la "nada". Es un reducto —el más íntimo— donde el hombre guarda la propiedad de su ser. Desde allí —al contacto de la Gracia, del "próximo", de la verdad, de una luz inexplicable— puede él liberarse y dar un sentido último a su existencia. Esto es lo que nos distingue de los demonios y de los condenados —constituídos definitivamente en la esclavitud que les produce la angustia del bien.

Aranguren se ha planteado este problema: "¿Puede hacerse el mal por el mal mismo?" (16).

Hartmann acepta que pueda concebirse la "teología" del mal: una voluntad del mal por el mal. Pero afirma que no se da en la realidad.

Jaspers acepta también una voluntad "absoluta" del mal, pero sólo como abstracción ideológica.

Hans Reiner, sin embargo, piensa que es posible desear el mal "sub ratione mali".

Se pregunta con agudeza Aranguren: "¿Qué debemos pensar de esta última posición? ¿No se introduce, con ella, un principio maniqueo?" Y contesta, exponiendo a continuación su postura, inspirada en Zubiri: "Creo que sí." Xavier Zubiri ha obviado el peligro, reconociendo, sin embargo, plenamente los fueros del mal. Zubiri distingue los conceptos de "potencia", "posibilidad" y "poder". El mal es mera privación, no se da razón positiva formal de él; por tanto, no puede ser una *potencia.* Pero puede convertirse en *poder* —poder maléfico— si se acepta la negación en que consiste, si se da poder a la posibilidad, esto es, si se aplica la energía sicofísica a la posibilidad de negación, si se naturaliza o encarna así, sicofísicamente, esa posibilidad. Sólo de este modo —como posibilidad aceptada y decidida, pecado, vicio— adquiere una entidad real, se apodera del hombre que empezó dándole poder y le hace malo. De aquí los dos aspectos que el mal presenta: el aspecto de "impotencia" y el aspecto de "poderosidad"... No hay, pues, una búsqueda del mal por el mal. Pero hay algo bastante próximo a ella: es el sentimiento del poder maléfico.

Ruego al lector grabe bien esto. En esos conceptos queda expresada maravillosamente la realidad existencial y ética de Stavroguin —uno de los personajes más intensos de Dostoyevski—, al cual dedicaremos, en seguida, nuestra atención.

Existen hombres —la mayoría— que pecan y hacen el mal insconscientemente, víctimas de sus circunstancias y temperamento.

Existe otro gran número, el de los que pecan y permanecen en el mal, pero éste les repugna.

Por fin, están —su número me parece exiguo, aunque sólo Dios lo sabe— los que permanecen empecatados y el mal no les angustia. Son presa de "lo demoníaco".

Stavroguin pertenece a estos últimos. A Stavroguin le atraen el mal, el crimen, la ignominia. Su maldad es fría y consciente. El mal es, en él, poder maléfico que le hace gozar cuando tortura —moral

(16) Página 370 de su *Etica,* uno de los libros filosóficos más serios de los últimos años.

o físicamente— a los demás, especialmente a los débiles. La maldad le produce deleite.

"Cuento todo esto para que todo el mundo sepa que esa sensación [el placer moral de la ignominia] nunca me ha dominado por completo: que yo conservaba siempre mi plena consciencia, siendo precisamente esa consciencia la causa de todo. Y cuando esa sensación me lanzaba a la irreflexión, por decirlo así, a la locura, nunca llegaba tampoco a olvidarme, al total olvido de mí mismo. Ardía en mi interior, pero al mismo tiempo dominábala yo tan cumplidamente que podía mantenerla en su propio hervor. Estoy seguro de que toda mi vida hubiera podido conducirme como un fraile, no obstante tener una sensualidad zoológicamente innata, que cada vez fustigaba yo más. Cuando quiero, soy siempre dueño de mí mismo. Queda sentado que no pretendo disculparme ni con el ambiente ni con la enfermedad, sino que cargo plenamente con la entera responsabilidad de mis crímenes" (17).

El mismo Stavroguin nos ha explicado fría y lúcidamente su "demonismo". Después de leerle, es fácil comprobar que en él la carne andaba por un lado y el espíritu por otro: no estaban integrados ambos en el corazón. Stavroguin es un ser internamente disociado.

Por el corazón, el espíritu se hace alma de un cuerpo y la carne se convierte en cuerpo humano. Sin el corazón, la carne se destaca como sensualidad caudalosa e incontenible, advertida lúcidamente por el espíritu, incapaz de poner remedio por carecer del órgano metafísico intermedio: el corazón.

La fe en Cristo, en su Encarnación —¡oh, el Corazón de Dios!— salvan de este atasco. Como veremos, Stavroguin rechaza la salud.

Vimos más arriba que no existe una voluntad "absoluta" del mal. Mucho menos existirá una fatalidad en el mal. En el vacío, en la impotencia, el rayo de luz y el mensaje de salvación pueden filtrarse por cualquier resquicio.

La existencia tiene, a veces, momentos orgiásticos —culminación de vivencias religiosas intensas—. El vacío se apodera del alma. Se tiene la sensación de topar con un muro... La impotencia aparece "fatal". Corre peligro el hombre de afincarse en ella. Surge, entonces, un deseo de decir NO a Dios y a la existencia... El mal se apodera "frenéticamente" del hombre, que acaba entregándose.

Pero la maldad no borra la parte divina del ser —origen de grandes tormentos, porque ella nos "fuerza" con más intensidad aún que el mal.

---

(17) *Demonios.* O. C., II, pág. 1.625.

El hombre se encuentra, así, de cara a una disyuntiva existencial provocada por un doblez y dualidad éticas... La señal de salvación puede surgir de donde menos se espere. Para unos será la imagen de Cristo humilde —el SI y el AMEN, que dice San Juan en el Apocalipsis—. Para otros, será a través del "próximo". Para otros, en fin, por medio del "pueblo".

Stavroguin sintió esa disyuntiva con una intensidad destructora. Es, posiblemente, una de las personas que más atracción han tenido por el mal. Pero también recibió la oportunidad de instalarse en el bien.

Su soledad —la más fría y espantosa que pueda darse—, alimentada por la rebeldía, por una manía de autoafirmación, le impidió recibir de manos del "próximo" la ayuda salvadora. Ese "próximo —como veremos— es el padre Tijón, con el que sostuvo una entrevista.

Por otra parte, su sed de egoísmo metafísico le incapacitaba para el arrepentimiento y para la humildad —única puerta asequible al hombre para alcanzar cualquier clase de salvación.

Las líneas que transcribo a continuación nos dan una idea del proceso por que pasó Stavroguin: "posibilidad" de una "brecha" por donde salvarse y salvar su libertad —cuya fuerza arrebatadora sentía como nadie— y el "rechazo" de la oportunidad que se le presenta, quedando así esclavo, comido por el miedo, y dando fin a su vida como el suicidio —la puerta falsa que encontró su ansia ilimitada de libertad.

"Yo soy capaz de querer hacer algo bueno y de sentir en ello placer; pero también deseo el mal y también en él siento satisfacción... He probado el gran desenfreno y he apurado, en él, mis fuerzas; pero a mí no me gusta, yo no deseo el libertinaje" (18).

"No sé si serían remordimientos de conciencia o contrición: hoy mismo no podría decirlo. Pero aquella figura llegó a hacérseme insoportable. (Se refiere a Matríoscha, imagen, para él, de su maldad más baja, que se le aparecía en sueños. Esta niña se ahorcó, después de ser violada por Stavroguin.) He andado todo este año de acá para allá y he intentado emprender algún trabajo. Sé que podría ahuyentar a Matríoscha en cuanto quisiese... Soy, en absoluto, dueño de mi voluntad, como en otro tiempo. Pero es el caso que nunca lo he querido, que yo mismo no quiero ni querré" (19).

"[Hablando con Tijón.] —Oiga usted, a mí no me gustan los espías y los sicólogos, por lo menos los que huronean en mi interior.

---

(18) *Demonios*. O. C., II, pág. 1.514.
(19) *Paralipómena de Demonios*. O. C., III, pág. 1.632.

No necesito a nadie para mi alma; nada necesito; yo mismo me basto... No lo necesito a usted para nada, pues yo he tomado mi resolución.

—...

—Contésteme a una pregunta honradamente y a mí sólo —dijo Tijón en tono algo distinto—. Si a usted alguien le perdonase... ¿sería esa idea un alivio para usted o le dejaría indiferente?

—Sería un alivio —dijo Stavroguin en voz queda—. Si usted me perdonase representaría eso para mí un gran alivio.

—Como también usted para mí —murmuró Tijón íntimamente.

—¡Qué fea humildad! Mire usted, esas expresiones monacales carecen de gusto. Yo le digo a usted toda la verdad; deseo que usted me perdone, y una segunda persona y una tercera; pero todos los demás me odiarían más bien. Pero precisamente deseo soportarlo con humildad.

—Pero la general compasión hacia usted, ¿no podría soportarla con la misma humildad?

—Quizá no pudiera, ¿por qué me lo pregunta usted?

—...Ante usted abre sus fauces un abismo sin fondo... Hasta la manifestación de esa contrición vivísima tiene algo de ridículo. Oh, no crea usted en aquello que no domina... Lo aborrecible mata.

—¿Lo aborrecible? ¿A qué se refiere usted?

—Al crimen. Hay crímenes odiosos. De cualquier clase que fuesen los crímenes, cuanta más sangre tanto más honrosos, tanto más impresionantes y más plásticos, por así decirlo, son. Pero hay también crímenes vergonzosos, vulgares, del lado de acá del espanto, por decirlo así, insípidos.

—Es decir —prosiguió, excitado, Stavroguin—, que usted encuentra ridículo el que yo le besase las manos a aquella chica sucia. Lo comprendo muy bien y sólo por eso desespera usted de mí; no porque resulte odioso, repugnante, sino porque es vergonzoso, ridículo. *Y usted cree que yo no podré soportarlo.*

—Usted no está preparado, no está maduro —murmuró Tijón tímidamente y fijó la vista en el suelo—. *No tiene raigambre, usted no cree.*

—Oiga usted, padre Tijón: yo quiero perdonarme a mí mismo, ese es mi objeto, mi único objeto...

—Ya lo veo; lo veo con toda claridad —exclamó Tijón con voz que llegaba al corazón y un dolor profundo—. Nunca estuvo usted, padrecito, perdido joven, tan cerca de un nuevo crimen aún más horrible, como ahora en este momento...

—¡Malditos sicólogos! —exclamó Stavroguin furioso, y salióse, sin volver la vista de la celda— (20).

Stavroguin es, en realidad, un esclavo, un prisionero de sí mismo. La libertad que no se niega, integrándose en lo sobrenatural; la libertad que rehusa someterse a la necesidad del bien, se convierte en esclavitud.

"He probado en todas partes mis fuerzas —dice en carta a Daría Pavlovna—. Usted me había aconsejado que "me conociese a mí mismo"... Igual que antes... En mi vida se ha acreditado de ilimitada mi energía. Pero a vista de usted, su hermano me dio una bofetada... Pero, ¿en qué emplear esa energía? He aquí lo que no he visto nunca y no veo ahora tampoco... *De mí, sólo ha salido la simple negación, sin generosidad ninguna ni pizca de energía. Ni siquiera la negación me cuajó. Todo, siempre, liviano y débil*" (21).

A lo largo de estas páginas he hecho —varias veces— referencia a la FE como solución definitiva al problema de la libertad. Quiero definir —en lo posible— esta cuestión.

Aunque el Nuevo Testamento no lo diga muy expresamente, se desprende de su lectura que la gran tarea que se impuso Cristo fue liberarnos en todos los sentidos. Tenemos, en cambio, referencias directas a la "liberación del pecado" como motivo de la Encarnación.

La Teología distingue —al hablar de la Encarnación— dos causas. Dios —su Voluntad consecuente o consiguiente— es la única y verdadera causa de sus obras "ad extra", de las que consisten en algo distinto de El mismo. Pero en su actual economía y providencia, Dios ha querido añadir otra causa —existente en las criaturas— y que la Teología llama "causa material", "causa ex parte voliti materialis", "motivo adecuado".

¿De no haber pecado el hombre, Dios no se hubiera encarnado? Según la Escritura, Dios se hizo hombre para librarnos del pecado. Lo cual no destruye la posibilidad de que Dios hubiera nacido entre nosotros simplemente para coronar y dar sentido explícito a la creación, a la realidad en general —lo cual también está a tono con la Sagrada Escritura. Podría hablarse —con toda legitimidad— de la vocación cristocéntrica del universo.

La libertad —en su ultimidad— es un problema —un misterio, si se prefiere— "religioso". Si el hombre no es libre "de verdad" es que algún "desorden" se ha instalado en su conciencia religiosa. En más o menos medida, "lo demoníaco" le está poseyendo (22).

---

(20) *Paralipómena de Demonios.* O. C., III, págs. 1.634-1.637.
(21) *Demonios.* O. C., II, págs. 1.513-1.514.
(22) Cuando hablo de posesión demoníaca, entiendo un fenómeno espiritual que puede ir o no acompañado de afines fenómenos somáticos.

La negación de la libertad es el empecatamiento. Este es como una especie de círculo vicioso del cual no puede salirse amontonando saberes, sino dando un "salto mortal" —el "salto mortal" de la Fe.

Pero fe, ¿en qué? En la Encarnación. Fe en Dios que toma la forma de esclavo precisamente para romper ese círculo desde dentro de él mismo...

Son dos, pues —a mi juicio—, los ingredientes religiosos que posibilitan la libertad sobrenatural, la libertad mayor: la Encarnación de Dios y la fe en ese misterio.

Veamos cómo se realiza este proceso.

La esclavitud consiste —lo vimos antes— en una ausencia de intimidad en el contenido intelectual religioso. Se trata, pues, de dar intimidad a las verdades religiosas. Lo cual se logra, haciendo que sean "existenciales".

Dios se encarna. Al encarnarse nos trae una versión "nueva" de El —como Persona, como algo "totalmente distinto" de la naturaleza—; nos trae, además, una versión "nueva" del hombre que —desde entonces— puede no sólo recibir a Dios en su humanidad, sino divinizarse él mismo.

Dios se encarna y, con su encarnación, nace —entre nosotros— la posibilidad de ser libres. Pero no basta eso, si yo no me decido a decir SI, si no convierto en verdad "existencial" la Encarnación —haciéndome contemporáneo de Ella, renaciendo, que diría Kierkegaard.

La libertad sólo la alcanzamos mediante nuestra contemporaneidad con la Encarnación —con Jesucristo—, mediante el "renacimiento", mediante la santidad, mediante la Gracia.

San Pablo escribió esto: "Vosotros sois llamados a la Libertad". Es como si hubiera escrito: "Vosotros sois llamados a la Santidad".

* * *

Sólo me resta advertir que la libertad es —en nuestro Eón temporal— precaria, expuesta siempre a ser perdida. Sólo estará consumada, a salvo del tiempo y de la angustia, en el Eón supratemporal, que será inaugurado con la segunda venida de Aquel que —en realidad— no necesita volver porque ya vino, de una vez para siempre, poniéndolo todo en claro.

Romano García Martín.
Conde de Peñalver, 68, 7.°, D.
MADRID

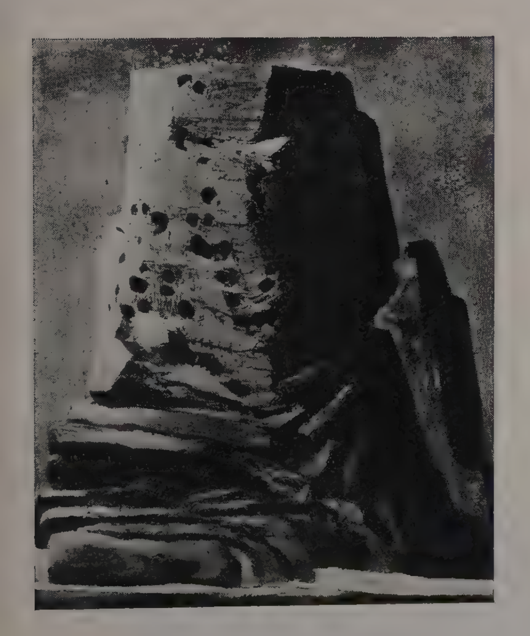
JOAQUÍN VAQUERO.—En el Ateneo, y en la sala de la calle de Santa Catalina, lugar que indica que dicha corporación concede al pintor que allí expone categoría especial, ha presentado sus últimos lienzos, algunos ya conocidos, el pintor Joaquín Vaquero, figura maestra de nuestro arte contemporáneo, revalidada con sus recientes éxitos en Italia.

La obra de Joaquín Vaquero tiene ya esa definición de las producciones logradas, que lo son cuando el artista ha dado a la plástica una significación propia y personal. Este es el caso de estos cuadros soledosos, mineralizados, silenciosos, que revelan, en parte, la ascendencia arquitectónica, de su autor, hecho que tanto ayuda a comprender su pintura en la tan insistente perspectiva, y que en el Renacimiento, tantos buenos ejemplos produjo, en la sana y beneficiosa hermandad de las artes. La soledad y el silencio son las "realidades" que se desprenden de esta pintura hecha de una difícil manera: elemental y precisa, para dar así, sobre toda otra cosa, esas sensaciones al espectador, que ante las telas siente recogido el ánimo frente al mundo, casi fantasmal, que le ha prestado Joaquín Vaquero, en quien tanto influyó la geografía americana de modo y manera que cambió y aumentó su visión y su sentido plástico primero, conservando siempre ese buen lugar que, en todo momento, ha tenido el pintor frente al mundo de las formas.

Camón Aznar es el intérprete que en el catálogo define esta pintura honda y penetrante que, a veces, queda en puro esbozo, apuntamiento o indicación, en gran esqueleto de pintura, ya que, conseguido lo difícil: la sensación emotiva que persigue, la insistencia material del pincel, le es indiferente. Acierta Camón Aznar al decir: "Joaquín Vaquero desdeña en sus cuadros esa morosa detención con el primer plano de las calidades y de las luces con que hoy se entretienen tantos pintores famosos. Su arte nos aleja hacia anchuras y magnitudes donde solamente caben temas elementales. Nada cierra la estructura de sus composiciones. Ninguna vertical detiene la mirada y el espacio. Este espacio que pudiéramos decir que por sí mismo constituye el núcleo formativo del cuadro. Y para contenerlo en un alvéolo sin límites, Joaquín Vaquero ha necesitado estas secas inmensidades y estos vacíos casi deshumanizados. Porque ni el hombre ni sus trabajos tienen importancia en este escenario casi de astro muerto..."

Y así es la pintura de este artista obsesionado ahora por la sole-

VAQUERO Paisaje antropomorfo



"Farallon", óleo de VAQUERO



VAQUERO Ciudad Toscana

VAQUERO *Paisaje antropomorfo*



"Dibujo", de Enrique Brinkman

dad y el silencio, grandes personajes mudos que protagonizan sus telas, de las que tanto hablamos recientemente, frente al Mediterráneo, Camón Aznar y nosotros, en una coincidencia feliz, y que tan propicios son para un serio ejercicio filosófico sobre la pintura, cosa a la que pocos lienzos se prestan.

Grabadores portugueses.—En la Sala Abril vuelven los grabadores. Allí estuvieron no hace mucho tiempo, y su presencia causó tan bella sorpresa que ahora, con mayor dimensión y extensión emocional, repiten, con bellas obras, un anuncio tan feliz.

"Gravura" no es una agrupación que obedezca a determinada tendencia artística en su aspecto estético, sino que es un núcleo de artistas unidos dentro de las más opuestas expresiones para dar a conocer diferentes técnicas, el grabado. Así lo afirma el afortunado creador de esta exposición, Angel Crespo, feliz animador de este certamen.

Si a esto añadimos que la edad y los principios estéticos, como consecuencia, tienen un compás muy amplio, pues abarca desde artistas nacidos en el año 1880 hasta los nacidos en 1933, veremos que el panorama que se pone ante nosotros comprende una gran época del arte portugués, que ahora parece ganar los puestos que había perdido en el olvido y en la comodidad. El hecho de que pensamientos distintos se unan para crear algo superior a las propias convicciones es ya una garantía de amor, de buen amor, al arte en sí, y no a un arte determinado, que es el que siempre practica el artista, tal y como debe ser. El hecho de agrupar tendencias, escuelas, estilos y hasta corrientes contrarias permite ofrecer un paisaje tan amplio, tan certero y tan interesante como el que se pone de manifiesto en la Sala Abril.

El grabado, esa faceta del arte siempre tan despreciada y tan importante en sus variadas aplicaciones, ha sido revalorizado en Portugal; después de 1945 "Gravura" ha hecho lo que aquí han conseguido con tan buen éxito las ediciones de Rosa-Vera; aunque la agrupación citada tiene más ambición, pues no se trata de una aparición esporádica, sino de una empresa que aspira a la permanencia.

Y esta aspiración a que el grabado portugués ocupe un primer lugar no se consigue solamente con un acento y una cifra que pudiéramos llamar "nacionalista", sino que aspira a ensanchar su visión, y para ello tienen los componentes de "Gravura" la excelente idea de llevar a Lisboa y otras ciudades portuguesas exposiciones de grabado italiano y español, para que el intercambio de estilos y conceptos be-

neficie a los jóvenes artistas del país vecino, que quieren, muy de verdad, un renacimiento —ya logrado— de un género que iba cayendo en imperdonable olvido.

La excelente exposición tiene muchos nombres, pero de su paso y mirada por ella hablaremos en próxima crónica con el detenimiento que mereceren los nombres que figuran en el certamen.

Juan Giralt.—En la Sala Seral expone su obra un joven artista, muy joven y ya en irremediable destino de pintor, pues esta cualidad se adivina en la ambición, en el trazo y en el pensamiento. El catálogo nos dice este dato: Juan Giralt nació en 1940. A esta edad se tiene que hacer patente la necesidad de un oficio y el dominio de una técnica, que de nada sirven si el pintor no tiene propósito de aplicarla a altos fines, y Juan Giralt lo pretende, y esto es lo importante para señalar su presencia con seguridad de que el nombre, al buen compás del tiempo que, obligadamente, tiene que ser lento, nos brindará a un pintor completo. A su edad esto es más que suficiente cuando se dice en serio y apartados de la alegría, tan peligrosa, de las frases al uso.

Manuel de Montalvo.—En la Sala Biosca ha expuesto su obra este joven artista, que ha sido saludado con los mejores adjetivos, de los que sentimos discrepar, por muchas razones, de la cual es la primera la falta de consistencia ideal de la obra de este autor, que presenta tres caminos diferentes, como haciendo gala de facultades.

Lo figurativo, lo abstracto y el "maquinismo" son las facetas que ofrece este joven pintor, que cree que todo el monte artístico es orégano y que es lo mismo una cosa que otra, confundiendo el abstractismo con la facilidad para realizar unos caprichos que llegan al adorno y a la ilustración, pero nunca a la categoría del arte abstracto, que el artista cree cosa muy fácil, y que no logra realizar ni por contenido ni por expresión, consiguiendo, cuando más, un "rayismo" más o menos propicio para dibujos de vestidos femeninos.

Hay todavía quien cree que ser abstracto es fácil, cuando lo cierto es que es más difícil que ser figurativo al encontrarse el artista ayuno de todo apoyo exterior, y algunos, como este Manuel Montalvo, han querido demostrar su facilidad, y lo único que han demostrado ha sido la dificultad que entraña y el fracaso de sí mismos ante la soledad del lienzo y su propia persona.

En el maquinismo, o sea esa faceta artística que tiene a la fábrica y al complejo industrial como tema del artista, el pintor consigue los mejores efectos, pues nada hay mejor para "destruir" líneas y for-

malizaciones que una teoría maquinista. En este aspecto, el acuarelista Gómez-Acebo nos ofreció una singular versión.

Y como en el resto tampoco hallamos, a nuestro juicio, nada que sobresalga en esta producción, deseamos a Montalvo que amplíe sus estudios, se mire a sí mismo y emprenda un camino cierto y seguro, donde hallemos una personalidad que hasta ahora no encontramos en ninguna de sus obras, hijas de la facilidad y nada más. Y una predisposición, por excelente que ésta sea, no es bastante para alcanzar el título de pintor en su verdadera dimensión, que pueda ser que algún día consiga Manuel de Montalvo.

Enrique Brinkmann.—El caso opuesto al visto anteriormente es el de Enrique Brinkmann, joven artista también, que expone su obra en la sala Alfil. Brinkmann se halla en el expresionismo, al que llega de manera más afortunada. No está de más saber que Enrique Brinkmann es de origen malagueño y alemán, y esta última cualidad es buen dato, ya que el expresionismo tiene su mejor expresión en las firmas alemanas creadoras del estilo.

En la temática, Brinkmann sigue una línea típica en el expresionismo: la visión de una humanidad torturada. Hay un indefinible acento de tristeza en toda la obra, sea cualquiera el asunto, desde el retrato de la abuela hasta la plaza de toros de Mijas. El signo de tristeza se siente en cada lienzo, todos ellos resueltos y concebidos con propósito cierto, con medida y con una texitura plástica excelente. Brinkmann posee a su edad un lenguaje propio y una paleta con personalidad. Su obra tiene un porvenir cierto.

Valdivieso.—Siempre nos ha interesado la obra de este artista, y su última exposición en Macarrón ha sido vista por nosotros recientemente, tras algún tiempo de haber estado expuesta. Y en este apuntamiento señalamos que nos gustaba mucho más su concepto plástico anterior. Ahora, a pesar de la disciplina y el serio impulso que le lleva a una obra francamente figurativa, la pincelada queda como realizada con algodón: blanda, tenue y difusa. La materia parece una aguada impregnada de una sustancia gris, que es la que predomina en el fondo de los colores. La temática, aunque indica el buen gusto inicial que siempre presidió la obra de este artista, tampoco adquiere el acento poético que persigue su autor, por endeblez del medio.

Claro es que encontrar un pintor que busca de verdad, aunque no encuentre en sus primeros intentos, es más que suficiente para el aprecio, pues no es frecuente hallar en la edad de Valdivieso una preocupación tan honda y fuerte ante la pintura.

Andrés Conejo.—Ante la obra de este pintor, expuesta también en la Sala Macarrón, el primer adjetivo que se nos viene a la boca es el de la honradez. Su obra está impregnada de seriedad, de buena voluntad y de buen conocimiento de la pintura, en su oficio y en su impulso, aunque éste, muchas veces, se anticipe al gusto de los compradores.

Levante es el guión de esta exposición, que se revela con una autenticidad bien ajena al "valencianismo", para adentrarse por caminos azorinianos y mironianos de mucha mayor entereza plástica y sensible que el revuelto colorista, en paisaje y bodegón, tan frecuente en los pintores valencianos. Un orden mental del paisaje, como pedía Laín, es el principio filosófico de esta pintura honrada y cabal.—M. Sánchez Camargo.

LUIS ALBERTO DE HERRERA

A los ochenta y cinco años de una vida de lucha, con triunfos y sufrimientos, ha fallecido en su patria el ilustre hombre político uruguayo don Luis Alberto de Herrera. Hombre extraordinario, de voluntad poderosa y talentos muy diversos y considerables, su figura permanecerá en la historia como uno de los modernos próceres hispanoamericanos. Jefe y conductor de uno de los partidos más importantes del Uruguay, ha muerto al poco tiempo de ver el triunfo de ese partido, vuelto al poder hace unos meses; después de largo tiempo alejado de las tareas del Gobierno.

En un artículo de Ramón Areta, aparecido en el diario "Ya" con ocasión de su fallecimiento, se destaca la labor de Herrera concretándola en las siguientes premisas: nacionalismo auténtico, oposición a toda intervención extranjera, austeridad administrativa, supremacía del hombre de su dignidad y espíritu e hispanidad. En este último aspecto nos interesa muy particularmente agradecer a su memoria la defensa que en difíciles ocasiones hizo de España, frente a una hostilidad casi general. Ha muerto en la tarea incansable que se impuso desde joven, y que a lo largo de sesenta años llevó adelante con una severidad que no excluía el más cordial sentimiento comunicativo y un entendimiento profundo de los hombres. Fue también ilustre escritor, y sus obras históricas han enriquecido la investigación sobre algunos de los períodos más oscuros y difíciles de la vida independiente de Hispanoamérica. descanse en paz el ilustre hombre de Estado.—XYZ.

ESPAÑA EN LA PINTURA DE JAN STEKELEMBURG

Se parte a menudo de una premisa equivocada al enjuiciar el arte contemporáneo. Se intenta destemporalizarlo. Se procura verlo sin antecedente histórico alguno y no nos apercibimos de que el arte auténtico es siempre el resultado de una tradición; es siempre la última etapa de un camino seguido, sin interrupción, por los artistas que una geografía concreta ha limitado y una historia común ha definido.

Al enjuiciar la obra del pintor holandés Jan Stekelemburg creo que debemos tener en cuenta las constantes que aparecen en la pintura holandesa a través de los tiempos. Y quizás, con significación sustantiva, podríamos señalar dos de estas constantes que, a nuestro modo de ver, se dan claramente en el arte holandés.

La primera corresponde a una característica que juzgamos esencial para la comprensión de Holanda. En Holanda, analizábamos en alguna ocasión, se logra una sensación de irrealidad por medio de elementos rigurosamente reales. En el paisaje holandés encontramos refrendada esta afirmación en multitud de elementos cotidianos, que adquieren un carácter insospechable en su atmósfera peculiar. Así, las grandes barcazas que aparecen de pronto en el horizonte de los prados florecidos, por gracia de las esclusas de los canales o los trenes que se deslizan en invierno, como patinando, sobre las grandes extensiones heladas.

En el arte holandés vemos una aparición de esta constante de irrealidad lograda por medio de elementos reales en la obra de muchos primitivos y muy especialmente en la de Jerónimo Bosco. La mayoría de elementos que el Bosco maneja en multitud de sus cuadros son reales, pero su conjunto nos sugiere siempre una impresión aguda de irrealidad. No necesita generalmente el Bosco acudir a elementos fantásticos para crear la atmósfera mágica de su "Jardín de las delicias", de nuestro Museo del Prado, o el ámbito irreal de "La nave de los locos", del Louvre. Otro momento en el que esta constante aparece con toda claridad es en la obra de Vicent Van Gogh. Tampoco necesitó Van Gogh acudir a elementos fantásticos para levantar ese mundo alucinante en el que cada una de las casas de Arlés o de los cafés parisienses parece adquirir una misteriosa y patética simbología.

En la obra de Van Gogh podemos, sin embargo, apreciar también claramente la otra gran constante que, a nuestro parecer, preside el mundo de la pintura holandesa: nos referimos al expresionismo.

En Van Gogh encontramos precisamente esa fuerza expresionista de la que podemos hallar un claro precedente en la obra de Rembrandt.

Quizás Rembrandt fuese el primero en ofrecernos conscientemen-

te este expresionismo, que confiere una indudable personalidad a la pintura holandesa. Rembrandt debe indudablemente su reconocimiento como gran pintor a la fuerza, a la pasión expresiva de su obra, que suspende nuestro ánimo en el umbral de un mundo pujante y personalísimo. Recordamos todavía nuestra impresión ante la "Ronda de noche", del Museo de Amsterdam. Era, sobre todo, la tremenda fuerza expresiva la que nos mantenía clavados, inmóviles ante la compañía que capitanea Frans Barning Cocq, y es esta impresión la que se repite ante los cuadros del pintor de Leyden.

Si en Van Gogh ya apreciamos una primera encrucijada de estas dos grandes constantes de la pintura holandesa, que en él se confunden con un predominio expresionista, en Jan Stekelemburg, uno de los grandes pintores contemporáneos de Holanda, hallamos la misma encrucijada con cierto predominio de la atmósfera irreal, de lo mágico. Y el conjunto nos da una de las obras más auténticas que la pintura holandesa de hoy nos ofrece, una obra que quisiéramos calificar con el nombre de expresionismo mágico.

Al menos esta denominación creemos que conviene exactamente a los cuadros que Stekelemburg ha pintado en España, a sus interpretaciones, siempre personalísimas, de nuestros pueblos, monumentos y paisajes.

El viajar es siempre importante en la vida de un artista. La posibilidad de efectuar una constante y viva contrastación entre su propio paisaje y el que el artista descubre ante sus ojos enriquece considerablemente su alma y la interpretación de un paisaje distinto del que habitualmente ha presidido su vida amplia infinitamente su horizonte.

Jan Stekelemburg buscó su inspiración en España, y las interpretaciones de motivos españoles marcan un momento interesante en el decurso artístico de este pintor, uno de los más considerables y puros que el arte holandés nos ofrece en la actualidad.

España, en la que encontró su inspiración más alta El Greco, sigue ofreciendo hoy una enorme sugestión al artista que se acerca a ella ingenuamente, como lo ha hecho Stekelemburg. Parece que España quiera librar especialmente su secreto a los artistas puros, que intentan buscar en ella un alma más que un puro paisaje o una interpretación material.—Jaime Ferrán.

Sección Bibliográfica

MICHEL BUTOR: *El empleo del tiempo.* Biblioteca Breve. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1958. 467 págs.

Michel Butor nace en 1926, cerca de Lille. Licenciado en Filosofía, ha sido profesor de lengua francesa en Egipto y lector en Manchester, donde escribió *Passaje de Milán* y concibió —datos curiosos para nuestros propósitos— *L'emploi du temps,* finalista del Goncourt, y Premio Renaudot por su otra novela *La modification.* Actualmente es asesor literario de Ediciones Minuit, la que publica sus libros, tres hasta la fecha.

La lectura de *El empleo del tiempo* induce a la mayor de las perplejidades, porque, de una parte, se dan en esta novela considerables valores de ambientación, técnica y expresividad, y de otra, existen zonas nada convincentes o de una sistemática reserva restadora de la honda veracidad que la problemática general de la obra plantea. El puesto formal que la crítica señala a Butor es el de un realismo mágico: objetivismo, minuciosidad, trascendidos, aunque en realidad tales denominaciones carecen de importancia, pues Butor, al igual que tantos —todos— escritores importantes de última hora, ha estudiado a Joyce, Prouts y Kafka y, no siendo inmediato seguidor de ellos, se advierten, sin embargo, claras relaciones e identidades.

En *El empleo del tiempo* se debaten dos temas centrales: el proceso de adaptación del individuo a un medio social determinado y el sufrimiento y soledad devengados de dicho proceso, el cual no llega a efectuarse —o se efectúa negativamente—, volviendo derrotado el héroe, antihéroe mejor, a su lugar de procedencia.

He aquí, en relación esquemática, las incidencias argumentales: un francés, Jaques Revel, llega a una ciudad inglesa, a Bleston, equiparable a Manchester, Leeds, Liverpool, etc., contratado por un año en determinada casa mercantil. Para luchar contra la nefasta influencia ejercida por la ciudad —que se nos presenta grande, complicada, lluviosa, hostil, sucia— inicia, a los siete meses de estancia, y a modo de venganza, la confección de un diario, redactado noche tras noche en el cuarto de la pensión, y donde va consignando con detalle el profundo odio que siente por Bleston, sus calles, su gente y sus negruras. Concluye el contrato anual y Revel, vencido, abandona la ciudad. Ha vivido dos fracasos amorosos, una alucinación de tipo bíblico-poli-

cíaca urdida por su imaginación febril, cercada, y la amistad de un pobre negro, hez de la sociedad blestoniana y símbolo del desamparo en que se debate el francés, quien ha asistido entretanto y frecuentemente a proyecciones cinematográficas sobre países mediterráneos llenos de sol y viejas tradiciones míticas y culturales, conocido un par de familias y recorrido infinidad de veces la incierta estructura de Bleston, la mefítica Bleston, que llega a convertirse en enemiga personal de Revel, librando ambos desproporcionada batalla.

Cuando un individuo de edad racional arriba a una ciudad desconocida (el emigrante, el estudiante, el que aspira a una vida mejor, no el turista o el escritor afanoso de experiencias), tratando de adaptarse a nuevos géneros de vida, trae forzosamente en la imaginación juicios previos relativos a la ciudad recién visitada y en la que ha de vivir algún tiempo; no nos importa ahora la calidad de estos juicios, si son acertados o falsos. Lo interesante es llegar a la conclusión de que todas las impresiones heridoras de su retina lo hacen, inexorablemente, a través de una mentalidad preformada en otros lugares, pasando por el fino tamiz de anteriores experiencias, que equivale al único elemento, no sólo juzgador, sino también de contraste. Es imposible aprehender el buen o mal cariz de una situación sin verificar, consciente o no, paralelismo con otras situaciones ya familiares, rutinarias, tanto haciendo referencia a la ciudad —sus nuevas calles, su clima distinto— como a personas o cosas. Así ocurre con el futuro, objeto de proyectos sin fin por parte del individuo. Estas anteriores vivencias y las presentidas laten en el subconsciente, condicionando la visión que se tenga del mundo. Sin embargo, si se da la circunstancia especial —caso de Revel— de que el sujeto sólo ha de permanecer en la susodicha ciudad, odiada tan profundamente, un año, de que su mutación no es permanente y de que la esperanza humana es inmarcesible, entonces se produce la normal y conocida reacción de acumular todas las ilusiones, de cifrar todas las esperanzas y proyectos para cuando concluya el año de reclusión.

En *El empleo del tiempo,* donde se desarrollan como nódulos principales la adaptación de Revel a un medio social y el consiguiente y terrible aislamiento, hallamos que, independientemente de factores ocasionales como puedan ser, a título de ejemplo, la obsesión de los autobuses y sus números, las calles iguales, desagradables, el tiempo lluvioso y oscuro, la pensión siniestra, hallamos, pues, que la incursión del protagonista es demasiado aislada, carece de lógica temporal; su soledad nunca la alteran pensamientos de nostalgia, de anhelos o sólo recuerdos alusivos a su vida anterior. Ni el realismo mágico ni ningún otro sistema literario, a no ser una patológica amnesia, injus-

tificada y rechazable, permiten esta ausencia total de recuerdos. Los recuerdos, buenos o malos, juegan decisivo papel a la hora de enjuiciar nuevas impresiones. En la vida del hombre se confunden pasado, presente y futuro reales y soñados, constituyendo una amalgama espiritual ineludible a la que no se hace ninguna referencia en la novela de Butor, cuyo protagonista tiene familia, según declaración del propio autor. Revel va con frecuencia a cines donde proyectan documentales sobre países de sol. ¿Es esta acción evasiva la que sustituye su ignorada, por nosotros, vida anterior? No. Es evasión inauténtica, creemos. Los deseos de ir a países ignotos sólo surgen mayormente en el hombre cuando éste resulta víctima del tedio, de la rutina o cuando tiene perfectamente controlada y conocida la ciudad. Entonces, en el caso de Revel, se recuerdan las ciudades o momentos *realmente* vividos y que, al perderlos, se idealizan y lastiman y ocupan toda la imaginación, interviniendo razones físicas, espirituales e indudables. El odio de Revel por Bleston tiene excesivo carácter objetivo y absoluto.

Tras estas observaciones, encontramos un enorme material elogiable en *El empleo del tiempo*. Al describir el clima y las lluvias de Bleston, los encuentros de Revel con Horace, el negro; las ferias, los entresijos de la ciudad o los restaurantes, alcanza destacadas páginas nobles. El segundo encuentro con el negro denota la mano de un novelista genial, y las constantes alusiones a episodios mitológicos y al problema bíblico-policíaco tienen la virtud de apasionarnos o aburrirnos solemnemente. La acción del libro es morosa en extremo grado, pero vale para crear en el lector la impresión deseada, envolvente, de mordida blanda, como las horas lentas de un atardecer lluvioso. Observamos a Revel como a un pobre enfermo, atrapado en las redes de millares de arañas invisibles, tejedoras de espesas, ignoradas mallas.

Al final de la novela, en pág. 461, dice Revel: "Cada momento, cada imagen, nos hacen volver a otros períodos..." Quizá aquí esté un apunte de solución al problema que nos ha venido preocupando, el de la leve frustración advertida en el desarrollo de la adaptación al núcleo blestoniano. Michel Butor no se refiere a imágenes próximas, inmediatamente antecesoras, sino a generaciones antiguas que, en definitiva, vienen a sustituir, muy en abstracto, el vacío psicológico anotado. Ello hace pensar que el mayor número de páginas de *El empleo del tiempo* está compuesto con material autobiográfico, del cual se han excluído —en pro de una más decisiva objetividad y orden— vivencias precedentes y futuras o, al menos, su sedimento, sin perjuicio de que al final, como solución a la problemática humana planteada, al mar-

gen de las experiencias realistas, lleve el autor a efecto una disgresión, repetimos, en abstracto, encaminada a resolver intuitivamente íntimas reconvenciones. Pero estas libres conjeturas nos conducen a otro conflicto literario, imposible de reflejar aquí en toda su amplia y permanente duda: ¿Las obras literarias o la obra de arte debe analizarse en función de sus orígenes o como un elemento independiente que tiene principio y fin en sí mismo? Entre Arnold Hauser y Warren y Wellek está la incógnita. Por nuestra parte, concluimos ya declarando que la novela de Michel Butor, estudiada como obra de arte en sí misma, está menos lograda que si se la hubiese aplicado el otro procedimiento, el relativo a la obra de arte en función de sus orígenes.

La traducción del francés se debe a J. M. Caballero Bonald.—Eduardo Tijeras.

UN LIBRO COMO LA VIDA

La obra del bilbaíno Ramón Eugenio de Goicoechea, dispersa hasta ahora y en tono breve por revistas y periódicos, cobra cuerpo y ensanche en esta primera novela (1) con la que el poeta fija también una condición de narrador excelente.

Se trata, pues, de un caso de novelista tardío —al menos, en cuanto a trascendencia efectiva se refiere—, por cuyas andanzas literarias de tipo mayor nos preguntábamos ya hace tiempo, pese a la juventud del autor. Y he aquí que la respuesta a nuestras preguntas llega al fin. Con retraso, pero bien dada. Con valencias de pericia, y sobre todo de temperamento, claras y positivas.

Un empleado adolescente, de decaído e inconsolidado espíritu, y una mujer pública, igual que un musgo por los rincones más turbios del dédalo metropolitano, ofician de protagonistas moviéndose por un reducido sector —casi dos calles, tres— del Madrid de la postguerra. Busca el muchacho la que cree realización de su naciente hombría, mermada por la pobreza ambiental de su mundo, la interferente actitud de la madre y la monotonía de un vivir liso y desolado. Para Celia, la mujer, el lance —eje en torno al que gira la novela, no es, en cambio, sino un episodio más de los de su cotidiano ejercicio. La acción se desarrolla en sólo una noche, cuya amanecida da cuenta, en un desenlace dramático e inesperado, del hilo de la historia.

Pero sucede que acabamos de emplear la palabra "historia", no en

(1) Ramón Eugenio de Goicoechea, *Dinero para morir*. Edit. Mateu, Colección "La Pluma", 287 págs. Barcelona, 1958.

un sentido limitado al del argumento o acción presente de la novela, sino en la acepción de *pasado histórico,* todo el pasado que modela, concatena y prefigura psicológicamente el curso interior de los personajes, sus palabras, sus reacciones, sus hechos. El calaje de *Dinero para morir* sería, pues, exiguo si sobre lo que el autor saca a la luz en la acción presente —casi banal— no gravitase la irrefutable probación humana y documental en la que dicho presente se sustenta. Tal eficiente y tradicional procedimiento novelístico, esta exhaustiva "historización" del pasado de Celia, del de la madre y su muchacho, enriquecidos minuciosamente desde los orígenes de sus diversas vidas y formaciones, es lo que confiere consecuencia, calidad y carácter notorios al primero y reciente libro de Goicoechea, enhebrador, entre otros más tramitarios o funcionales, de pasajes realmente espléndidos; tal el de todos los referidos a la madre del protagonista y a la infancia y antecedentes de éste, como, por su parte, a los de la rota y acosada heroína.

El lenguaje del libro, manejado con la brilladora pluma de quien en el fondo no dejó —ni acaso podrá dejar— de ser poeta, es buen vehículo ambiental para el agitado mundo de *Dinero para morir* y sirve con flexible vigor al cuerpo de la novela, acomodándose, sin perder unidad ni cohesión, a la variedad de sus momentos y consiguiendo un extraño e infuso poder nostálgico, casi nunca directamente expreso, en aquellos en que la acción se traslada del hoy lastimador al desembarazado ayer de los personajes, ayer apenas advertido, en su momento, por los mismos. La mantenida impetuosidad, casi violenta, del lenguaje se ajusta, pues, a la medula misma del relato y coadyuva a su logro último muy eficientemente, si bien alguna super efusión expresiva, más allegada a lo poético y creacional que a lo puramente narrativo, pudo haberse suprimido con frecuencia y sin duelo, así como el uso de ciertos tremendismos perfectamente innecesarios para el ya logrado acercamiento del lector al drama y a sus figuras. Insisto en que el poeta debió embozar a veces su fogosidad, pero también es cierto que, sin ella, no habría libro, un libro que es, además, completa novela con todo cuanto el término comporta de responsable. Cuestiones de regulación: no se trata de más para el futuro.

La edición de Mateu, cómoda y cuidada; la corrección de pruebas —cosa rara—, singularmente buena.—FERNANDO QUIÑONES.

He aquí un libro, un pequeño libro, que muy bien pudiera acompañar, como una florecilla más, a las de San Francisco (1). Las páginas de esta *Santa Clara,* de Ester de Andreis, han sabido adelgazarse, igual que pétalos, hasta convertirse en fragancia, en tono.

Ester de Andreis ha intuído con sencillez admirable la santidad de San Francisco y Santa Clara más que en su amor a la pobreza, a los seres y a las cosas, en la *amorosa incomprensión* de la Iglesia y en la *ingenuidad maliciosa* de sus contemporáneos. En San Francisco y Santa Clara todo es transparente —el dolor, la alegría, la belleza—, y amor y pobreza no podían ser para ellos sino desnudez, es decir, santidad. No ha habido santos más incomprendidos quizás, ni más excesivamente admirados. Y por ese contraste, por ese contrasentido, San Francisco y Santa Clara —de quienes emanara la alegría natural— son los santos más tristes. Secreto evidente que escandalizara a unos; fuerza vulnerable que asustara al Papa; por esa desnudez fue crucificado Cristo y nadie quiere serlo (2).

Ester de Andreis nos lleva siempre al origen del pensamiento o, mejor dicho, del sentimiento de San Francisco, que Clara "su compañera, el ser dulce, fuerte y abnegado, la amiga fiel" no traicionó jamás. Y sin renunciar a la descripción del ambiente de la época, quizás demasiado atractivo si lo vemos desde nuestros días, nos muestra también la incapacidad e incomprensión —burla, desdén, malicia, crueldad— de sus contemporáneos.

En un mundo en el que la pobreza sólo puede ser comparable al peor de los males, no podía entenderse —y no se entiende aún— que su aceptación plena, resuelta, no pasiva, claro está, equivaliera a la mayor de las riquezas: poder y fuerza —amor a todo, posesión de todo— en el más alto grado de sublimidad. La consciencia de este tesoro, su descubrimiento, por inusitado y original, tenía que resultar —y siempre resulta— difícil y asombroso.

San Francisco y Santa Clara, inocentes insensatos, una vez libradas las batallas primeras y confiados en el "ama et fac quod vis" de San Agustín, creyeron ser la alegría del mundo, su consuelo.

"El mundo no ha aprobado nunca esta intimidad —escribe Ester de Andreis— y, con crudeza, se lo hizo percibir un día de invierno en el que, cansados de tanto andar, entraron en una casa a descansar junto

---

(1) Ester de Andreis: *Santa Clara. Leyenda.* Editorial Herder. Barcelona, 1959.

(2) En el correspondiente lugar del libro se hace constar la aprobación al mismo de las máximas dignidades eclesiásticas.—*N. del A.*

al fuego. Fueron recibidos con extraña sonrisa, con miradas maliciosas. Se quedaron muy poco entre aquellas gentes, pero fueron momentos de desasosiego y de gran pena. Clara no salía de su asombrado dolor; jamás había sabido que los malos pensamientos de los demás trajesen consigo tanto sufrimiento. Francisco sentía aún mayor desconsuelo: había expuesto a la virgen, la mejor entre todas, a aquella turbación."

El Papa —Gregorio IX—, por su parte, aunque los admiró profundamente, no comprendió la grandeza de esa humildad plena y limpia, y quiso, para "seguridad" de la orden, detenerlos en su vuelo, pararlos en su fluir: aprisionar su esencia. Santa Clara "percibió claramente cuán necesario era alejarse del amigo, defenderse de él y estar en guardia contra su benevolencia *para que ésta no le traicionase...*"

Ante el esplendor, fasto, ostentación y honores tributados a San Francisco en su canonización, Ester de Andreis hace meditar a su Santa Clara, quien imagina al santo indefenso desde su muerte, no sólo entristecido, sino indignado. El mundo que lo ensalza y lo admira sin comprenderlo le causa el mayor dolor, la mayor pena.

Mientras con asombro se levantan unos tras otros los invitados y se dirigen hacia la puerta, el rostro de Francisco se vuelve más sombrío al ver desfilar el oro de la tiara papal, la púrpura de los cardenales, las sedas de los obispos, las vestiduras de los nobles, el fulgor de las damas. Sólo reposa su mirada y se aquieta unos instante al contemplar el burdo paño de la túnica de sus hijos, los hermanos menores, y lo sigue con nostalgia. Por fin, cuando todos se han ido, se apresura a atrancar la puerta, a apagar las lámparas y los cirios, y con gesto casi violento arranca de las paredes y de los escaños ornamentos, colgaduras y estandartes. La congoja ha marcado en su frente una huella aún más honda. De toda la pompa de la ceremonia no queda ahora en la iglesia más que la voz de los instrumentos y los cantos que Francisco se olvidó de acallar, como si fueran un eco de la armonía que va en pos de él desde lo eterno. En esa onda melodiosa su sonrisa quisiera abrirse una vez más y prenderse de un rayo de sol que se posa como juego sobre una mitra, abandonada en el apresuramiento de la salida, y sobre un ramo de olivo cargado de todo el recuerdo de las plateadas laderas, de los dulces senderos de su umbría.

Pero el humilde fraile que devolvió a las palabras de Dios, desde siglos caídas en la sombra, el gozo y el sol del aire, el cantar del agua y de los pájaros, está apenado como jamás lo estuvo. El hombre sencillo que supo dar de nuevo a la plegaria el infinito del firmamento

cae de bruces a los pies de Jesús crucificado y le suplica perdone los honores y los elogios que en este día ha despertado su nombre mortal.

Ester de Andreis, sin titubeos, ha librado a *su* Santa Clara de toda superficialidad sentimental. La ha tallado como quien labra una piedra preciosa, con valentía y amoroso cuidado. Y ha sabido encauzar su libro, dentro del mundo y de la Iglesia —como San Francisco y Santa Clara sus propias vidas—, con la sumisión y humildad de lo aparentemente pequeño a lo aparentemente grande.

Aclara una nota que, gracias a los archivos de Asís, la autora ha podido conferir a su obra la máxima base histórica, aunque la llama "leyenda" en rememoración del sugestivo título con el que Da Celano, el primer biógrafo de la santa, nombró su libro. Acompaña a la edición, fuera de texto, una reproducción del fresco que, representando a Santa Clara, pintó Simone Martini en la iglesia inferior del Pobrecillo, en Asís.—SALVADOR MORENO.

DE DON PORFIRIO A PLUTARCO

Hoy se ofrece, como verdad histórica de rigor científico, la realidad incuestionable de que la emancipación de los pueblos americanos se adelantó en su cronología. Fue un nacimiento prematuro. Los pueblos de América aún no habían alcanzado el grado de viabilidad suficiente para romper el cordón umbilical con la Madre Patria. Estaban haciéndose. Y haciéndose bien. El siglo XVIII fue una etapa claramente positiva en el desarrollo de los Reinos hispánicos. España ya iba en descenso; América, en pujante crecimiento.

Fue lástima que ese desarrollo lento y seguro, acompasado y armonioso, se viera bruscamente interrumpido por un nacimiento adelantado. Percance éste que, como en la biología, tiene sus riesgos. Y no es menor el que pueda haber algún interesado en que la criatura crezca canija, débil y especialmente indefensa.

En el parto americano hubo ese interés y ese interesado. Al mismo paso que alentaba la ilusión y la esperanza en los criollos, anidaba la insidia en las razas rubias.

Es curioso observar la constante interferencia anglosajona en el mundo hispánico. En España, Inglaterra; en América, sus parientes del Tío Sam.

En cualquier encrucijada del camino de España, en cualquier coyuntura histórica española, siempre se encuentra, desde hace tres siglos, la garra dura y fría del león británico. En todo el proceso de la América independiente no falta —atizando la desunión, protegien-

do las dictaduras o dando armas, luego para su derrocamiento— el agente norteamericano.

Esto en toda América. En Méjico, tal vez más. La historia del Méjico independiente es la historia de un calvario. Pero de un calvario sin cirineo: faltaba España. Con sobra, en cambio, de lanzadas.

La historia del último siglo mejicano ha sido de pesadumbre y de pesadilla. Y no tanto por falta de realizaciones materiales —con todo y con ser escaso el avance hasta los tiempos actuales—, sino por falta de fe, de esperanza y de ilusión. El ser de Méjico parecía muerto, inexistente. Sin pulso, sin fibra, sin riego vital. Sólo en contadísimas ocasiones el aleteo de un relámpago hacía patente la realidad del alma mejicana. Se pueden contar con los dedos las ocasiones; tal vez no pasen de tres: la ilusión recién estrenada de la Independencia, con las Tres Garantías de Iturbide, buen cimiento para fundar una nación; el romanticismo florido y bravucón del Segundo Imperio, con un Maximiliano liberal que aguó los ensueños mejicanos de renovación; el idealismo, finalmente, de Madero, con acompañamiento turbio y trasfondo escasamente religioso, que sucumbió en la vorágine que él mismo, ingenuamente, había levantado.

Excepto estos tres destellos, el resto no es nada. Peor que nada: la lucha constante de una coalición minoritaria —de dentro y de fuera—, por imponer a una nación sistemas políticos y legislaciones a contrapelo de la realidad social. Cuando el Estado no se identifica o sirve, al menos, a la nación, la estabilidad es imposible. Las leyes son para los hombres y no a la inversa. Los hombres son sólo para Dios.

He citado esos tres momentos calificándolos de destellos. Porque eso fueron: relámpagos tan cegadores como efímeros.

Pero al margen de esas muestras brillantes, la historia de Méjico conoce un movimiento tenaz y perseverante, mantenido durante años brioso y lozano, amplio en la geografía y en la dimensión humana, sostenido con fe, con ilusión y con sangre. Es decir, con todos los ingredientes para ser un movimiento medular. Y único. Me refiero a la acción ejemplar y dramática de la juventud mejicana, nacida, encuadrada y organizada en la Asociación Católica de la Juventud Mejicana, la A. C. J. M., que en el período de "entreguerras" electrizó a la opinión mundial con su heroísmo.

Trazar la historia de esta A. C. J. M. es el objeto del libro que comentamos. Su propio título encuadra perfectamente su cronología: "De D. Porfirio a Plutarco" (1), es decir, el período que va del fin

---

(1) *Historia de la A. C. J. M.*, por Antonio Rius Facius. Editorial Jus. Méjico, 1959.

de la Dictadura al ascenso al poder de Plutarco Elías Calles, tan nefasto como inteligente. La obra tendrá una continuación: la historia del período trágico de la Revolución, cuando la A. C. J. M. tuvo que poner a prueba su finísima calidad, la solidez de su formación y el temple extraordinario de su fe, alumbrando una de las épocas más sobrecogedoras y más fecundas del milenario martirologio cristiano.

"De D. Porfirio a Plutarco" es un libro escrito con pasión. Se ha dicho que la historia siempre se escribe apasionadamente; que la única historia que se narra fría y objetivamente es la Historia Natural.

No obstante, el libro pretende ser cifra, referencia y exactitud, y no sólo alegato, exaltación y defensa. El autor ha preferido —tal vez forzándose a sí mismo— huir del camino más o menos fácil, pero sobre todo efectista, de la narración o ensayo literario y hacer una obra precisa, de fichas y datos certeros, con un afán exhaustivo —hasta donde pudo— de la historia menuda e íntima de la A. C. J. M.

El libro se coloca, de esta suerte, en cimiento básico de un capítulo de historia mejicana. En el futuro, quien quiera que trate de estudiar esa época, en favor o en contra, tendrá que utilizar y tendrá que referirse al tratado de Antonio Ríus Facius.

Así se llama el autor. Mejicano, hijo de españoles y viejo acejotaemero; Antonio Ríus es un valor positivo en las letras mejicanas y un exponente de la generación católica e hispanista, que, pese a todas las dificultades, está cada día más presente en los destinos de Méjico.

El libro comienza con un bello prólogo de González Torres, antiguo presidente de la Asociación y hoy jefe del P. A. N., el Partido de Acción Nacional, que representa en Méjico la oposición católica.

Todo el libro descansa sobre una piedra fundamental: la enorme y rotunda personalidad del P. Bergaënd, jesuíta francés enriscado en Méjico, hombre de voluntad tan recia como de clarividente y profético entendimiento.

El vió claro en el caos político y social de la caída de la Dictadura. Comprendió que la energía potencial y tremenda del catolicismo mejicano se perdía baldía y dispersa en el individualismo de la raza; que era preciso ordenarla, agruparla y organizarla. El previó días duros de lucha y quiso que sus soldados velaran las armas. Las del riesgo y las del estudio. Había que dar la batalla en todos los terrenos y no era el menos importante, en verdad, el de las ideas. Por su previsión, Méjico no se hundió en el torbellino. Cuando las aguas turbias amenazaron cubrir de fango la hermosa tierra mejicana, los jóvenes del P. Bergaënd lucharon contra corriente y mantuvieron izada

la bandera de la libertad, de la dignidad y de la justicia. El catolicismo fue combatido desde todos los ángulos y con todas las armas; pero enfrente —como más tarde en España— había sobre los campos de la patria angeles con espadas montando una guardia bajo las estrellas.

Aquel esfuerzo no fue inútil ni inoperante. Aunque arrasado con sangre, su mismo dolor le hizo supervivir y es indudable que en el Méjico de hoy se aprecia en seguida la impronta de la juventud católica en el modelado de la sociedad actual. Evidentemente modelado imperfecto, y muy lejos aún de las aspiraciones del P. Bergaënd y sus seguidores. Pero atemoriza pensar qué hubiera sido de Méjico sin aquella generación ejemplar y generosa. Junto al P. Bergaënd —en el libro de Antonio Ríus— destacan con brillo propio otros hombres esforzados y heroicos, que conocieron el martirio, la persecución y las catacumbas. Así, por ejemplo, René Capistrán Garza, presidente más de una vez de la A. C. J. M., cuyas hazañas llegaron hasta estas latitudes de Europa e hicieron vibrar los pulsos de muchos españoles. Junto a él otros varios de la primera hora y del primer sacrificio.

El libro termina cuando se va a abrir el período más sangriento, más injusto y, por reacción natural, más heroico. Cuando la A. C. J. M., y más tarde los cristeros, se convierten en guerrilleros de la fe, reviviendo en tierra azteca recuerdos de Montejurra o del Empecinado.

Libro importante este de Antonio Ríus. Libro trabajoso, de esfuerzo lento, concentrado y poco lucido. Por ello mismo, obra clave para elaborar en el futuro la historia de Méjico. Y hasta la leyenda, que escrita con pasión ha de servir también para alimentar la fantasía, hilo sutil con el que se tejen las más bellas historias, las que forman el acervo tradicional y romancero de un pueblo con futuro.—Antonio Zúñiga.

Antonio Machado: *Los complementarios y otras prosas póstumas.* Ed. Losada. Buenos Aires, 1957.

Después de la muerte de Antonio Machado, de nuestro gran Machado, ha habido, dentro y fuera de nuestras fronteras, un afán por estudiar su figura y, más aún, de reunir textos suyos dispersos. Con más o menos devoción, con mayor o menor autenticidad, los españoles nos hemos sentido todos discípulos del gran poeta. El ha sido, egregiamente, un punto de acuerdo, una tabla de salvación. Ninguna persona honrada y preocupada por las cosas de España podía renunciar

a su gran espíritu, a su entrañable lección de sencillez. Esto ha sido algo confortador, un asidero de esperanzas, al que la juventud especialmente debe mucho de lo que en ella haya de constructivo y de cálida meditación sobre su propio país. La lectura de Machado en años adolescentes ha sido siempre decisiva en el difícil camino hacia el logro de una conciencia.

Varias revistas españolas —CUADERNOS HISPANOAMERICANOS de las primeras— y de ultramar han contribuído al nacimiento de una tradición machadista, que ojalá no sea abandonada nunca. Por eso me complace comentar aquí este nuevo libro de Machado publicado por la editorial Losada.

Forman el volumen el primer cuaderno de *Los complementarios* —los otros dos parecen que se han perdido definitivamente—, la primera redacción en prosa de *Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela* y la de *La tierra de Alvargonzález,* el artículo "Gentes de mi tierra", el discurso de ingreso en la Academia de la Lengua —que el poeta no llegó a pronunciar—, una serie de artículos, conferencias y cartas, entre ellas nueve importantísimas a Unamuno, y una selección de los artículos que bajo el título genérico de "Desde el mirador de la guerra" iba publicando Machado en *La Vanguardia,* de Barcelona.

Como muy bien dice Guillermo de Torre en su "Nota preliminar" nos hallamos muy lejos todavía de "una edición acabada, con las debidas anotaciones y variantes, que pueda considerarse definitiva o satisfactoria". Pero este volumen contribuye a que algún día pueda hacerse una tan deseada edición, y entretanto salva del olvido páginas fundamentales.

Desde el principio se advierte la enorme preocupación filosófica y religiosa que tenía Antonio Machado. Preocupación también por la crítica literaria —por ejemplo, cuando escribe: "Hay dos modos de crítica: la inventiva y creadora, que ve lo que hay, y la negativa, que ve bien lo que falta." (p. 16)— y por los nuevos derroteros líricos, de los que disiente noblemente. Y, ¿por qué no decirlo?, preocupación por la política europea y española, y, en definitiva, por esta nuestra y suya España, en la que vivía, amaba y sufría. Las referencias a Unamuno, Baroja, Solana y Ortega son del mayor interés y demuestran cómo Machado meditaba generosamente sobre la nueva España que poco a poco iba configurándose. Especialmente Unamuno ocupa en el ánimo del poeta un puesto trascendental. Por eso escribe una oración o letanía, que empieza: "Ruego a Dios nos traiga pronto a don Miguel, antes de que en París nos lo crucifiquen" (pág. 16). Nunca perdió Machado esta mirada a su alrededor, y su palabra fue siempre de aliento. Estaba empeñado en el resurgimiento nacional y,

por eso, frente a aristocratismos más o menos declarados, escribió esta copla de terrible actualidad:

¡Qué difícil es
cuando todo baja
no bajar también!
(Pág. 15.)

El tono pesimista del 98, pero ya esperanzado, se ve muy bien en sus *Apuntes sobre Don Juan* (1922), en que sienta la tesis de la españolidad de Don Juan, basándose en la siguiente ecuación: "Don Juan es al amor lo que el español es a la cultura, a saber: un bárbaro, una X preñada de misterioso porvenir" (pág. 46). Lo mismo cuando, elogiando el *Glosari* de Eugenio D'Ors, escribe: "En España, la ausencia de toda cultura renacentista, el fondo escolástico de nuestra educación y la acritud de nuestra vida social nos han llevado, por otros caminos, al matonismo intelectual o, mejor, chulería ilustrada, que distinguió a gran parte de nuestro mundo literario. En este rabo por desollar de la vieja Europa son muchas las cabezas que embisten y pocas las que piensan" (p. 136).

No entro en el estudio de *Los complementarios,* pero sí quiero poner de relieve —aparte de su valor poético— la meditación machadiana sobre la historia y el sentido de nuestra literatura, visible también en algunas otras páginas de este volumen. El subtítulo *Doce poetas que pudieron existir,* no es precisamente una humorada de Antonio Machado. El Machado sentencioso de sus últimos años, aunque por boca de Juan de Mairena habla con gracejo, no dice nunca humoradas. Ni tampoco simples salidas de tono. Hay allí una comezón de creciente acendramiento, una entrega total a los suyos y a su arte, que le hace adoptar un lenguaje casi bíblico. La desintegración —o revitalización— semántica del idioma, el carácter muchas veces paradójico de la expresión, constituyen un proceso que le acerca a Unamuno, aunque en Machado no llegó a convertirse en *manera,* no fue lenguaje de agitador, sino de poeta meditabundo. Unamuno nos da a veces una impresión de infantilismo, de que somete toda su formidable inteligencia al juego verbal o, mejor dicho, a la postura que ese juego verbal representa. En Machado esto no ocurre nunca. (De pasada, y sin tener el texto delante, quiero señalar que quizá haya un proceso semejante en *El español perdido,* de Juan Ramón Jiménez.) Una muestra de esta sentenciosidad de *exiemplo* de Machado la tenemos en el artículo "Por equivocación" (p. 133-4), y dentro de él en la copla:

Dice el burgués: Al pobre
la caridad, y gracias.
¿Justicia? No; justicias,
para guardar mi casa.

Ya es conocido el artículo "Gentes de mi tierra", una muestra más de la preocupación humanista de Machado, que subyace y enriquece todas sus preocupaciones políticas. En este sentido, y a pesar de la proximidad a Unamuno y de su propia evolución, podemos afirmar que el espíritu de Machado no se dejó ganar nunca por el dogmatismo. También por esto Antonio Machado es un seguro puerto, al que nos acogemos en las tormentas contemporáneas.

El discurso de ingreso en la Academia de la Lengua constituye una pieza importantísima. Pudiera titularse también "Reflexiones sobre la lírica", en boca de un gigante de la sencillez lírica, unida a la meditación filosófica. Una vez más Machado llenaba de contenido a una cosa que no suele tenerlo, como es un discurso académico. Defiende su lírica intimista y el futuro de la misma, frente a los nuevos rumbos *deshumanizados* de la poesía de su tiempo. Copio un párrafo de gran densidad: "La poesía, para resumir mi pensamiento en pocas palabras, no ha superado aún el momento barroco que, *mutatis mutandis,* se da en los períodos de honda transformación, el momento equívoco en que el arte patina en la frontera de una época nueva, sin poder ser clásico, sin atreverse a ser plenamente moderno. Hoy, como ayer, el barroco es más gesto que acción, y como siempre, gesto híbrido que dibuja una fuerza que se padece más que una fuerza creadora que se aplica a un objeto. Literalmente es todavía ingenio y retórica, laberinto de imágenes, maraña de conceptos, actividad estéticamente perversa, que no excluye la moral, pero sí la naturaleza y la vida. El genio calla porque nada tiene que decir cuando el arte vuelve la espalda a la naturaleza y a la vida, los ingenios invaden el estadio y se entregan a toda suerte de ejercicios superfluos" (p. 127).

Nada hay en este libro desperdiciable. Artículos sobre la gran literatura rusa, cartas a *La Gaceta literaria* sobre la nueva generación española (1929), preocupación por los clásicos. Las nueve cartas a Unamuno merecen consideración especial. No voy a insistir sobre el afecto y la similitud entre estos dos grandes hombres, que pone también de relieve su íntima desemejanza. En estas cartas Machado desnuda su alma —a mí me recuerdan grandes correspondencias de otros siglos. Publicar un epistolario del poeta lo más completo posible sería hacer un gran servicio a la cultura española. Trata Machado de todos los temas candentes en aquellos años (1913-1929); vida intelectual, literatura, actividades de Unamuno, guerra europea, cuestiones religiosas y políticas, y siempre España, la verdadera España: "Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un 30 por 100 de la población. No hay más que una

librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén, y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honroso. Es infinitamente más levítica y no hay un átomo de religiosidad" (p. 164), etcétera. Y la consecuencia: "Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada nuevo, porque necesita uno la indignación para no helarse también. Además, esto es España más que el Ateneo de Madrid" (p. 165).

Finalmente, la serie de artículos titulados "Desde el mirador de la guerra", constituyen un capítulo apasionante, necesario para historiar objetivamente el período. Machado, bajo el signo de la desesperación. Ni aún así pierde la compostura su sabiduría de viejo maestro. Su agudeza de pensador nutrido en la cultura clásica le lleva a definir los movimientos fascistas con palabras del poeta Herrera: "Espíritu de miedo envuelto en ira" (p. 204). Otra vez el Machado aforístico, nunca en campeonato de frases, sino en súbita revelación. Hay muchas horas de meditación y lectura tras esa sentencia, muchos siglos de cultivo del espíritu y amor a las cosas en Antonio Machado. Por eso su figura nos atrae y nos problematiza, y no quisiéramos perder su legado.—ALBERTO GIL NOVALES.

VENANCIO SÁNCHEZ: *Los patios*. Colección Adonais, número CXLVI.

Seguramente nadie puede hablar del poeta salvo él mismo. La lógica se encadena, pero la poesía escapa a toda red. La tarea del poeta es, sin duda, domar a la quimera. Y nuestra palabra sobre él es igual que una mano que quisiera hundirse en un espejo y no hace sino resbalar sobre su cerrada superficie.

Partiendo de esta necesaria limitación, nuestro comentario al libro *Los patios,* de Venancio Sánchez, ha de ser forzosamente incompleto y ha de comenzar, como siempre que se hable de ajena poesía, pidiendo perdón. *Los patios* se componen de 22 poemas, agrupados en tres partes: "El mundo", "Los demonios" y "La risa". El ambiente en que todos respiran es, con evidencia, idéntico, si bien, sobre todo en la segunda parte, se introducen matices, más que personajes o puntos de vista, diferentes. Pero todo se mueve y late en medio de los patios, en los cuales (más que de los cuales) el poeta escribe obsesionadamente. Y es que, como se ha dicho, para que una cosa nos hable al alma, debemos considerarla por un tiempo como la única existente. Y en este libro sólo los patios existen, y quien vive en los patios o arde en

ellos ("los hombrecillos de los patios saben que cada casa es como un mundo").

Formalmente, este libro está casi del todo escrito en endecasílabos, blancos en su mayor parte, y de una limpieza y sencillez profundas, sin recamar, como esa "blanca ropa al sol de la mañana" que tienden "vecinas rojas, verdes, amarillas". Alguna vez se desliza la intención de una línea sólo externamente garcilasista, y entre los experimentos más formales (tres sonetos), se alcanza a mi entender la cima del libro, en el titulado "La cosa".

La poesía de V. S. puede decirse que viene determinada por tres cualidades constitutivas: madurez, experiencia y consciencia. En efecto, toda poesía, cuando incipiente, descansa en aquellas cosas cuya belleza, en cierta forma superficial y evidente, ama. Está, pues, ensimismada. Maneja elementos previamente poéticos. Más tarde, proyectando las esencias que lleva en sí misma, modela otros rostros de la vida: aquellos cuya belleza no aparece sino a quien los penetra y acepta identificárseles. Contagia entonces la poesía a lo no poético. En este segundo momento de madurez se halla V. S. Lo cual se refuerza considerando que la más alta poesía es la que puede prescindir de sus armas habituales, imagen o metáfora, y avanza a cuerpo limpio, porque todo el poema se haya hecho puro símbolo. Tal sucede cuando, hablando de los patios, se habla, en último término, del universo entero: del mundo "cerrado como un patio", de "todo un mundo de patios de vecinos"; de "las muchachas más dulces que la vida"; de esa mujer que "conoce en el peso de una almohada — si los hijos están enamorados"; de los patios de la muerte en que alguien se pregunta: "¿Quién rezará por mí, cuando la noche — apague hasta la última bombilla?", y también de los patios de la eternidad: "Eternidad ardiente — donde soy llama viva — luz de mí mismo, luz — aniquilada y pura". Patios, en fin, que son "los campos de recreo — donde Dios se pasea cada día".

Decía Rilke que no son los versos sentimientos, sino experiencias, y que para escribir uno solo es preciso haber visto muchas ciudades, hombres, cosas. Esta auténtica experiencia se echa de ver de súbito en todos los poemas de los patios, más o menos íntima: en "Los preceptores" ("entraron en mi casa los demonios — y se sentaron en las sillas"); en "Los hombrecillos" ("rezan los hombrecillos de los patios — para olvidar los lunes, las semanas — en cuyo corazón no hay una fiesta"), y sobre todo en "Patio primero" ("patio tan nuevo como el tiempo", en el que "las ventanas — daban al sol y estaban siempre abiertas" y en el que, recordando, "todo el año era un domingo").

Por último, la consciencia en la poesía de V. S. se manifiesta, no sólo exteriormente, en la cuidadosa "tenue" del poema, cuyo oro ha

sido trabajado por el plomo de la paciencia, como diría Brigge, sino en su contenido trascendental y en el conocimiento de esa trascendencia, que se diversifica en una dirección personal (que se prolonga "en el tiempo —y en el espacio y en— la mente de Dios Padre"), cuya ansiedad aparece en el segundo terceto de "La cosa": "¿Cuándo podré tenerla mía, cuándo? —¿Cuándo podré tenerla mía y dónde —podré tenerla mía, cuando muera?", pero también en una dirección alienada, entregada a los otros: "Sé que voy a morirme, pero antes —quiero coger la luna y repartirla, —quiero que en ella sacien mis vecinos —todas sus hambres tristes y mortales".

Nada puede extrañar, después de lo trascrito, que consideremos *Los patios* como un libro riguroso e importante. Un libro desacostumbrado, de un poeta que, acertadamente, insiste, según hemos comprobado después de su primer libro, en un camino personal, loable y meditado. Un camino cuya altísima finalidad no es otra que la que encabeza, en una frase de Lorenzo Gomis, la primera parte de *Los patios:* "vamos a descubrir la pureza del mundo".—ANTONIO GALA.

ANGEL M.ª DE LERA: *Los clarines del miedo.* Ediciones Destino, S. L. Barcelona, 1958.

Se ha dicho de *Los clarines del miedo* que es el más veraz y estremecedor relato de la fiesta de los toros; verdaderamente, cuanto se ha dicho en este sentido es cierto. Pocas veces se ha escrito sobre el tremendo y a la vez grandioso espectáculo de los toros con tanta fuerza y autenticidad, con un desgarramiento y profundidad semejantes. Sin embargo, decir de *Los clarines del miedo* que es una novela sobre los toros no es decir bastante. Con ello únicamente quiere señalarse y significarse una de las zonas de la novela, tal vez la más importante. Porque, con independencia de esta preocupación, *Los clarines del miedo* recogen, revelan y dan testimonio de la vida de un pequeño pueblo manchego, ajetreado y alborotado en el día de su fiesta anual. De aquí que si de una parte hay que celebrar el verismo y el testimonio de un espectáculo presidido por el miedo, un miedo que se revuelve en el estómago de los torerillos como una culebra, de otra parte hay que aplaudir la autenticidad y la justeza del testimonio de la vida reprimida de un pueblo castellano, que hace explosión precisamente con motivo de las fiestas; esas fiestas en las que, como dice uno de los personajes, todo está permitido, a no ser que haya alguna "pinchaílla".

El secreto de la autenticidad, de la angustiosa, impresionante autenticidad de *Los clarines del miedo,* hay que buscarle por los caminos de

la profundización a que ha sido sometido el tema. Nada más lejos del tópico al que este feroz, implacable relato se prestaba. Por el contrario, ni por un solo momento aparece ni la más mínima concesión a la tópica y típica fiesta de los toros, ni a la no menos visión tópica castellana. Ello obedece, sin duda, al sentimiento profundo con que han sido recogidas ambas. El miedo es la medula de la narración; un miedo angustioso, casi físico, que penetra y se apodera del ánimo del lector, por virtud de la fuerza expresiva de un lenguaje sin desmayos líricos ni retóricos. Es el miedo que trata de explicar uno de los espectadores de la corrida ante la calma y el angustiado silencio del pueblo. "Ahora todo está lleno de miedo —dice—. La muerte ha entrado en la plaza y se ha sentado a mirar donde nadie sabe. Esto puede parecer literatura, pero es la verdad. Y todo el mundo sabe que es verdad. Ni no fuera por el miedo, esto no valdría la pena. La muerte es quien pone aquí su sal." Es el mismo miedo que retuerce el vientre de los dos torerillos, que van a actuar de uno a otro momento. El mismo miedo que les descompone el rostro y hace que salten uno sobre otro en un ataque de histerismo, cuando están en capilla. El mismo miedo que sobrecoge al médico del pueblo ante el temor de que sobrevenga una cogida para la que no está preparado ni profesional ni técnicamente.

Concebida desde dentro, esta fiesta inhumana y grandiosa de los toros alcanza una grandeza insospechable, y es ocasión de que se realice una de las personalidades literarias más convincentes y auténticas de nuestra actual novelística. Se trata del "Aceituno", el torerillo de capeas al que siempre le ha fallado el izquierdo; el limpiabotas de profesión que esconde su amargura y fracaso entre los brazos de una vulgar prostituta, que lo duerme cantándole canciones. La elementalidad de este personaje no excluye que se cumpla el complejo, oceánico y turbio fluir de la condición humana. La trayectoria psicológica de este elemental y a la vez complejo "Aceituno", en el tiempo que va desde el despertar de un día hasta el amanecer del siguiente, se nos presenta plena de verismo y de contenido humano. Sus sentimientos contradictorios, su ternura y egoísmo, su humanidad caliente y próxima, su cobardía y desesperación, le convierten en uno de los personajes más logrados de nuestra actual literatura. Pero este estudio de caracteres alcanza por igual al resto de los personajes. Rafael el "Filigranas", el torerillo pálido y débil que va a morir, que presentimos va a morir inevitablemente, cobra la grandeza de los héroes trágicos, víctimas siempre de su propia inocencia. La cornada del hambre es la que le impulsa fatalmente a la última y feroz cornada del toro. Junto con estos torerillos, conmovidos y conmovedores, el paisaje humano y cálido de todo un pueblo expresado a través de personalidades

plenas y cumplidas como las del Raposo, las del Acisclo y Maxi, las de Román y Antoñita, la del Quebrao y la de la Fina. De entre todas, las del Raposo y la Fina cobran un singular y magistral relieve.

El ambiente en el que se desenvuelven todos estos seres constituye el fondo esencial y sustancial de la novela. Este pueblo manchego, enloquecido de sol, pegajoso de sudor y moscas es el marco adecuado. El fondo social de la novela, con reminiscencias de Solana, está aquí. Toda una colectividad reprimida haciendo explosión en el día de la fiesta. Una sexualidad represada manifestándose en los más mínimos movimientos. En este sentido, el documento es aterrador. Los capítulos que describen la corrida son reveladores de esta sensualidad reprimida y turbia, que asoma en los gestos, en las miradas, en los gritos de los espectadores.

En cuanto a la técnica utilizada habrá que decir que se trata de una construcción simplista, de carácter lineal, con leves e imprescindibles regresiones, que sirve eficazmente al desarrollo de la acción. El tiempo de la acción es el que media entre el despertar de un día y el amanecer del siguiente. Dentro de esta aparente simplicidad constructiva no puede por menos que señalarse como acierto el paseo mañanero de los dos torerillos, gracias al que vamos introduciéndonos en la vida del pueblo y el anverso de este paseo, ya al anochecer, en el silencioso entierro del "Filigranas" avanzando por las callejas. Tanto la construcción como el lenguaje —sobrio, descarnado, justo—, cumplen la función que les corresponde en el relato. Comunican vivamente, con una fuerza desacostumbrada, un mundo novelesco próximo y pleno.

Sin ánimo de escandalizar a nadie, uno cree muy sinceramente que nos encontramos ante una novela fundamental en el panorama de nuestra actual literatura. Desde aquí, desde esta visión antitópica de un mundo que nos es nuestro y entrañable, puede partir la gran novela española. Es conveniente y honesto reconocerlo así.—José María de Quinto.

UN NUEVO ACIERTO DE GUILLEN MARTINEZ (*)

Con harta frecuencia los ensayos que se llevan a cabo para interpretar Hispanoamérica, o la acción civilizadora de España en el continente americano, suelen trazarse desde un ángulo recargadamente historicista. La historia prima, con hartura en el mundo hispanoamericano hasta el extremo de que, como en el tan mentado cajón de

(*) *La torre y la plaza.* Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1958.

sastre, cada cual halla las piezas que le sirven para apañar su vitola; y todo se justifica o se alaba, y todo se ataca o se destruye, según los colores que pinten o las miras que de antemano se persigan. Por esa vía se ha llegado muchas veces a situaciones de estancamiento en las relaciones entre los pueblos hispánicos, o a incomprensiones que han repercutido de inmediato en el trato y en el diálogo vivo de esos pueblos. Y no porque las consecuencias de la historia lleven de modo fatal a ese callejón sin salida apuntado, sino porque su utilización ha de ser siempre moderada, y, sobre todo, porque no se debe olvidar que en el fondo de la historia yace un indestructible aliento humano. No basta ver los hechos a través del dato real y verdadero del documento, la memoria y la inscripción. Ni a través de la fría galería de los divos. La heroicidad y su exaltación sistemática no puede ser nunca una constante que sirva para anudar la comunicación y el mutuo conocimiento entre los pueblos. Los héroes se pasan de moda tanto como la línea del vestir, los ritmos musicales, los sistemas pedagógicos o los conceptos políticos, aunque el mármol, el bronce y los homenajes se esfuercen por conservar un último aliento. El excesivo juego reiterativo de los argumentos en pro de las figuras históricas llega a engendrar posturas tan cerradas y dogmáticas que, al par de deshumanizar a los protagonistas, los dejan inválidos para una inmediata actualización, cuando no los incapacitan encasillándolos en una concepción "far-west" de *buenos* y *malos*. Recuérdese cuántas veces se ha sacado a colación que para entenderse plenamente españoles e hispanoamericanos habían de llegar los primeros a comprender el fenómeno histórico de la Emancipación, y los segundos el hecho de la Conquista.

Porque todo esto se halla latente —aunque justo es reconocer que cada día con menor fuerza— es por lo que llama la atención la estructura y el contenido dados por Fernando Guillén Martínez a su reciente libro, *La torre y la plaza,* que subtitula "Un ensayo de interpretación hispanoamericana".

Desde la advertencia preliminar el autor nos anuncia, en expresiva síntesis, los motivos que van a protagonizar su discurso, centrándose en un eje "fieramente humano". "Este libro —dice— habla de América y de las protoformas que la engendraron y que la constituyen. En fuerza de ello, trata de las relaciones indisolubles que para su historia y porvenir guardan el catolicismo, el municipio y el mestizo: la idea, el troquel y el producto que constituyen lo propia y esencialmente americano de nuestro tiempo y de todos los tiempos, a partir del descubrimiento y la población europeos del Nuevo Mundo, que hoy habla lenguas romances.

"Empero, sería del todo absurdo explicar el proceso creador y el

desarrollo histórico de estos hechos y valores sin penetrar en el conductor humano que los forjó en las Indias: el hombre ibérico.

"Y hay otra razón mucho más importante para hablar de él. De una manera rigurosa, lo ibérico pleno solamente se realiza en América tras de haber sido sofocado y costreñido prematuramente en Europa. Esta aparente paradoja quizá parezca menos antojadiza cuando se escuchen las razones en las cuales se apoya este alegato crítico."

Y partiendo de esta sintética concepción nos ofrece una de las visiones más serenas, objetivas y de mejor trabazón intelectual que se han dado de Hispanoamérica. Visión en la que los frutos de lo popular y lo intelectual se muestran en mesurado equilibrio. Y los símbolos —cuya trascendencia alcanza a dar nombre a la obra— tan perfectamente delimitados que su juego no resulta en ningún momento rebuscado, sino que, por el contrario, es altamente expresivo.

Para Guillén Martínez la expresión más acabada de la proyección de lo ibérico sobre América es la propia concepción de vida que enraiza en aquellas latitudes. La vida proyectada en todas las dimensiones imaginables. "Este prodigio de humanidad —apostilla de lo ibero—, que conserva todas las vehemencias y la temporalidad humanas simultáneamente sin destrucción ni mezcla, alcanza su más alto énfasis y su perfección más apasionada en el cuadro de la Plaza Mayor." Y esa vida se halla referida a una expresión formal: la ciudad. El lugar erigido para la total convivencia. A juicio de Guillén Martínez —colombiano, es decir, hombre de América—, la consecuencia lógica del período heroico de la Conquista se traduce en el hecho humano de la convivencia trabada en la ciudad: "Las villas de Indias son, en este aspecto, el más alto ejemplo de maestría en la función que haya conseguido urbanismo alguno en la historia. De la misma manera que el sacramento santifica y no destruye la materia que le sirve de peana, el simbolismo riguroso de la población española refuerza y aguza las soluciones y socorros a los problemas de la vida humana, origen verdadero de la vida civil." Vida civil, que se realiza cotidianamente sobre la Plaza Mayor, viene a ser como una medida áurea del espacio de convivencia. "La plaza —comenta a este respecto— en sí misma, considerada como un espacio limitado por sus cuatro costados, es la más excelente expresión de la vida civil conseguida por el genio urbanístico y arquitectónico del hombre. Los monumentos gigantescos de las viejas culturas parecen a su lado grotescas imperfecciones sin forma. Las pirámides egipcias, los palacios babilonios, los templos griegos, consiguieron expresar un aspecto limitado de la vida humana, pero sacrificaron la totalidad de la vida. Por eso tienen siempre un sello de tristeza mortal y definitiva en su

belleza. Son circuitos cerrados, heladas o macabras perfecciones, porque nunca pudo el hombre habitar *totalmente* en ellos, con toda su rica y compleja temporalidad y eternidad existenciales."

Frente o sobre la Plaza coloca la sombra vigilante de la Torre. Símbolos ambos que proliferan, a lo largo de la geografía americana, hasta dónde llegó el rastro de las fundaciones españolas, en ese portentoso esfuerzo por domar una naturaleza colosal e indómita; raciovitalizar el paisaje y hacerlo a la medida del hombre. Este juego de símbolos tiene una trascendental interpretación en las ideas de Guillén Martínez: "La plaza encierra, con su torre, el secreto vital, sacramental, de la libertad y la eternidad del hombre ibérico y de sus sociedades, reprimidos en su desarrollo vital por el racionalismo autoritario de Austrias y Borbones y revivificados, nuevos y rebeldes en la tierra virgen y alentadora de América. Los pueblos sin plaza cayeron rápidamente en el gigantismo o en la esclavitud. Enfermaron de poderío o de angustia, como un obrero en una mina derrumbada." Porque, a su juicio, tras el colosalismo —es decir, cuando se sobrepasan los límites de las formas donde lo humano conserva el equilibrio— aparecen toda una serie de motivos que en la vida de la comunidad llegan a negar el concepto cristiano de libertad. La monumentalidad, el despotismo hierático del Faraón y de las castas que le rodean, la tiranía sin atenuantes y la esclavitud son fenómenos que se producen casi fatalmente, ya en Asiria o Egipto, en Méjico o Cuzco. Bajo los estados colosalistas "la libertad ha ido a hacer compañía a la intimidad del "yo" vivo, confinada en el interior de los sepulcros". Y frente a este agobiador colosalismo vuelve a remarcar las constantes de ese modo de entender la convivencia que la España renaciente soñó para América, como un ideal de realización de la única libertad posible. "Este es el verdadero destino de nuestro ser histórico esencial. La historia de la plaza hecha bajo y para la torre. La historia de la ciudad terrena al servicio de la ciudad de Dios."—ANTONIO AMADO.

INDICE

INDICE

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de notas:

Sección bibliográfica:

Portada y dibujos del dibujante español Carpe. En páginas de color el trabajo *Algo sobre Cuyo y los cuyanos,* de Carlos O. Nallim.

ALGO SOBRE CUYO Y LOS CUYANOS

POR

CARLOS O. NALLIM

Cuyo. En el oeste y centro argentino, lindando con la cordillera de los Andes por el poniente y con la inmensidad del llano por el naciente, se sitúa la región cuyos habitantes precolombinos llamaron Cuyum, es decir, tierra arenosa.

Los viajeros que viniendo desde Chile trasponen la cordillera, o los que yendo desde el litoral atlántico se acercan a esta región, observan cómo la vegetación natural se va aminorando en cantidad y en calidad, cómo el clima se va sintiendo más ardiente, más seco, más fuerte. Es que llegan al antiguo Cuyum, a la tierra de las travesías.

Decir travesía significaba para el viajero sed y desesperación. Sin embargo, no todo es un erial. En lo que podría creerse solos campos yermos, se ha producido el milagro del agua en la tierra inculta, el milagro de lo que puede la mano del hombre diligente.

En 1551, don Francisco de Villagra viene desde el Tucumán al frente de un cuerpo auxiliar de 180 hombres para la encarnizada guerra que sostenían los conquistadores contra los indios araucanos. No pudo cruzar la cordillera, cerrada al paso durante la temporada invernal, y debió permanecer en Cuyo, más precisamente en el pueblo indígena de Huentota. Durante su forzosa estadía se dedicará a explorar la región. Villagra notó que la aridez del terreno no era óbice para que los indígenas pudieran habitar Cuyo. Los huarpes, que así se llamaban estos pacíficos indios, habían desviado un curso de agua desde el río cercano (hoy río Mendoza) y de él se servían para aprovechar un primitivo, pero no por ello menos efectivo, sistema de irrigación, base de la agricultura.

En 1957, el virrey del Perú nombra, en desacuerdo con las Leyes de Indias, a su hijo García Hurtado de Mendoza, joven veinteañero, gobernador de Chile. Terminan así las luchas por el poder entabladas entre los herederos de Valdivia. Uno de los actos del joven gobernador será enviar un capitán, don Pedro del Castillo, para que trasponiendo la mole andina, funde una ciudad de su nombre. En 1561, en el mismo valle de Huentota, a orillas del canal trazado por

los indígenas, funda la ciudad de Mendoza, que se habrá de convertir en la capital de Cuyo.

Más tarde, se fundarán las ciudades de San Juan (1562) y de San Luis (1594). El siglo XVII encuentra a Cuyo con tres ciudades: Mendoza, San Juan, San Luis, tres pueblos alrededor de los cuales empezará a vivir el nuevo Cuyum, el Cuyo que se acerca a la civilización europea.

Cuyo, que forma parte de una única realidad argentina, tiene, sin embargo, sus particularidades, y una de las abundantes razones para que el ambiente regional tenga sus características es la siguiente: la enorme distancia que lo separa del litoral atlántico —Mendoza dista 1.100 Km. desde Buenos Aires— y la cordillera de los Andes, que le impide un fácil acceso a Chile —el Aconcagua, el monte más alto de América, aquí se levanta con sus más de 7.000 metros—. Por lo tanto, el contacto con los núcleos porteños, bonaerenses y chilenos, se limitaba a lo urgentemente necesario, y Cuyo debía buscar la solución de sus problemas dentro de su territorio y dentro de sus posibilidades.

Los oasis del inmenso yermo siguen agrandándose merced al riego artificial y al trabajo tesonero de los hombres. Pronto los vinos que producen sus bodegas y las frutas de sus quintas serán gustadas en Buenos Aires y hasta en Asunción del Paraguay. Pronto sus vacunos herrados traspondrán la cordillera para proveer de carne a Chile.

Poco a poco, la tierra cultivada y la cultivable se van valorizando. Los empresarios criollos sabrán proteger las caravanas de carretas que hacen la travesía del desierto hasta el puerto; protegerlas del indio y de la distancia. El pasar económico está asegurado, la tierra responde generosamente al trabajo incansable del hombre.

La revolución de la independencia sorprende a Cuyo como parte del Virreinato del Río de la Plata, aunque sus relaciones con Chile siguieran siendo cada día más importantes.

Tocaremos ahora un problema de orden étnico y social, que tiene su trascendencia en otros órdenes, como son el económico y el literario: me refiero al problema del nativo. Muchas veces se afirma que el gaucho es el único prototipo de la Argentina, producto de la fusión de las razas hispana e indígenas, y, sin embargo, estudiando el tema con más detenimiento, nos hallamos con que el gaucho no es justamente el prototipo de Cuyo, sino que debemos limitarlo a su área de acción, a las inmensas regiones pampeanas.

El gaucho vive en su soledad, esa soledad dada por la extensión sin límite que es la pampa. Ya a mitad del siglo pasado sostenía Sar-

miento en su "Facundo" que "el mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo".

También vivió en soledad el habitante de Cuyo, pero la montaña limitaba su horizonte. Como todo el oeste, Cuyo se reclina y apoya en la cordillera de los Andes. El cuyano, entonces, puede otear sin objeto hacia el este y, cantando con Echevarría, "no encuentra/la vista, en su vivo anhelo,/do fijar su fugaz vuelo", pues los llanos se extienden en cansadora y uniforme monotonía; pero en dirección opuesta, la mirada choca con la imposible mole; y si se interna en la montaña ya no verá llanos sin límites, pues los valles andinos son reducidos y su nieve y su aridez son también mudos testigos de la soledad del hombre.

La soledad abierta de la llanura se contrapone directamente con la otra, con la soledad apretada o amurallada de la montana. Cuando el llanero llega a la región andina siente como si el limitado paisaje se le viniera encima. La inmensidad del llano donde la vista resbala y se estira sin encontrar obstáculos, es sustituída por apremiantes espacios cerrados que determinan un ambiente de lindes precisas, inevitables.

La llanura y la montaña se contraponen también en cuanto al color. El color se atenúa en la lejanía. En la pampa, el verde es menos verde, el azul menos azul. ¿Cuántas veces, inconscientemente, hemos comparado el azul profundo y cercano del cielo andino, diáfano durante el día y diáfano durante la noche, con el azul celeste y distante del cielo del llano, brumoso y de inquietas nubes?

Ese color de Cuyo se manifiesta no sólo en la naturaleza, sino también en sus habitantes. El jinete cuyano gusta adornar los aperos de su caballo con abundante plata y vestirse con colores decididamente perfilados. Este gusto cromático no deja de tener correspondencias en la literatura. Sólo insinuaré que los escritores del litoral denotan, comparados con los cuyanos, una evidente falta de color que, por supuesto, no es en ellos defecto. Piénsese, por ejemplo, en Borges.

El gaucho independiente y remiso de la pampa se transforma, en Cuyo, en el obediente y esforzado peón de finca o en el paciente ca-

rretero. La irrigación artificial hace que el cultivo en la zona sea mucho más complejo que en las estancias pampeanas, y exige del hombre una exclusiva dedicación. El peón de finca viene a ser un raro intermedio entre el habitante activo del poblado y el negligente de los campos del llano. Si no es "pion" de finca será arriero, o si no carretero. Esto nos permite concluir que dos tipos conforman la población rural cuyana: por un lado, el cuyano de a caballo, raro intermedio entre el gaucho argentino y el huaso chileno, y por el otro, el cuyano de a pie, el sacrificado trabajador de la tierra, que cuida del agua, de las compuertas, de los canales, que labra la tierra y recoge la cosecha.

Dos influencias se notan en Cuyo, y son la del Plata y la de Chile, influencias que, unidas a las indígenas e hispana, produjeron un ambiente social y económico excelentes. De no ser así no se explicaría cómo San Martín formó su ejército libertador en Cuyo. Este ejército, fruto de los esfuerzos harto generosos de esa tierra, no menguó su capacidad, y el destino le exigiría otra dura prueba: el terremoto de 1861, que destruye la ciudad de Mendoza y parece querer tronchar la vida regional, arrebatándole su ciudad capital.

No han pasado cien años todavía, y hoy Mendoza se yergue señora del oeste y cabeza siempre de Cuyo. Desde que los rieles del ferrocarril llegaron a fines del siglo pasado, hasta el presente, Cuyo mucho ha cambiado. Un verdadero aluvión de inmigrantes, formado por italianos, españoles, árabes, etc., ha llegado y echado raíces. Cuyo se ha vigorizado y se siente cada día más potente, pero las costumbres y los cantos del criollo han debido refugiarse en lugares menos ocupados por los inmigrantes, en algunos rincones de Mendoza y en muchos de San Juan y de San Luis, rincones que se han convertido en un verdadero "thesaurus" de folklore viviente.

Cuyo ostenta hoy una cantidad de aristas étnicas y de apellidos de distinto origen: al lado de los Benegas, Correa, Albarracín, Saá y Videla están los Arizu y Escorihuela, o los Gargantini y Tomba, y ¿por qué no?, también los Nallim. No obstante, su doble configuración física: el llano y la montaña, y su casi imperceptible voz telúrica lo siguen caracterizando. Detrás del Cuyo actual, de atrevidos diques, enormes bodegas y lagares, inmensas viñas, múltiples fábricas, pavimentados canales y caminos y de elevados edificios, adivinamos el Cuyum de los indios huarpes y diaguitas, fondo a medias velado por el tiempo de una trayectoria de continuo trabajo y progreso.

LLANO CULTO

El mendocino se ve cautivado desde niño por algunos elementos que constituyen ese no sé qué que no podemos definir cuando estamos en la provincia y que extrañamos y hasta añoramos cuando la distancia nos separa del terruño.

Los grandes ríos del litoral, los arroyuelos de la llanura que terminan en lagunas calmas, el aire cargado de humedad, promesa firme de un resuelto aguacero, en la zona andina se mudan en ríos torrentosos, en canales muy cuidados, en ambiente abrasador.

Un aire seco y un sol radiante, parecen calcinar a los atrevidos que deambulan sin protegerse durante la canícula, y por eso, qué gozosos suelen los niños refrescarse cuando remojan sus pies en la acequia de alegre murmullo:

Está cantando la acequia
no sé qué canto olvidado.
¿Qué canto cantará el agua
que pasa como llorando?...

Qué felices todos transitando por los caminos que conjugan el progreso que dice el cemento de sus pavimentos con la bucólica sombra de los árboles, cuyas copas se tocan para formar una verde bóveda protectora.

Arboles a la vera del camino. Camino limitado por acequias. Acequias que sirven a la riqueza comarcana; acequias que también son capaces de inspirar al olvidado de su utilidad, al poeta:

La pena mía se escapa
por entre piedras saltando.
El agua lleva rumor
del canto que hemos soñado.
Agua que viene y se aleja
en la acequia rumoreando:
música triste en sordina
con eco de canto humano.
En los bordes de esta acequia
yo me he quedado soñando:
mi infancia llena de pájaros,
los juegos que ya he olvidado.
Y es grato sentir de nuevo
—corazón alborozado—
el brinco del agua mansa
que repica en nuestros años.
Reproche que hace la vida
a nuestro inútil cansancio.
Por qué otra vez no ser niños
y así siempre renovarnos...
Igual que el irse del agua
que va en la acequia cantando.

("Rumor de acequia", de Vicente Nacarato.)

Mendoza, bucólica, cuyos geométricos viñedos fructifican en racimos prietos, semiocultos bajo los pámpanos dorados, pendientes de pardos sarmientos, iluminados en rojo de uvas moscateles rosas, en violados y negros, en ámbar de Almería. Colores litúrgicos del milenario culto dionisíaco. Colores de otoños fructíferos. Este Mendoza de vendimias generosas se halla en medio de la travesía y de la montaña.

MONTAÑA

Allí se levantan los Andes, secular testigo de piedra, y que impertérrito observa el huerto del llano. Cadenas montuosas que cubren sus cimas de perennes nieves y desnudan sus bases y laderas de toda vegetación.

Valles andinos que, recorridos vertebralmente por un riacho torrentoso, se burlan de las cimas estériles en el contraste de su vida y verdor.

Gargantas elevadas, frías y desiertas; montes sin vida, solitarios. Pero, a veces, esbeltas figuras que se mueven ágiles, nos dicen de que no todo está exánime:

Entre los berruecos
del valle nevado,
en tropel sonoro
pasan los guanacos,
con la grupa llena
de copitos blancos.
Agiles los remos
nerviosos; y el largo
pescuezo
estirado.
En tropel sonoro
pasan los guanacos.
Por el valle cubierto de nieve
ha sido un relámpago.

(De "Los guanacos", del libro *Poemas de la nieve*, de Alfredo R. Bufano.)

Andes silenciosos que hacen pensar al hombre en su insignificancia. Silencio que abruma como también a su turno abrumarán las tormentas y los vientos. Potencia imperiosa de la naturaleza.

Caminos que atrevidos escalan la sierra para domeñarla; que ceñidos a ella dicen de la voluntad del hombre que no se conforma con vivir a su pie.

Caminos que recorren la antigua huella. Caminos despreciados por la montaña con el mismo desprecio con que mira al escalador. Pues es el hombre que escala, o su camino que sube, quienes se niegan

a reconocer la superioridad solemne y estática de la mole. Es el andinista o es la ruta andina quienes quieren menospreciarla.

Qué belicosa y fascinante puja se entabla entre la naturaleza dominante y la voluntad tenaz del andinista. Llevado y urgido por un deseo inagotable de alturas, el andinista quiere demostrarse rey de la creación, quiere demostrarse y demostrar que la majestad sublime de la encrespada cordillera no logra amedrentarlo, que por sobre la cima, a veces siniestra y mortal, está él, pequeño en su físico, pero inconmensurable en su sed de dominio.

TRAVESÍA

Alejados del verjel compuesto por tanta abundancia de frutos que la tierra fecundada por el agua corre por ríos y canales, hijuelas y acequias, nuestra vista se cansa ante la llanura tediosa. Paz que carcome con la desesperación. Paz infernal. Paz circundante que nos deja interiormente intranquilos y ávidos de abandonarla. Soledad sospechosa que parece amenazar con un arma ignorada, pero presentida. Travesía prolongada, más allá de los límites provinciales, a todo Cuyo. Ardiente en San Juan, seca en Mendoza, salada en San Luis.

Sobre el paisaje mudo,
flaco de padecer,
la salina madura
su corola de sed.

("Travesía", del libro *Tierra puntana,* de Berta Elena Vidal de Battini.)

Campos estériles, tierras indiferentes; olvidadas de la lluvia, sin la amistad fecunda de la acequia, sin el canto de los arroyos.

Travesía... Llano solitario y áspero que pone distancia entre los oasis cuyanos. Rompe con la unidad que al llano fértil da el río, la acequia, el canal. La desconoce y por ello ha merecido ser conquistada por el hierro que no por el agua. El hierro duro que descansa sobre el quebracho duro del durmiente ferroviario. No es el canto de la naturaleza líquida, sino el estruendo del tren quien te cruza y supera constantemente.

Es otra vez el hombre que no quiere detenerse en tus posesiones. Son los hombres que dicen volvamos a la tierra que rezuma vida, que suscita euforia. Volvamos y entonemos un himno con el vate cuyano:

Tierra, madre infinita,
quiero elogiarte el agua,

sangre de tus heridas;
el peñasco moreno y taciturno
y el árbol engarzado sobre la lejanía;
Mi voz de labrador
ansiosamente grita:
que haya paz en tus prados,
que los vientos fatales de la muerte
no asesinen la brisa,
y que en mi corazón no muera nunca
el fervor saludable de la vida.

(De "Oración", del libro *La tierra encendida*, de Antonio de la Torre.)

Carlos O. Nallim.
Monte Caseros, 2.107.
MENDOZA (Argentina).

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR
LUIS ROSALES

SUBDIRECTOR
JOSE MARIA SOUVIRON

SECRETARIO
ENRIQUE RUIZ-FORNELLS

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA
Y ADMINISTRACIÓN

Avenida de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 24 87 91
MADRID

EN EL PROXIMO NUM. 114
(JUNIO 1959)

ENTRE OTROS ORIGINALES

Pedro Laín Entralgo: *Modos de ser cristiano.*

Giovánni Papini: *Belleza de las cosas honestas.*

Alfonso Emilio Pérez: *Poemas.*

Juan Ferraté: *La vigilia nocturna del amante.*

Oscar Echeverría Mejía: *El que busca su muerte.*

Arturo García Estrada: *Ideas políticas de Ortega y Gasset.*

Ramón de Garciasol: *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo.*

Y las habituales secciones de actualidad y bibliografía hispanoamericana y europea.

Precio del núm. 113:
VEINTE PESETAS

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO